

ÍNDICE

Néstor Kohan - La concepción de la revolución en el Che Guevara y en el guevarismo	3
Carlos Rossi – La revolución permanente en América Latina	34
Ernesto Guevara - El socialismo y el hombre en Cuba	85
Ernesto Guevara – Carta a Armando Hart Dávalos	98
Ernesto Guevara – La planificación socialista, su significado	101
Roberto Fernández Retamar – Para un diálogo inconcluso sobre «El socialismo y el hombre en Cuba»	109

La concepción de la revolución en el Che Guevara y en el guevarismo

(Aproximaciones al debate sobre el futuro de América
Latina y el socialismo del siglo XXI desde
el marxismo revolucionario latinoamericano¹)

Néstor Kohan

(Cátedra Che Guevara – Colectivo Amauta - Argentina)

Nuevos tiempos de luchas y formas aggiornadas de dominación durante la “transición a la democracia” en el cono sur

América Latina vive una nueva época histórica. La lucha de nuestros pueblos ha impuesto un freno al neoliberalismo. El horizonte político actual permite someter a discusión las viejas formas represivas que dejaron como secuela miles y miles de asesinatos, desapariciones, secuestros, torturas y encarcelamiento de la militancia popular.

¹ En este trabajo intentamos sintetizar y conjugar en una visión de conjunto sobre la concepción de la revolución en el Che Guevara y en el guevarismo hipótesis, sugerencias, análisis y conclusiones presentes en otros artículos, ensayos y libros donde, en forma dispersa, hemos intentado ir recuperando el aporte específicamente político de distintos guevaristas (Robi Santucho, Miguel Enríquez, Roque Dalton, etc.). De alguna manera este texto intenta hilar y enhebrar esos abordajes parciales dentro de un conjunto mayor, para tratar de mostrar que existe una concepción general integrada por todos ellos (de la cual nosotros, varias décadas después, aspiramos a formar parte, retomándola y recreándola, de acuerdo a nuestra época).

A pesar de este nuevo clima político, las viejas clases dominantes latinoamericanas y su socio mayor, el imperialismo norteamericano, no se entregan ni se resignan. ¡Ninguna clase dominante se suicida!. Debemos aprenderlo de una buena vez.

Agotadas las antiguas formas políticas dictatoriales mediante las cuales el gran capital —internacional y local— ejerció su dominación y logró remodelar las sociedades latinoamericanas inaugurando el neoliberalismo a escala mundial², nuestros países asistieron a lo que se denominó, de modo igualmente apologético e injustificado, “transiciones a la democracia”.

Ya llevamos casi un cuarto de siglo, aproximadamente, de “transición”. ¿No será hora de hacer un balance crítico? ¿Podemos hoy seguir repitiendo alegremente que las formas republicanas y parlamentarias de ejercer la dominación social son “transiciones a la democracia”? ¿Hasta cuando vamos a continuar tragando sin masticar esos relatos académicos nacidos al calor de las becas de la socialdemocracia alemana y los inocentes subsidios de las fundaciones norteamericanas?

En nuestra opinión, y sin ánimo de catequizar ni evangelizar a nadie, la puesta en funcionamiento de formas y rituales

² Es bien conocido el análisis del historiador británico Perry Anderson (a quien nadie puede acusar de provincianismo intelectual o de chauvinismo latinoamericanista), quien sostiene que el primer experimento neoliberal **a nivel mundial** ha sido, precisamente, el de Chile. Incluso varios años antes que los de Margaret Thatcher o Ronald Reagan. No por periféricas ni dependientes las burguesías latinoamericanas han quedado en un segundo plano en la escena de la dominación social. Incluso en algunos momentos se han adelantado a sus socias mayores, y han inaugurado —con el puño sangriento de Pinochet en lo político y de la mano para nada “invisible” de Milton Friedman en lo económico—, un nuevo modelo de acumulación de capital de alcance mundial: el neoliberalismo.

parlamentarios dista largamente de parecerse aunque sea mínimamente a una democracia auténtica. Resulta casi ocioso insistir con algo obvio: en muchos de nuestros países latinoamericanos hoy siguen dominando los mismos sectores sociales de antaño, los de gruesos billetes y abultadas cuentas bancarias. Ha mutado la imagen, ha cambiado la puesta en escena, se ha transformado el discurso, pero no se ha modificado el sistema económico, social y político de dominación. Incluso se ha perfeccionado³.

Estas nuevas formas de dominación política —principalmente parlamentarias— nacieron como un producto de la lucha de clases. En nuestra opinión no fueron un regalo gracioso de su gran majestad, el mercado y el capital (como sostiene cierta hipótesis que termina presuponiendo, inconscientemente, la pasividad total del pueblo), pero lamentablemente tampoco fueron únicamente fruto de la conquista popular y del “avance democrático de la sociedad civil” que lentamente se va empoderando de los mecanismos de decisión política marchando hacia un porvenir luminoso (como presuponen ciertas corrientes que terminan cediendo al fetichismo parlamentario). En realidad, los regímenes

³ Recordemos que para Marx la república burguesa parlamentaria —que él nunca homologaba con “democracia”— constituía la forma más eficaz de dominación política. Marx la consideraba superior a las dictaduras militares o a la monarquía porque en la república parlamentaria la dominación se vuelve anónima, impersonal y termina licuando los intereses segmentarios de los diversos grupos y fracciones del capital, instaurando un promedio de la dominación general de la clase capitalista, mientras que en la dictadura y en la monarquía es siempre un sector burgués particular el que detenta el mando, volviendo más frágil, visible y vulnerable el ejercicio del poder político.

políticos postdictadura, en Argentina, en Chile, en Brasil, en Uruguay y en el resto del cono sur latinoamericano, fueron producto de una compleja y desigual combinación de las luchas populares y de masas —en cuya estela alcanza su cenit la pueblada argentina de diciembre de 2001— con la respuesta táctica del imperialismo que necesitaba sacrificar momentáneamente algún peón militar de la época neolítica y algún político neoliberal, furibundo e impresentable, para reacomodar los hilos de la red de dominación, cambiando algo... para que nada cambie.

Con discurso “progre” o sin él, la misión estratégica que el capital transnacional y sus socias más estrechas, las burguesías locales, le asignaron a los gobiernos “progresistas” de la región —desde el Frente Amplio uruguayo y el PJ del argentino Kirchner hasta la concertación de Bachelet en Chile y el actual PT de Lula— consiste en lograr el retorno a la “normalidad” del capitalismo latinoamericano. Se trata de resolver la crisis orgánica reconstruyendo el consenso y la credibilidad de las instituciones burguesas para garantizar EL ORDEN. Es decir: la continuidad del capitalismo. Lo que está en juego es la crisis de la hegemonía burguesa en la región, amenazada por las rebeliones y puebladas —como las de Argentina o Bolivia— y su eventual recuperación.

Desde nuestra perspectiva, y a pesar de algunas esperanzas populares, la manipulación de las banderas sociales, el bastardeo de los símbolos de izquierda y la resignificación de las identidades progresistas tienen actualmente como finalidad frenar la rebeldía y encauzar institucionalmente la indisciplina social. Mediante este mecanismo de *aggiornamento* supuestamente “progre” las burguesías del cono sur latinoamericano intentan recomponer su hegemonía política. Se pretende volver a legitimar las instituciones del sistema capitalista, fuertemente devaluadas y desprestigiadas por

una crisis de representación política que hacía años no vivía nuestro continente. Los equipos técnicos y políticos de las clases dominantes locales y el imperialismo se esfuerzan de este modo, sumamente sutil e inteligente, en continuar aislando a la revolución cubana (a la que se saluda, pero... como algo exótico y caribeño), conjurar el ejemplo insolente de la Venezuela bolivariana (a la que se sonríe pero... siempre desde lejos), seguir demonizando a la insurgencia colombiana y congelar de raíz el proceso abierto en Bolivia.

La disputa por el Che Guevara en el siglo XXI

En ese singular contexto político, donde la lucha entre la hegemonía reciclada y *aggiornada* del capital y la contrahegemonía del campo popular tensan hasta el límite la cuerda del conflicto social, emerge, una vez más, la figura del Che Guevara. Viejo fantasma burlón y rebelde. A pesar de haber sido tantas veces repudiado, bastardeado y despreciado, hoy asoma nuevamente su sonrisa irónica por entre los escudos policiales, los carros blindados de las fuerzas antimotines y las movilizaciones de protesta popular.

Cada reaparición del Che se produce en medio de una feroz disputa.

Durante la década del '80, luego de las masacres capitalistas y los genocidios militares, en la mayoría de los países capitalistas dependientes de América Latina el Che retornó como astilla molesta en la garganta de los relatos académicos que por todo el continente predicaban —dólares y becas mediante— el supuesto y nunca cumplido “tránsito a la democracia”. En esos años, también en América Latina pero ahora dentro de Cuba, Fidel Castro apeló al Che Guevara como bandera y antídoto frente al mercado perestroiko y a la adaptación procapitalista que impulsaban los soviéticos. En

los discursos de Fidel, durante esos años, el Che volvía como partidario de la planificación socialista y teórico marxista del período de transición al socialismo.

Más tarde, en plena década del '90, tras la caída del muro de Berlín y la URSS en Europa del Este, en América latina Guevara volvía a asomar su boina inclinada y su barba raleada. Por entonces el Che retornaba como bandera ética y sinónimo de rebeldía cultural. Su imagen servía para contrapesar la antiutopía mercantil, privatizadora y represiva que se legitimaba con el señuelo del supuesto ocaso de los “grandes relatos ideológicos” y el pretendido agotamiento de las “grandes narrativas de la historia”. Frente al auge triunfalista del neoliberalismo más salvaje y la brutal absolutización del mercado, la apelación guevarista del hombre nuevo y la ética de la solidaridad se transformaron entonces en una muralla moral.

Hoy, ya comenzado el siglo XXI, aquella “transición a la democracia” de los '80 y aquel neoliberalismo furioso de los '90 han entrado en crisis. Guevara, en cambio, sigue presente y continúa atrayendo la atención de la juventud más inquieta, noble, sincera y rebelde.

Sin embargo, en nuestra opinión, ya no resulta pertinente apelar al Che como antídoto frente a una perestroika actualmente inexistente (como sucedió en los '80) ni tampoco reducir el guevarismo a una reivindicación puramente ético-cultural (como predominó en los '90). Ambas opciones, aunque justas y necesarias en aquellas décadas, hoy nos parecen demasiado limitadas, moderadas y tímidas.

Superado ya el *impasse* que provocó en el pensamiento revolucionario mundial la caída del muro de Berlín, hoy necesitamos volver a discutir y a rescatar el pensamiento del Che Guevara y el guevarismo como proyecto político, al mismo tiempo que

destacamos sus otras dimensiones (ética, filosófica y crítica de la economía política).

Se trata de recuperar el legado político que Guevara deja pendiente a las juventudes del siglo XXI y la necesidad urgente de reinstalarlo en la agenda de los movimientos sociales y las organizaciones políticas actuales. Comenzar a realizar esa tarea implica asumir un complejo desafío que consiste en conjurar numerosos equívocos que se han ido tejiendo en medio de la feroz disputa por su herencia.

En nuestra opinión, si hubiera que sintetizarlo en una formulación apretada y condensada, como proyecto político (no sólo ético-filosófico-cultural) el guevarismo constituye la actualización del leninismo contemporáneo descifrado desde las particulares coordenadas de América Latina. Esto es: una lectura revolucionaria del marxismo que recupera, en clave antiimperialista y anticapitalista al mismo tiempo, la confrontación por el poder y la lucha radical contra todas las formas de dominación social (las antiguas o tradicionales y también las formas de dominación *aggiornadas* o recicladas).

Discutiendo algunos equívocos

Esa recuperación actual del leninismo y de las vertientes más radicales del marxismo que el Che Guevara defendió en su vida política y en su obra teórica, solo podrá realizarse si abandonamos el pesado lastre de equívocos, caricaturas y tergiversaciones que se han ido pegoteando hasta empastar cualquier mínimo ejercicio de pensamiento crítico en nuestras filas.

En primer lugar, deberemos dejar resueltamente de lado la curiosa y malintencionada homologación que han construido los

partidarios del posmodernismo entre marxismo revolucionario y estatismo (¿?).

En los relatos académicos nacidos al calor de la derrota europea del '68, que han proliferado como maleza por toda América Latina desde la década del '80, el marxismo revolucionario terminaría siendo una variante más de “autoritarismo” estatista, donde bajo el manto pétreo del verticalismo estatal (posterior a la toma revolucionaria del poder) se produciría una asfixiante uniformidad de los movimientos sociales y las subjetividades populares.

¡Nada más lejos del ambicioso proyecto político guevarista que, siguiendo las enseñanzas de *El Estado y la revolución* de Lenin, siempre ha planteado la creación de poder popular y la continuidad ininterrumpida de la revolución socialista contra toda cristalización burocrática del aparato estatal!

Resultan hoy demasiado conocidas las polémicas que Fidel y el Che desarrollaron a inicios de los años '60, desde el poder revolucionario mismo, contra diversas tendencias burocráticas que pretendían congelar la revolución, reducirla a un solo país y aprisionarla en los pasillos ministeriales. A tal punto llegó aquella polémica que los viejos stalinistas (y toda la prensa burguesa de occidente) terminó acusando a Fidel y al Che de pretender “exportar la revolución” por todo el mundo.

Cuatro décadas después, aquel ímpetu antiburocrático (en lo “interno”) e internacionalista militante (en lo “externo”) que Guevara desarrolló sigue siendo una prueba irrefutable de que el marxismo revolucionario de ningún modo implica reducir nuestro ambicioso proyecto político a la inserción en un triste ministerio de estado. ¡Ni antes de tomar el poder (como sugieren aquellas corrientes proclives a la cooptación estatal, hoy fascinadas con

Kirchner, Lula, Tabaré Vázquez o Bachelet) ni después de tomar el poder (como pretendieron algunas corrientes stalinistas)!

El proyecto político guevarista no nace de una galera, sino de una caracterización histórica de la sociedad latinoamericana

A pesar de las caricaturas que en diversas biografías mercantiles se han dibujado sobre Guevara —donde, por ejemplo, el Che elige ir a combatir a Bolivia por algún deseo místico de encontrarse con la muerte o descreer de las “burguesías nacionales” por algún oscuro resentimiento familiar—, la perspectiva política del guevarismo se sustenta en una determinada línea de análisis de nuestras sociedades. Tanto las tácticas como las estrategias, los aliados posibles como las vías privilegiadas de lucha, derivan de un análisis político pero también de una caracterización histórica de las formaciones sociales latinoamericanas.

Desde los años del Che hasta hoy, la acumulación de conocimiento social realizado en América latina a partir del ángulo del marxismo revolucionario ha sido enorme. Que en las academias oficiales rara vez se incursione en esas investigaciones no implica que no hayan existido. Que los *papers* por encargo y la literatura difundida por las ONGs desprecien las categorías pergeñadas por el arsenal marxista, no legitima desconocer u olvidar que hace ya largos años historiadores formados en esta corriente pusieron en entredicho la tesis del supuesto y fantasmagórico “feudalismo” continental, base del subdesarrollo y del atraso latinoamericanos. Tesis que intentó fundamentar la revolución por etapas, la oposición a la revolución socialista y fundamentalmente el rechazo del guevarismo como opción política radical.

A diferencia de aquella tesis, la conquista de América, realizada con la espada y con la cruz, fue una gigantesca y genocida empresa capitalista que contribuyó a conformar un sistema mundial de dominación de todo el orbe. No nos olvidemos que Marx, en *El Capital*, sostenía que: “*El descubrimiento de las comarcas de oro y plata en América, el exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras [esclavos negros], caracterizan los albores de la era de producción capitalista*” (*El Capital*, Tomo I, Vol. I., capítulo 24).

En la América colonial posterior a la conquista de las diversas culturas de los pueblos originarios y a la destrucción de los imperios comunales-tributarios de los incas y aztecas, se conformó un tipo de sociedad que articulaba y empalmaba en forma desigual y combinada relaciones sociales precapitalistas (las comunales que lograron sobrevivir a 1492, las serviles y las esclavistas) con una inserción típicamente capitalista en el mercado mundial. Las relaciones sociales eran distintas entre sí, pero estaban combinadas y unas predominaban sobre otras. El nacimiento del capitalismo como sistema mundial siguió, pues, derroteros distintos en las diversas regiones del planeta. A pesar de lo que se enseña en las escuelas oficiales de nuestros países, nunca hubo un desarrollo lineal, homogéneo y evolutivo.

En Europa occidental el nacimiento del capitalismo estuvo precedido por el feudalismo y, antes, por la esclavitud y la comunidad primitiva. En vastas zonas de Asia y África, ese tránsito siguió una vía diversa: de la comunidad primitiva al modo de producción asiático y de allí al feudalismo o también de la comunidad primitiva al modo de producción asiático y de allí al

capitalismo. La esclavitud —típica en Grecia o Roma antiguas— no fue universal como tampoco lo fue el feudalismo.

En nuestra América, se pasó de las sociedades comunales-tributarias a una sociedad híbrida, inserta de manera dependiente en el mercado mundial capitalista (subordinada a su lógica) y basada en un desarrollo desigual y combinado de relaciones sociales precapitalistas y capitalistas, tanto en la agricultura y en la minería como en la manufacturas.

La característica central que se deriva de esta inserción latinoamericana en el mercado del sistema mundial capitalista ha sido y continúa siendo la dependencia, la superexplotación de nuestros pueblos y el carácter lumpen, raquíto, impotente y subordinado de las burguesías locales (mal llamadas “nacionales” pues, aunque hablan nuestros mismos idiomas y tienen nuestras costumbres, carecen de una perspectiva emancipadora para el conjunto de nuestras naciones).

De allí que las luchas por la independencia de nuestros países asuman, necesariamente, un horizonte político que combina al mismo tiempo —sin separarlas artificialmente pues están íntimamente entrelazadas— tareas antiimperialistas, o de liberación nacional, con tareas anticapitalistas y socialistas. Ese tipo de perspectiva política no corresponde a un delirio mesiánico de Ernesto Che Guevara ni a la marginalidad alocada de las corrientes que se inspiran en el guevarismo. Responde a la historia profunda de nuestro continente, a la conformación de su estructura capitalista dependiente, al carácter irremediablemente subordinado y lumpen de sus clases dominantes criollas.

En los escritos y discursos de Guevara sobre esta caracterización de las formaciones sociales latinoamericanas encontramos una llamativa similitud con las apreciaciones de José

Carlos Mariátegui (formuladas cuatro décadas antes que el Che). Tanto en Mariátegui como en el Che aparece también la mención a las supervivencias “feudales” de las sociedades de nuestra América (es más que probable que con la categoría de “feudales” el peruano y el argentino hicieran referencia a relaciones de tipo presalariales o “precapitalistas”); pero en ambos casos se subraya inmediatamente que esa supervivencia, derivada de la conquista española y portuguesa, convive en forma articulada —no yuxtapuesta— con la dependencia del mercado mundial, que termina imprimiéndole al conjunto social latinoamericano una subordinación al capitalismo como sistema global. Por lo tanto, el corolario político que Mariátegui y el Che Guevara infieren de ese análisis afirma que la revolución pendiente en nuestra América no puede ser “burguesa-antifeudal”, sino socialista.

No casualmente Mariátegui sostiene que: “La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: “antiimperialista”, “agrarista”, “nacionalista-revolucionaria”. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos” (Editorial de la revista Amauta, 1928).

En la misma estela de pensamiento político, Guevara afirma: “*Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo -si alguna vez la tuvieron- y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o*

revolución socialista o caricatura de revolución” (Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, 1967).

El presupuesto que sustentaba esa conclusión política era una caracterización sociológica, económica e histórica de la impotencia de las “burguesías nacionales”.

Por ejemplo, en su artículo “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana” el Che argumenta que: *“América es la plaza de armas del imperialismo norteamericano, no hay fuerzas económicas en el mundo capaces de tutelar las luchas que las burguesías nacionales entablaron con el imperialismo norteamericano, y por lo tanto estas fuerzas, relativamente mucho más débiles que en otras regiones, claudican y pactan con el imperialismo [...] Lo determinante en este momento es que el frente imperialismo-burguesía criolla es consistente”*.

En otro de sus escritos, el prólogo al libro *El partido marxista leninista* (donde se recopilaban, entre otros, escritos de Fidel), Guevara continúa con el mismo argumento: *“Y ya en América al menos, es prácticamente imposible hablar de movimientos de liberación dirigidos por la burguesía. La revolución cubana ha polarizado fuerzas; frente al dilema pueblo o imperialismo, las débiles burguesías nacionales eligen al imperialismo y traicionan definitivamente a su país”*.

No otra era la perspectiva de Fidel cuando afirmaba que : *“Hay tesis que tienen 40 años de edad; la famosa tesis acerca del papel de las burguesías nacionales. Cuánto papel, cuánta frase, cuanta palabrería, en espera de una burguesía liberal, progresista, antiimperialista. [...] La esencia de la cuestión está en si se le va a hacer creer a las masas que el movimiento revolucionario, que el socialismo, va a llegar al poder sin lucha, pacíficamente. ¡Y eso es una mentira!”* (discurso de clausura de la Organización

Latinoamericana de Solidaridad-OLAS del 10/8/1967). En la declaración final de evento, se formulan veinte tesis en defensa de *“la lucha armada y la violencia revolucionaria, expresión más alta de la lucha del pueblo, la posibilidad más concreta de derrotar al imperialismo”*. Las tesis sostienen que: *“las llamadas burguesías nacionales de América Latina tienen una debilidad orgánica, están entrelazadas con los terratenientes (con quienes forman la oligarquía) y los ejércitos profesionales, son incapaces y tienen una impotencia absoluta para enfrentar al imperialismo e independizar a nuestros países [...] La insurrección armada es el verdadero camino de la segunda guerra de independencia”* (Declaración general de la OLAS, agosto de 1967).

Cuatro décadas después de aquellos análisis, en tiempos de violenta mundialización capitalista... ¿las burguesías nativas de nuestra América han logrado un grado mayor de independencia y autonomía? La respuesta, para quien no reciba euros o dólares de aquellas instituciones destinadas a comprar conciencias y cerebros, resulta más que obvia.

¿Qué sentido realista, pragmático y realizable tienen hoy, en el siglo XXI globalizado, los proyectos de “capitalismo andino”, “capitalismo nacional”, “capitalismo a la uruguaya”, “capitalismo ético” y otras ensoñaciones ilusorias que pululan por el cono sur latinoamericano, extraídas del ropero ideológico de las viejas clases dominantes, recientemente maquilladas, perfumadas, *aggiornadas* y recicladas?

Desde el proyecto político guevarista creemos que ninguna de esas formulaciones retóricas —pues de eso se trata, de pura retórica, de mera puesta en escena, de simples piruetas discursivas destinadas al marketing electoral— tiene sustento real, posible ni realista. Sirven, quizás, para ganar votos en una elección. Pero no

constituyen un proyecto serio de emancipación nacional y continental. Guevara continúa teniendo razón: o revolución socialista o caricatura de revolución.

La revolución como proceso prolongado e ininterrumpido

En la concepción política guevarista la revolución no constituye un espasmo repentino ni la irrupción de un rayo en el cielo despejado de un mediodía de verano. Tampoco un golpe de mano ni un cuartelazo militar. La revolución, para el Che, sólo se puede realizar como un proceso y a través de la lucha de masas, prolongada y a largo plazo. El Che es muy claro con las ilusiones espontaneístas que sueñan con un motín popular, por lo general urbano, que con palos y piedras logre, en una sola tarde, cambiar todo el orden social de raíz. En su opinión: “*Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta*” (Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, 1967).

La revolución comienza antes de la toma del poder, con la creación de poder popular y zonas liberadas, se prolonga, a través de la destrucción del poder estatal, en el derrocamiento de todo el andamiaje institucional de la vieja sociedad y más tarde se extiende en la creación de nuevas formas de relaciones sociales y nuevas instituciones que deben dar cuenta del cambio radical ocurrido en el orden social. Del viejo orden no se pasa al abismo sino, en los términos de la revista del joven Gramsci, al “orden nuevo”. La revolución no se delimita entonces al día preciso en que las

autoridades políticas de la vieja sociedad y el antiguo régimen de dominación abandonan el país o son apresadas por las fuerzas revolucionarias. No, lejos de esa visión de la épica hollywoodense, la revolución abarca un proceso social y temporal de muchos años.

Concebir a la revolución como un proceso a largo plazo, donde se combinan diversas formas de lucha —predominando las formas extrainstitucionales por sobre las institucionales, dado el carácter históricamente represivo de los regímenes políticos latinoamericanos— implica desmontar al mismo tiempo la leyenda del foquismo, simplificación atribuida al guevarismo político que todavía hoy sigue señalándose como espantapájaros contra el pensamiento marxista radical.

El espantapájaros del foquismo (y la caricatura de Debray)

¿Quién es Régis Debray? Debray era un joven estudiante francés, discípulo del filósofo Louis Althusser. Visitó América Latina y escribió después un artículo muy largo, en la célebre revista de Jean-Paul Sartre *Les Temps Modernes*. Lo tituló: “El Castrismo: la larga marcha de América Latina”. Este artículo les gustó mucho a los cubanos, quienes publicaron un trabajo suyo en la célebre revista *Casa de las Américas*, a través del cual Debray se hizo conocido en la isla caribeña. Lo invitaron a Cuba, y ahí, Debray escribe un texto que pretende ser algo así como la “síntesis teórica” de la revolución cubana. En realidad era una versión manualizada, codificada y simplificada hasta el extremo. Un texto que hoy en día se utiliza para criticar a la revolución cubana y para denostar todo lo que políticamente esté asociado al Che Guevara (Hemos intentado desarrollar la crítica al foquismo en nuestro ensayo “¿Foquismo? A propósito de Mario Roberto Santucho y el pensamiento político de la

tradición guevarista”, incluido en nuestro *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder*. Buenos Aires, Nuestra América, 2005).

El libro de Debray se titula: *¿Revolución en la Revolución?*. Allí realiza una versión totalmente parcial y unilateral de la revolución cubana. Sostiene, entre otras cosas, que en Cuba no hubo casi lucha urbana, que solamente se desarrolló la lucha rural, que la ciudad era burguesa mientras que la montaña era proletaria y que, por lo tanto, la revolución surge de un foco, de un pequeño núcleo aislado. Así, de este modo, Debray hace la canonización y la codificación de la revolución cubana en una receta muy esquemática que se conoce como “la teoría del foco”. Esta versión de Debray sobre la revolución cubana suele ser utilizada en nuestros días para ridiculizar y fustigar la teoría política del guevarismo... aún cuando el mismo Debray ya no tiene nada que ver con esta tradición, pues pasó a las filas de la socialdemocracia —en el mejor de los casos y siendo indulgentes con él... —.

No es mentira que la temática del “foco” está presente en los escritos del Che pero de una manera muy diferente a la receta simplificada que construye Debray. Nosotros creemos que en el Che los términos “foco” y “catalizador” —con los que el Che hace referencia a la lucha político-militar de la guerrilla—, tienen un origen metafórico proveniente de la medicina (la profesión juvenil del Che). El “foco” remite al... foco infeccioso que se expande en un cuerpo humano. El “catalizador”, en la química, es el nombre de un cuerpo capaz de motivar un cambio, la transformación catalítica.

Pero, más allá del origen metafórico de ambos términos, resulta innegable para quien no tenga anteojeras ni escriba por encargo de ONGs o fundaciones norteamericanas que en el pensamiento político de Guevara la concepción de la guerrilla está siempre vinculada a la lucha de masas. Concretamente, el Che

sostiene que: “Es importante destacar que la lucha guerrillera es una lucha de masas, es **una lucha del pueblo** [...] Su gran fuerza radica en la masa de la población” (Ernesto Che Guevara: *La guerra de guerrillas*, 1960). Más tarde, el Che vuelve a insistir con este planteo cuando reitera: “La guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es **una lucha de masas**” (Ernesto Che Guevara: “La guerra de guerrillas: un método”, artículo publicado en *Cuba Socialista*, septiembre de 1963).

Guevara no se detiene allí. Prolongando y comentando el libro del general Giap (célebre estrategia vietnamita que derrocó a Japón, Francia y Estados Unidos) *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, el Che destaca una y otra vez un elemento fundamental para la victoria del pueblo vietnamita: “las grandes experiencias **del partido en la dirección de la lucha armada y la organización de las fuerzas armadas revolucionarias** [...] Nos narra también el compañero Vo Nguyen Giap, la estrecha relación que existe entre el partido y el ejército, cómo, en esta lucha, **el ejército no es sino una parte del partido dirigente de la lucha**”.

De este modo, a diferencia de Debray, el Che le otorga un lugar central a la lucha política, de la cual la lucha armada no es sino su prolongación sobre otro terreno. Allí, siempre comentando a Giap, Guevara vuelve a insistir, obsesivamente, en que: “La lucha de masas fue utilizada durante todo el transcurso de la guerra por el partido vietnamita. Fue utilizada, en primer lugar, porque **la guerra de guerrillas no es sino una expresión de la lucha de masas** y no se puede pensar en ella cuando está aislada de su medio natural, que es el pueblo”.

¿De qué modo Debray pudo eludir este tipo de razonamientos centrales y determinantes del pensamiento político del Che? Pues construyendo un relato de la revolución cubana donde

desaparecen, como por arte de magia, las tradiciones políticas previas y toda la lucha política anterior de Fidel Castro y sus compañeros.

Si se vuelven a leer los textos “foquistas” de Debray cuarenta años después, el lector no encontrará, inexplicablemente, ninguna referencia a la historia política cubana anterior ni a la lucha política previa, que derivan en el inicio de la lucha armada contra Batista. Pareciera que para Debray, observador europeo proveniente del PC francés, recién llegado a América latina —en aquella época fascinado con Cuba y las guerrillas, luego con la socialdemocracia y hoy vaya uno a saber con qué— la invasión del Granma y el Ejército Rebelde nacen *ex nihilo*, no como fruto de la radicalización política de un sector juvenil proveniente del nacionalismo radical y antimperialista latinoamericano y de la propia historia política cubana (Para una reconstrucción de la historia previa de la revolución cubana y de toda la experiencia que Fidel y el Movimiento 26 de julio extraen de sus maestros Guiteras, Mella, Roa y otros, véase nuestro libro *Fidel para principiantes*. Buenos Aires, Longseller, 2006)

Además, cuando Debray pretende esquematizar y teorizar la lucha revolucionaria cubana defendiendo a rajatabla la tesis de “la inexistencia del partido” tiene en mente y está pensando en la ausencia, dentro de la primera dirección guerrillera, del viejo Partido Socialista Popular (el antiguo PC cubano, símil del PC francés en el que se formó Debray). Un lector actual de los escritos de Debray no puede dejar de preguntarse: ¿pero acaso el Movimiento 26 de julio —quien impulsaba y dirigía la lucha armada en Cuba— no constituía un partido? ¿Acaso Fidel Castro y los asaltantes del Moncada no provenían de la lucha política previa que se nutría del antimperialismo radical?

Para Debray las advertencias del Che sobre las luchas de masas y la relevancia de la organización política eran sólo... detalles insignificantes. No les dio ninguna importancia. Por eso construyó una visión caricaturesca de la lucha armada que, lamentable y trágicamente, fue posteriormente atribuida —post mortem— al Che y al guevarismo...

Según recuerda Pombo [Harry Villegas Tamayo], compañero del Che en Cuba, Congo y Bolivia, al Che Guevara no le gustó *¿Revolución en la Revolución?* de Debray. Lo leyó cuando estaba en Bolivia (pues se publicó en 1967) y le hizo verbalmente comentarios críticos a su autor. No hay registros de que el Che haya volcado esos comentarios críticos en sus libretas de apuntes de Bolivia.

Aún cuando nunca sepamos qué le criticó puntualmente Guevara al intelectual francés, ya en aquella época dos militantes cubanos salieron públicamente a criticar la caricatura “foquista” de Debray (Simón Torres y Julio Aronde [posiblemente dos seudónimos de colaboradores del comandante Manuel Piñeiro Losada, alias “Barbarroja”]: “Debray y la experiencia cubana”. En *Monthly Review* N° 55, año V, octubre de 1968. pp.1-21.). Estos dos compañeros cubanos le critican abiertamente a Debray —¡no ahora, en el siglo XXI, sino en 1968!— el haber simplificado la revolución cubana, el haberla convertido en una simple teoría del “foco” y el no haber visto en ella que junto a la guerrilla, en las ciudades luchaba la juventud, el movimiento obrero, el movimiento estudiantil, etc. En suma, le cuestionaban, en particular, el total desconocimiento de la lucha urbana y, en general, la total subestimación de la lucha política, base de sustentación de toda confrontación político militar. Esta es la principal crítica a la teoría del “foco” realizada en aquella época por los propios cubanos (para revisar la crítica que otros guevaristas le hicieron a la teoría “foquista” de Debray, puede

consultarse el mencionado ensayo “¿Foquismo? A propósito de Mario Roberto Santucho y el pensamiento político de la tradición guevarista”, así como también los documentos fundacionales del ERP en Argentina, compilados por Daniel De Santis en varias ediciones. Esas compilaciones pueden consultarse gratuitamente en el sitio web de la «Cátedra Che Guevara – Colectivo Amauta»: amauta.lahaine.org).

La política, la lucha de clases y la confrontación político-militar

Las posiciones políticas que asume Ernesto Che Guevara en sus reflexiones sobre Cuba, Vietnam, las enseñanzas de Giap y la lucha antiimperialista del tercer mundo se nutren de toda la tradición previa del marxismo, que a su vez proviene de pensadores clásicos como Clausewitz y Maquiavelo.

Recordemos que, a principios del siglo XVI, en *El príncipe* y en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, el teórico florentino Nicolás Maquiavelo sostiene que para unificar Italia como una nación moderna, había que derrotar el predominio de Roma –El Vaticano– y también terminar con la proliferación de bandas armadas locales, los célebres *condottieri* [combatientes mercenarios]. Maquiavelo propone la formación de una fuerza militar republicana completamente subordinada al príncipe, es decir, al poder político. **¡Es la política, según Maquiavelo, la que ejerce su dirección sobre lo militar y no al revés!**.

Más tarde, a inicios del siglo XIX, el teórico prusiano Karl von Clausewitz vuelve a prolongar aquel pensamiento defendiendo que “*la guerra es la continuación de la política por otros medios*” (en su libro *De la guerra*).

Un siglo después, a comienzos del siglo XX, durante la primera guerra mundial (más precisamente entre 1915 y 1916), mientras estudia la *Ciencia de la Lógica* de Hegel en su exilio suizo, Lenin lee y anota detenidamente la obra *De la guerra* de K.v.Clausewitz. En plena confrontación mundial (entre estados-naciones), luego transformada en guerra civil interna (entre clases sociales), Lenin recalca una y otra vez las enseñanzas de Clausewitz acerca de la guerra entendida como continuidad de la política y el predominio de esta última sobre aquella.

El principal líder de la revolución bolchevique no es el único marxista en incursionar en esta materia. Antonio Gramsci, en sus *Cuadernos de la cárcel*, redacta en los albores de la década de 1930 el texto “*Análisis de situación y relaciones de fuerza*”. Allí el pensador italiano sostiene que la lucha político-militar y la guerra constituyen un momento superior de las relaciones de fuerzas políticas, que enfrentan en una situación revolucionaria a las clases y fuerzas sociales.

Exactamente lo mismo podría plantearse acerca del pensamiento de Mao Tse Tung, León Trotsky, Ho Chi Minh, Vo Nguyen Giap y, desde luego, Fidel y el Che.

Por lo tanto, en toda esta extendida tradición de pensamiento político, que se remonta a la herencia republicana de Maquiavelo y, pasando por el tamiz de la reflexión de Clausewitz, es adoptada luego por los clásicos del marxismo, **la confrontación político-militar es la prolongación de la lucha política, ¡no al revés!**. A pesar de las caricaturas mercantiles que se han dibujado con intenciones de frivolidad, ese es el corazón en el que se sustenta el proyecto político guevarista latinoamericano.

De manera análoga podría recorrerse el extenso itinerario del pensamiento político y militar de nuestras guerras de independencia

y liberación latinoamericanas. Desde San Martín, Bolívar y Artigas hasta José Martí, Emiliano Zapata, Augusto César Sandino y Farabundo Martí, entre muchísimos otros y otras.

Después de años y años de propaganda burguesa y del intento de demonización y satanización de todo este pensamiento político, resulta imperioso volver a insistir en esta problemática.

Niveles de lucha en la relación de fuerzas entre las clases sociales

En el ya mencionado pasaje de los *Cuadernos de la cárcel*, Antonio Gramsci, sintetizando las elaboraciones de Lenin acerca del significado de una “situación revolucionaria”, expone lo que considera las características básicas de una situación política. En el mencionado pasaje, dicho sea de paso, se adelante como mínimo cuarenta años al análisis de Michel Foucault, a quien muchas veces se atribuye el haber descubierto que “*el poder no es una cosa, sino relaciones*”. Con cuatro décadas de anticipación, Gramsci también plantea que la política y el poder son relaciones, pero no relaciones en general, indeterminadas (en las cuales no importaría quien ejerce el poder sino **cómo** lo ejerce), sino relaciones específicas y determinadas de fuerza entre las clases sociales. Para Gramsci y para el marxismo sí importa **quién** ejerce el poder, además de **cómo** lo ejerce.

Este análisis de Gramsci resulta sumamente útil para pensar las categorías centrales del libro *El Capital* de Marx. Si el valor, el dinero y el capital no son cosas, sino relaciones (de producción), pues entonces son también relaciones de fuerza entre las clases... Gramsci nos proporciona en ese pasaje de los *Cuadernos de la cárcel*, la pista para comprender todo *El Capital* de Marx en clave política, superando la vieja dicotomía economista que dividía a la

sociedad entre una esfera estructural (donde residiría la economía) y una esfera superestructural (donde se ubicaría la política y el poder).

¿Qué es el poder, entonces, para la tradición de pensamiento marxista? El poder es un conjunto de relaciones sociales de fuerza entre sujetos colectivos contradictoria y antagónicamente enfrentados, las clases sociales. Ese conjunto de relaciones abarca diversas esferas, desde la economía hasta la política, la cultura y la guerra. Al interior de ese conjunto complejo y diversificado de relaciones, algunas se cristalizan y condensan a lo largo del tiempo en instituciones. Las instituciones no son más que relaciones sociales cristalizadas, petrificadas, condensadas a lo largo del tiempo. Todas las instituciones que articula la sociedad capitalista están atravesadas por relaciones de poder, pero algunas, en particular, lo hacen en forma concentrada. No es el mismo poder el que ejerce una maestra en una escuela que el que ejerce el comando sur del ejército norteamericano. No todas las relaciones sociales están en el mismo nivel dentro de la totalidad social, así como tampoco todas las instituciones son intercambiables en el ejercicio del poder. Algunas instituciones, pertenecientes al aparato de Estado —policía, ejército, marina, fuerza aérea, servicios de inteligencia, cárceles, gendarmería, prefectura, etc.— aglutinan determinados márgenes mayores de concentración de poder en comparación con otras instituciones. Son aquellas que implementan el ejercicio (real o potencial) de fuerza material. Otras instituciones las acompañan y legitiman, son las instituciones que ejercen poder en la creación de consenso. La hegemonía burguesa constituye precisamente la articulación de ambas dimensiones, la violencia y el consenso.

Pues bien, dentro de ese armazón categorial de índole marxista acerca del poder, Antonio Gramsci diferencia tres niveles de confrontación en la relación de fuerza entre las clases sociales.

Un primer nivel económico-corporativo, un segundo nivel específicamente político (donde se construye la hegemonía) y un tercer nivel político-militar. Los tres momentos, aclara el pensador italiano, constituyen partes de un todo indivisible.

¿En cuál de los tres niveles de análisis se ubica la reflexión política del Che Guevara y su concepción de la revolución?

En nuestra opinión, pensamos que los escritos, intervenciones y discursos del Che abarcan los tres niveles de análisis aunque ponen prioritariamente el énfasis en el segundo y en el tercer nivel. Es decir, en el plano donde se construye la hegemonía socialista (allí deberían ubicarse todos los escritos del Che sobre la necesidad de construir el hombre nuevo y la mujer nueva, la batalla por la creación de la pedagogía del ejemplo y la moral comunista, etc.) y en el terreno social donde se desarrolla la confrontación político-militar, en tanto prolongación de la esfera política. De los tres momentos que señala Gramsci, a la hora de pensar y analizar la revolución como proceso, el Che teoriza sobre los dos niveles más avanzados de la lucha sin dejar de señalar las limitaciones —justas pero limitadas al fin de cuentas— de las luchas puramente económico-corporativas-reivindicativas.

El análisis específicamente político del guevarismo

Para estudiar la historia latinoamericana y el comportamiento de sus clases sociales el Che Guevara plantea en *Guerra de guerrillas: un método* (1963) que: “Hoy por hoy, se ve en América **un estado de equilibrio inestable entre la dictadura oligárquica y la presión popular**. La denominamos con la palabra oligárquica pretendiendo definir la alianza reaccionaria entre las burguesías de

cada país y sus clases de terratenientes [...] Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular”.

Cabe aclarar que cuando el Che emplea la expresión “*dictadura oligárquica*”, como él mismo afirma, no está pensando en una dictadura de los terratenientes y propietarios agrarios tradicionales a la que habría que oponer, siguiendo un esquema etapista, una lucha “democrática” o un “frente nacional” modernizador, incluyendo dentro del mismo no sólo a los obreros, campesinos, estudiantes y capas medias empobrecidas, sino también a la denominada “burguesía nacional”. ¡De ningún modo! El Che es bien claro. Lo que existe en América Latina es una alianza objetiva entre los terratenientes “tradicionales” y las burguesías “modernizadoras”. La alternativa no pasa entonces por oponer artificialmente tradición versus modernidad, terratenientes versus burguesía industrial, oligarquía versus frente nacional. Su planteo es muy claro: “*No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución*”.

En el pensamiento político del Che, la república parlamentaria, aunque fruto arrancado a las dictaduras militares como resultado de la lucha y la presión popular, sigue siendo una forma de dominación burguesa, incluso cuando se recicle apelando a retórica “progresista” o se modernice mediante gestos destinados al marketing electoral.

El Che atribuye suma importancia al análisis del equilibrio político inestable entre ambos polos pendulares (la dictadura oligárquica, basada en la alianza de terratenientes y burgueses “nacionales”, por un lado, y la presión popular, por el otro).

En ningún momento Guevara plantea como alternativa la consigna: “democracia o dictadura” (tan difundida en el cono sur latinoamericano a comienzos de los años ’80). La alternativa

consiste en continuar bajo dominación burguesa en sus diferentes formas o la revolución socialista. Por ello, en *Guerra de guerrillas: un método*, el Che alertaba que: “*No debemos admitir que la palabra democracia, utilizada en forma apologética para representar la dictadura de las clases explotadoras, pierda su profundidad de concepto y adquiera el de ciertas libertades más o menos óptimas dadas al ciudadano. Luchar solamente por conseguir la restauración de cierta legalidad burguesa sin plantearse, en cambio, el problema del poder revolucionario, es luchar por retornar a cierto orden dictatorial preestablecido por las clases sociales dominantes: es, en todo caso, luchar por el establecimiento de unos grilletes que tengan en su punta una bola menos pesada para el presidiario*”.

Hegemonía y autonomía de clase

En la historia latinoamericana, quienes sólo pusieron el esfuerzo en la creación y consolidación de la independencia política de clase, muchas veces quedaron aislados y encerrados en su propia organización. Generaron grupos aguerridos y combativos, militantes y abnegados, pero que no pocas veces cayeron en el sectarismo. Una enfermedad recurrente y endémica por estas tierras. Quienes, en cambio, privilegiaron exclusivamente la construcción de alianzas políticas e hicieron un fetiche de la unidad a toda costa, con cualquiera y sin contenido, soslayando o subestimando la independencia política de clase, terminaron convirtiéndose en furgón de cola de la burguesía (“nacional”, “democrática” o como quiera llamársela), cuando no fueron directamente cooptados por alguna de sus fracciones institucionales y terminaron su vida como funcionarios mediocres en algún ministerio.

Una de las grandes enseñanzas políticas del guevarismo latinoamericano consiste en que hay que combinar ambas tareas. No excluirlas sino articularlas en forma complementaria y hacerlo, si se nos permite el término —que ha sido bastardeado y manipulado hasta el límite—, de modo dialéctico. Es decir, que nuestro mayor desafío consiste en ser lo suficientemente claros, intransigentes y precisos como para no dejarnos arrastrar por los distintos proyectos burgueses en danza —sean ultrareaccionarios o “progresistas”— pero, al mismo tiempo, tener la suficiente elasticidad de reflejos como para ir quebrando el bloque de poder burgués y sus alianzas, mientras vamos construyendo nuestro propio espacio autónomo de poder popular. Y eso no se logra sin construir alianzas contrahegemónicas con las diversas fracciones de clases explotadas, oprimidas y marginadas.

Rebeldías múltiples, colores diversos, hegemonía socialista

En el debate latinoamericano, uno de los temas de la agenda política contemporánea más debatidos es, sin duda, el del sujeto de la revolución.

El capitalismo dependiente, como sistema de dominación continental, somete, oprime, explota y margina a múltiples sujetos sociales. Las evidencias están a la vista para quien no quiera distraerse.

Ahora bien, de ese amplio, diverso y colorido abanico multicolor, ¿existe algún sujeto social con capacidad de convocar y coordinar al conjunto del movimiento popular, aglutinando todas las rebeldías particulares y llevar la lucha de tod@s hasta las últimas consecuencias?

El Che Guevara consideraba que ese sujeto es la clase trabajadora. En el caso particular de Cuba, consideraba que la fuerza social, en términos cuantitativos, más numerosa era el campesinado pobre (base social del Ejército Rebelde que hace triunfar la revolución). Ahora bien, ese campesinado, si se hubiera limitado a la simple lucha por su terruño, hubiera conducido a la revolución a un callejón sin salida para el conjunto de la sociedad. Eludiendo este falso atajo “campesinista”, el Che Guevara considera que la revolución cubana —como la de Vietnam, en situación análoga en términos de clases sociales— pudo triunfar porque su dirección política tenía una ideología propia de la clase trabajadora. Esa fue, por ejemplo, una notable diferencia entre la revolución cubana de 1959 y la revolución mexicana de 1910, que también derrocó heroicamente al ejército burgués pero no logró, a pesar del liderazgo insurgente de Villa y Zapata, construir un proyecto aglutinador para el conjunto de la nación oprimida. El límite del programa campesino constituye una limitación para reorganizar el conjunto de la sociedad sobre nuevas bases, superadoras del capitalismo dependiente. Las grandes masas campesinas pobres de América Latina han jugado y pueden jugar en el futuro un papel sumamente revolucionario, a condición de converger en sus rebeldías y construir una alianza con las clases trabajadoras urbanas.

Esa singular combinación que se dio en Cuba y en Vietnam (ausente en los escritos de Marx o Engels), donde una fuerza social de mayoría campesina es conducida a la toma del poder por un destacamento revolucionario de ideología proletaria, constituye una de las elaboraciones de Guevara que bien valdría la pena repensar en el mundo contemporáneo.

Porque hoy en día, en el siglo XXI, en el campo popular latinoamericano también contamos con numerosos y diversos sujetos

sociales que padecen opresiones y dominaciones. Pero no todos esos sujetos sociales tienen la misma capacidad de convocar, aglutinar y coordinar, en una lucha común, una confrontación contra el conjunto del sistema de dominación, excediendo el límite “corporativo-reivindicativo” de su lucha parcial.

Desde el ángulo guevarista, las luchas contra la dominación del capital son numerosas, variadas y en América Latina asumen tonalidades con un espectro de amplia gama. Pero cada una por separado, permanece fragmentada y encerrada en su propio “juego de lenguaje” (como le gusta decir al posmodernismo). Sin articulación, sin coordinación global, sin generar espacios comunes ni un proyecto socialista que aglutine a todos y todas no habrá posibilidad de salir de los lugares tímidos y limitados en los cuales el sistema de dominación nos recluye. Para salir de ese lugar prefijado de antemano —donde toda oposición y toda disidencia terminan siendo fagocitadas, neutralizadas, institucionalizadas o directamente cooptadas— necesitamos construir hegemonía socialista.

Como creía Mariátegui, como pensaba el Che, como propone el guevarismo contemporáneo, la revolución socialista constituye el gran proyecto que puede aglutinarnos a quienes nos proponemos romper radicalmente con las diversas dominaciones (nacionales, étnicas, de clase, de género, ecológicas, etc). La clase trabajadora, entendida en sentido amplio, debe jugar un papel central en esa convocatoria y en la construcción de ese proyecto socialista plural que aglutine en la creación del poder popular las más variadas y disímiles rebeldías anti-sistema.

¿Cambiar el mundo sin tomar el poder?

A lo largo de su corta e intensa vida política Ernesto Guevara siempre destacó en primer plano la cuestión prioritaria del poder para una transformación radical de la sociedad

En su trabajo “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana” el Che no deja lugar a la ambigüedad: *“El estudio certero de la importancia relativa de cada elemento, es el que permite la plena utilización por las fuerzas revolucionarias de todos los hechos y circunstancias encaminadas al gran y definitivo objetivo estratégico, la toma del poder [subrayado de Guevara]. El poder es el objetivo estratégico sine qua non de las fuerzas revolucionarias y todo debe estar supeditado a esta gran consigna”*. Pero esa afirmación no queda restringida a escala nacional. Por eso el Che aclara inmediatamente: *“La toma del poder es un objetivo mundial de las fuerzas revolucionarias”*.

Ese es el primer problema de toda revolución. En tiempos del Che y en nuestra época.

¡Cuánta vigencia y pertinencia tienen hoy sus reflexiones! Sobre todo cuando en algunas corrientes del movimiento de resistencia mundial contra la globalización capitalista han calado las erróneas ideas —difundidas hasta el hartazgo por ONGs, fundaciones y diversas instituciones rentadas, encargadas de aceitar la hegemonía del sistema— de que “no debemos plantearnos la toma del poder”. Equívocas formulaciones y seductores cantos de sirena que vuelven a instalar, con otro lenguaje, con otra vestimenta, con otras citas prestigiosas de referencia, la añeja y desgastada estrategia de la “vía pacífica al socialismo” que tanto dolor y tragedia le costó, entre otros, al hermano pueblo de Chile. En primer lugar, al entrañable compañero Salvador Allende, honesto y leal propiciador de aquella estrategia.

Porque al reflexionar y debatir sobre estos planteos —mayormente nacidos en la academia parisina luego de la derrota del mayo francés (véase nuestro ensayo “Desafíos de la teoría crítica frente al posmodernismo” en amauta.lahaine.org)— jamás debemos olvidar o soslayar el estudio de la propia historia latinoamericana.

Grave equivocación la de aquellos intelectuales de origen europeo que llegan a América Latina, se fascinan con una experiencia política determinada, la simplifican, la recortan, la absolutizan, la descontextualizan, la separan de la historia latinoamericana, la convierten en receta universal y luego recorren diversos países predicando el nuevo evangelio, violentando las otras realidades para que todas entren, a como dé lugar y sin importar las especificidades, en el lecho de Procusto de sus esquemas de pizarrón.

Ese método de pensamiento político, ha sido recurrente en diversos exponentes de la intelectualidad europea afín a América Latina —algunos de ellos bienintencionados— o al menos interesada en el acaecer político de nuestros pueblos. Desde Régis Debray hasta Heinz Dieterich, pasando por John Holloway hasta llegar a Toni Negri [el más eurocéntrico de los cuatro].

Si Debray se fascinó con la Cuba de los ’60, la simplificó al extremo y luego la transformó en la receta caricaturesca del “foco” militar sin lucha política, Dieterich⁴ hizo exactamente lo mismo con

⁴ Como coherente partidario de la unidad con los militares latinoamericanos, Dieterich no se ahorra la oportunidad de marcar sus enormes distancias con el marxismo del Che Guevara, a quien se refiere críticamente del siguiente modo: “Para transformar la sociedad hay tres caminos posibles: a) manipular genéticamente al ser humano, b) **tratar de crear al “hombre nuevo”** y c) cambiar las instituciones que guían su actuación [...] **La opción b) ha sido aplicada por todas las religiones del mundo, seculares y metafísicas, con resultados desastrosos**” (véase

la Venezuela bolivariana de Chávez, de donde extrajo la disparatada doctrina que propone, en cualquier país y en donde sea, hacer la unidad con los militares de las Fuerzas Armadas institucionales. A su turno Holloway siguió idéntico derrotero metodológico con el neozapatismo, para terminar proponiendo a los cuatro vientos que pretender hacer una revolución para cambiar el mundo y tomar, en el camino, el poder como medio de derrumbar la vieja sociedad capitalista e ir construyendo una radicalmente nueva constituye un absurdo y una ridiculez... Negri coincide con este último análisis, aunque, quizás por su europeísmo galopante, directamente ni se tomó el trabajo de los otros tres. Vino directamente a América Latina a predicar sus recetas (extraídas de la derrota del movimiento extraparlamentario italiano y de la filosofía universitaria francesa que él adoptó en su exilio parisino), sin siquiera conocer de primera mano alguna de nuestras sociedades.

El método implícito y presupuesto por estos cuatro exponentes intelectuales de ese estilo de reflexión política resulta fácilmente impugnabile. (En otros escritos hemos intentado cuestionarlo con mayor detenimiento: véase por ejemplo el prólogo a la edición cubana de nuestro *Marx en su (Tercer) mundo*. La Habana, Centro Juan Marinello, 2003 o también nuestro libro *Toni Negri y los equívocos de «Imperio»*, publicado en Madrid [España], Campo de ideas, 2002 y en Bolsena [Italia], Massari ed., 2005). De sus distintas teorías, aquí nos detendremos brevemente en la doctrina posmoderna de la “no toma del poder”.

Existe un hilo —no rojo, sino más bien amarillo— de notable continuidad entre: (a) la impugnación política al marxismo

revolucionario y el cuestionamiento filosófico de la tradición dialéctica realizada por el pensador socialdemócrata Eduard Bernstein, quien a fines del siglo XIX se oponía a la toma del poder y sugería expurgar del socialismo toda huella de Hegel (argumentando, exactamente igual que Toni Negri —quien evidentemente adoptó muchos de sus argumentos—, que la dialéctica es “estatista”, “conservadora”, “apologista del *statu quo*”, etc.); (b) la doctrina soviética promocionada en la era Krushev desde Moscú, a partir de 1956, que promovía la “transición pacífica al socialismo” y el cambio de sociedad sin guerra civil ni toma del poder (doctrina nacida en paralelo con la doctrina de la “coexistencia pacífica” con el imperialismo); (c) la estrategia del “camino pacífico —sin tomar el poder— al socialismo” experimentada en Chile a partir de 1970; (d) la doctrina eurocomunista —impulsada por el PCI a partir de su acuerdo con la Democracia Cristiana— del “compromiso histórico” con el estado burgués y sus instituciones, motivada por la recepción europeo occidental del fracaso chileno y el temor a un golpe de estado en Italia (doctrina que luego se extiende a Francia y a la España de la “transición” tras la muerte de Francisco Franco); y finalmente (e) la actual renuncia posmoderna a toda estrategia de poder.

A pesar de los diferentes contextos históricos y la diversidad de polémicas y debates en los que cada propuesta se inscribe, entre (a), (b), (c), (d) y (e) hay denominadores comunes. Las raíces políticas son convergentes y las conclusiones muy similares. Para quien no tenga anteojeras ni malas intenciones, resulta sumamente difícil desconocer que la doctrina de “no toma del poder” ni es nueva, ni acaba de surgir por la globalización ni responde a los cambios que introdujo internet... Todas esas formas de promocionarla son, en realidad, subterfugios propagandísticos para

Heinz Dieterich: *Bases del nuevo socialismo*. Buenos Aires, Editorial 21, 2001. p. 74).

presentar en bandeja nueva una comida ácida, recalentada y ya rancia.

Aunque en el siglo XXI esa añeja doctrina se muestra y pretende venderse desde una vidriera teóricamente más atractiva, de modo mucho más pulido y seductor que los antiguos esquemas socialdemócratas o stalinistas (ahora aparece cargada incluso de términos libertarios o apelando a la indeterminación de una genérica “sociedad civil”), el fondo político sigue enmarañado dentro mismo de las pegajosas redes institucionales del capital. La conclusión es inequívoca. No se puede saltar el muro capitalista. No hay manera de confrontar con las instituciones centralizadas del poder, abrir de una vez por todas la puerta y pasar a una sociedad radicalmente distinta.

Por eso mismo, volver a rescatar, continuar y recrear la reflexión política del guevarismo sobre el problema del poder, realizada no desde un Estado burocrático envejecido ni desde un cómodo sillón académico universitario, sino desde una práctica política vivida cotidianamente como apuesta vital por la revolución socialista latinoamericana, constituye un elemento de aprendizaje insustituible e imprescindible para las nuevas generaciones de militantes.

Lenin y la formación política (¡sí, Lenin!)

La tradición del pensamiento político guevarista se inspira, obviamente, en Guevara pero no se reduce ni se detiene allí. El Che es el máximo exponente, pero no el único miembro de esta tradición. En diversos trabajos hemos intentado rastrear esta concepción analizando la obra teórica y práctica de diversos exponentes del guevarismo latinoamericano (véase la primera nota al pie de este ensayo).

De todos esos aportes focalizaremos la mirada, brevemente, en uno de los principales integrantes de la familia guevarista latinoamericana: el revolucionario y poeta salvadoreño Roque Dalton. ¿Por qué Dalton? Pues porque Roque subraya un eje fundamental y determinante en la polémica contemporánea, sumamente útil para poder comprender el proyecto político guevarista y su concepción de la revolución: el nexo Guevara-Lenin.

¡Sí, Lenin! El más despreciado, vilipendiado, insultado. Uno de los pensadores marxistas más indomesticables y reacio a cualquier cooptación.

En su inigualable y hermoso ensayo-collage *Un libro rojo para Lenin* Roque Dalton nos ofrece nuevamente la fruta prohibida, la piedra filosofal sin la cual no se puede comprender al guevarismo.

Pensando en la formación política de las juventudes guevaristas latinoamericanas, Roque nos sugiere: “*Es conveniente leer a Lenin, actividad tan poco común en extensos sectores de revolucionarios contemporáneos*”.

Pero su consejo para las nuevas generaciones de militantes no queda congelado allí. Burlón, incisivo, irónico y mordaz, Dalton pone el dedo en la llaga. Luego de los relatos posmodernos y de aquellas tristes ilusiones que pretendían “cambiar el mundo sin tomar el poder”, Roque nos provoca: “*Cuando usted tenga el ejemplo de la primera revolución socialista hecha por la «vía pacífica», le ruego que me llame por teléfono. Si no me encuentra en casa, me deja un recado urgente con mi hijo menor, que para entonces ya sabrá mucho de problemas políticos*”.

A contramano de modas académicas y mercantiles, cruzando las fronteras tanto de la vieja izquierda eurocéntrica como de los equívocosseudolibertarios y falsamente horizontalistas de las ONGs, la propuesta guevarista de Roque Dalton acude presurosa a

llenar un vacío. Su relectura de Lenin nos permite responder los interrogantes que a nuestro paso nos presenta la esfinge. Roque focaliza la mirada crítica y la reflexión teórica en el problema fundamental del poder, desafío aún irresuelto por los procesos políticos contemporáneos de nuestra América. Tras varias décadas de eludir, ocultar o silenciar ese nudo problemático de todo pensamiento radical, recuperar la perspectiva guevarista, antiimperialista y anticapitalista, de Roque puede ser de gran ayuda para someter a crítica las mistificaciones y atajos reformistas del posmodernismo, disfrazados con jerga aparentemente —sólo aparentemente— libertaria.

Lenin desde el marxismo latinoamericano

El poeta salvadoreño se propone, nada menos, que traducir a Lenin a nuestra lengua política, a nuestra idiosincrasia, a nuestra historia, insertándolo en lo más rebelde y radical de nuestras tradiciones revolucionarias: el guevarismo. No es aleatorio que en su reconstrucción apele a otras experiencias de revoluciones en países del Tercer Mundo: la atrasada Rusia, la periférica China, Vietnam, Cuba, El Salvador... El Lenin de Roque se viste de moreno, de indígena, de campesina, de cristiano revolucionario, de habitante de población, villa miseria, cantegril y favela, además de obrera y obrero industrial, moderno y urbano. La suya es una lectura ampliada de Lenin, pensada para que sea útil ya no exclusivamente en las grandes metrópolis del occidente europeo-norteamericano sino principalmente en el Tercer Mundo, única manera de mantenerlo vivo y al alcance de la mano en las rebeliones actuales de América latina.

Esa perspectiva permite comprender la dedicatoria del libro que aunque está cargada de afecto y admiración, implica también una definición política, ya que Roque lo dedica “*A Fidel Castro, primer leninista latinoamericano, en el XX aniversario del asalto al Cuartel Moncada, inicio de la **actualidad de la revolución** en nuestro continente*” [subrayado de R.D.]. Esa dedicatoria a Fidel retoma puntualmente la tesis central del libro de Lukács sobre Lenin [véase nuestro estudio preliminar a G.Lukács: *Lenin, la coherencia de su pensamiento*. La Habana, Ocean Sur, 2007, también en www.rebellion.org].

Algunos de los problemas prioritarios que *Un libro rojo...* aborda tienen que ver con el carácter de la revolución latinoamericana y las vías (“tránsito pacífico”, confrontación directa, “no tomar el poder...”, etc). Pero el abanico de problemas pretende ser más extenso.

Che Guevara, Dalton y el leninismo latinoamericano

La obra de Roque tiene como objetivo fundamental pensar y repensar qué significa el leninismo para y desde América latina. Si al comienzo de este trabajo sostuvimos que el guevarismo constituye la expresión latinoamericana del leninismo, entonces su reflexión merece ser balanceada y contrastada con otras aproximaciones análogas realizadas en América Latina.

En primer lugar, con el “leninismo” construido por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, dos de los principales exponentes argentinos de la corriente latinoamericana prosoviética. Estos dos dirigentes comenzaron a ser hegemónicos dentro del Partido Comunista argentino (PCA) a partir de 1928, cuando ya hacía diez años que éste se había fundado. Alineados en forma férrea con la

vertiente de Stalin en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), Codovilla y Ghioldi pasaron a dirigir, de hecho, la sección sudamericana de la Internacional Comunista (IC). Desde allí combatieron a José Carlos Mariátegui, difundieron sospechas sobre Julio Antonio Mella y criticaron duramente a todo el movimiento político-cultural de la Reforma Universitaria nacido en Córdoba. Cuarenta años más tarde, durante los años '60, Codovilla y Ghioldi volvieron a repetir la misma actitud de aquellos años '20, rechazando y combatiendo la nueva herejía que emanaba entonces de las barbas de Cuba. Fueron duros opositores y polemistas del guevarismo (“duros” no por la agudeza de sus argumentos sino por la voluntad y el entusiasmo que pusieron en contrarrestar su influencia política).

Desde ese ángulo, construyeron una pretendida “ortodoxia” leninista desde la cual persiguieron a cuanto “heterodoxo” se cruzara por delante. Lenin, en este registro stalinista rudimentario se convierte en un recetario de fórmulas rígidas, propiciadoras del “frente popular”, la alianza de clases con la llamada “burguesía nacional” y la separación de la revolución en rígidas etapas. Además, desde los años '50 en adelante, el “leninismo” de Codovilla y Ghioldi se fue convirtiendo en sinónimo de “tránsito pacífico” al socialismo y oposición a toda confrontación político-militar y toda lucha armada (a pesar de que Ghioldi había participado en 1935 en la insurrección fallida encabezada por Luis Carlos Prestes en Brasil).

Todo el emprendimiento de Roque Dalton en *Un libro rojo para Lenin* constituye una crítica frontal y radical, punto por punto, parte por parte, de esta versión de “leninismo” divulgada y custodiada en nuestras tierras por Codovilla y Ghioldi.

En segundo lugar, en América Latina el líder del Partido Comunista uruguayo (PCU) Rodney Arismendi elaboró una versión

más refinada y meditada de “leninismo”. La suya fue una lectura más sutil y no tan vulgar como la de Codovilla y Ghioldi —lo que le permitió cierto diálogo con la vertiente guevarista como el mismo Roque reconoce en su otro libro *Revolución en la revolución y la crítica de derecha*—, aunque el dirigente uruguayo compartiera en términos generales el mismo paradigma político que los dos dirigentes de Argentina. Arismendi pretendía dibujar una imposible solución intermedia entre las ortodoxias de los antiguos partidos comunistas prosoviéticos y el guevarismo. Desde esa óptica intentó dialogar con los Tupamaros uruguayos e incluso llegó a participar (con una línea divergente) de la conferencia de la OLAS.

En tercer lugar, y ya bajo la estrella de la Revolución Cubana, la pedagoga chilena Marta Harnecker intentará una nueva aproximación a Lenin desde América Latina. Lo hará desde la óptica política y epistemológica althusseriana, ya que Marta ha sido durante años una de las principales alumnas y difusoras del pensamiento de Louis Althusser en idioma castellano y en tierras latinoamericanas. Ese intento de lectura se cristalizará en la obra *La revolución social (Lenin y América Latina)*, de algún modo deudora de obras previas como *Táctica y estrategia*; *Enemigos, aliados y frente político* así como de la más famosa de todas *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. La obra pedagógica de Harnecker, mucho más apegada a Lenin que los anteriores intentos etapistas de Codovilla, Ghioldi o Arismendi, tiene un grado de sistematicidad mucho mayor que la de Roque Dalton. Sin embargo, por momentos los esquemas contruidos por Marta rinden un tributo desmedido a situaciones de hecho, coyunturales (de todas formas sin llegar al extremo de Debray, Dieterich, Holloway o Negri). Por eso sus libros teóricos van de algún modo “acompañando” los procesos políticos latinoamericanos. Así, perspectivas políticas determinadas se

convierten, por momentos, en “modelos” casi universales: lucha guerrillera —como en Cuba— en los ’60; lucha institucional y poder local —como en Brasil y Uruguay— en los ’80 y ’90; procesos de cambios radicales a través del ejército —como en Venezuela— desde el 2000.

El libro de Roque, sin duda menos sistemático y con menor cantidad de referencias y citas bibliográficas de los escritos de Lenin que estos manuales, posee sin embargo una mayor aproximación al núcleo fundamental del Lenin pensador de la revolución anticapitalista. La menor sistematicidad es compensada con una mayor frescura y, probablemente, con una mayor amplitud de perspectiva de pensamiento político, realizado desde el guevarismo latinoamericano.

En cuarto lugar, debemos recordar la operación de desmontaje que desde comienzos de los años ’80 pretendieron realizar los argentinos (por entonces exiliados) Juan Carlos Portantiero, Ernesto Laclau y José Aricó, entre otros. Toda su relectura de Gramsci en clave explícita y expresamente antileninista, constituye un sutil intento de fundamentar su pasaje y conversión de antiguas posiciones radicalizadas a posiciones moderadas (esta referencia vale para Portantiero y Aricó, no así para Laclau, quien nunca militó en la izquierda radical sino en la denominada “izquierda nacional”, apoyabrazos progresista del populismo peronista). Concretamente, el ataque a Lenin (acusado de “blanquista”, “jacobino” y “estatalista”) y la manipulación de Gramsci (resignificado desde el eurocomunismo italiano y el posmodernismo francés) cumplen en los ensayos de Portantiero, Aricó y Laclau el atajo directo para legitimar con bombos y platillos “académicos” su ingreso alegre a la socialdemocracia, tras la renuncia a toda perspectiva antimperialista y anticapitalista. No

podían realizar ese tránsito sin ajustar cuentas con la obra indomesticable de Lenin, hueso duro de roer, incluso para los académicos más flexibles y más hábiles.

El libro de Roque, pensado desde el guevarismo para discutir con el reformismo y el oportunismo de “*la derecha del movimiento comunista latinoamericano*”, está repleto de argumentos que incluso les quedan grandes a las apologías parlamentaristas y reformistas de estos tres pensadores de la socialdemocracia.

En quinto lugar, no podemos obviar el ya mencionado intento de John Holloway y sus seguidores latinoamericanos por responsabilizar a Lenin de todos los males y vicios habidos y por haber: sustitucionismo, verticalismo, autoritarismo, estatismo, etc., etc., etc. La “novedad” que inaugura el planteo de Holloway consiste en que realiza el ataque contra las posiciones radicales que se derivan de Lenin con puntos de vista reformistas pero..., a diferencia de los antiguos stalinistas prosoviéticos o de los socialdemócratas, él lo hace con lenguaje pretendidamente de izquierda. La jerga pretendidamente libertaria encubre en Holloway un reformismo poco disimulado y una impotencia política mal digerida o no elaborada (extraída de un esquema académico demasiado abstracto de la experiencia neozapatista, caprichosamente despojada de toda perspectiva histórica o de toda referencia a las luchas campesinas del zapatismo de principios del siglo XX, que poco o nada interesan a Holloway... en ese sentido bien valdría la pena consultar la carta que Emiliano Zapata le envía en 1918 al general Genaro Amezcua donde traza un paralelo entre la revolución zapatista mexicana y la revolución bolchevique de la Rusia de Lenin...). Toda la crítica de Roque Dalton golpea contra este tipo de planteos académicos al estilo de Holloway (o de sus seguidores igualmente académicos), aunque por vía indirecta, ya que al redactar su polémico *collage*

Roque pretendía cuestionar posiciones más ingenuas, menos sutiles y, si se quiere, más transparentes en sus objetivos políticos.

Finalmente, a la hora de parangonar la lectura guevarista de Roque con otras lecturas latinoamericanas sobre Lenin, nos topamos con el reciente análisis de Atilio Borón. Este autor acude al *¿Qué hacer?*, para analizarlo, interrogarlo y reivindicarlo desde la América Latina contemporánea.

No es casual que, como Roque Dalton, Borón llegue a una conclusión análoga cuando señala a Fidel Castro como uno de los grandes dirigentes políticos que han comprendido a fondo a Lenin. Particularmente, hace referencia a la importancia atribuida por Lenin al debate teórico y a la conciencia y lo parangona con el lugar privilegiado que ocupa la *“batalla de las ideas”* en el pensamiento de Fidel.

Después de la rebelión popular argentina de diciembre de 2001, Borón analiza las tesis del *¿Qué hacer?* y las emplea para polemizar con el “espontaneísmo”, sobre todo de John Holloway, quien de hecho clasifica a Lenin como un vulgar estatista autoritario. También polemiza con la noción deshilachada y difusa de “multitud” de Toni Negri, quien cree, erróneamente, que toda organización partidaria de las clases subalternas termina subordinando los movimientos sociales bajo el reinado del Estado. Crítico de ambas interpretaciones —la de Holloway y la de Negri—, Borón sostiene que gran parte de las revueltas populares de comienzos del siglo XXI han sido *“vigorasas pero ineficaces”*, ya que no lograron, como en el caso argentino, instaurar un gobierno radicalmente distinto a los anteriores ni construir un sujeto político, anticapitalista y antiimperialista, perdurable en el tiempo.

En este tipo de lecturas, el leninismo de Borón mantiene una fuerte deuda con las hipótesis históricas del dirigente comunista

uruguayo Arismendi, a quien cita explícitamente, aunque en el caso del argentino esas conclusiones a favor de un comunismo democrático estén completamente despojadas de todo vínculo con el stalinismo.

De la misma forma que el salvadoreño, en su trabajo sobre Lenin el argentino cuestiona *“las monumentales estupideces pergeñadas por los ideólogos soviéticos y sus principales divulgadores”*. Si bien Borón y Dalton se esfuerzan por delimitar la reflexión de Lenin de aquello en lo que derivó posteriormente en stalinismo, depositan sus miradas en aristas algo disímiles. Por ejemplo, mientras Borón critica —siguiendo a Marcel Liebman— la *“actitud sumamente sectaria”* de Lenin durante el período 1908-1912, Roque defiende aquellos escritos de Lenin, duros, inflexibles, propiciadores de la clandestinidad, del “partido obrero de combate” e incluso de la guerrilla. En ese sentido, el Lenin latinoamericano de Roque Dalton es un guevarista *avant la lettre*.

Pensar el poder y a los clásicos del marxismo desde América latina

Además del libro de Roque Dalton, pieza arquitectónica inigualable del acervo histórico del pensamiento político guevarista latinoamericano, existen otras producciones que bien valdría la pena estudiar hoy en la formación política de la joven militancia latinoamericana. Entre muchas otras, estamos pensando en un documento político elaborado al calor del fuego y no en la mansedumbre tibia de una maestría o un doctorado académico.

Se trata de un trabajo colectivo, presentado en 1968 al IV Congreso del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de Argentina. Este texto tiene como autores a tres miembros de la

organización insurgente, entre los cuales se encuentra Mario Roberto Santucho, otro de los principales representantes del guevarismo en nuestras tierras. Resulta más que plausible que la mayoría de sus ideas principales pertenezcan a Robi Santucho.

El primer capítulo de este folleto, titulado precisamente “El marxismo y la cuestión del poder”, ubica en el centro de la discusión aquella cuestión que estuvo ausente en las distintas corrientes de la izquierda tradicional argentina, por lo menos desde los levantamientos anarquistas —sangrientamente reprimidos— de principios de siglo. Junto a la cuestión del poder, allí se analiza el problema de la estrategia revolucionaria en los clásicos del marxismo, leídos —a diferencia del abordaje típicamente académico— desde preocupaciones esencialmente latinoamericanas.

La reflexión se abre con una toma de posición metodológica. En el análisis del país y su sociedad se debe partir de la categoría dialéctica más omnicomprendensiva: la situación del capitalismo mundial y la lucha revolucionaria internacional para, a partir de allí, avanzar hacia el estudio de la relación de fuerzas entre las clases sociales, tanto a nivel nacional como internacional. Ésa era la recomendación de Marx en sus borradores de *El Capital* (los *Grundrisse*), cuando afirma que la categoría dialéctica más concreta (porque encierra en su seno la mayor cantidad de determinaciones) es el mercado mundial. (Aunque en la exposición lógico dialéctica de Marx esta categoría resulta el punto de llegada, en toda investigación sobre el capitalismo debería constituir el punto de partida, ya que el capitalismo conforma un sistema mundial).

No otra era la posición de Antonio Gramsci, cuando en el N°13 de sus *Cuadernos de la cárcel* proponía —siguiendo puntualmente a Lenin— estudiar el análisis de las situaciones

políticas y las relaciones de fuerzas sociales, partiendo de la situación internacional.

Ese era el punto de vista del Che Guevara cuando en su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” parte de un análisis del capitalismo como sistema mundial de dominación para, a partir de allí, formular una estrategia continental y mundial de enfrentamiento con aquel.

Ese mismo problema metodológico reaparecerá posteriormente, en la Argentina, en la discusión de 1970-1971 entre dos organizaciones que intentaban inspirarse en el Che: el PRT-ERP y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). La posición de las FAR, defendida por Carlos Olmedo, quien seguía al pie de la letra la teoría nacionalista de las “causas internas” de Rodolfo Puiggrós (éste la había desarrollado en la Introducción de 1965 a su célebre *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*), reclamaba comenzar el análisis por la Argentina para luego remontarse hacia lo internacional. La posición del PRT, que prolongaba el análisis del Che en su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, proponía una mirada global sobre el conflicto con el imperialismo. La lucha nacional, país por país, era para el PRT parte de una batalla mayor, de carácter antimperialista e internacional. De este modo, el PRT le respondía a Olmedo —cabe aclarar que Santucho mantenía por Olmedo un gran aprecio personal, según le confiesa en una carta enviada desde la cárcel a su primera compañera Ana Villarreal— que el marxismo no es sólo un instrumento metodológico, sino también una ideología política y una concepción del mundo. En tanto método, ideología política y concepción del mundo, tiene como meta la revolución mundial y, por ello, debe analizar el capitalismo como un sistema a una escala

que supere la estrechez reduccionista del discurso nacional-populista.

Después de sentar posición metodológica, el documento sobre el marxismo y la cuestión del poder del IV Congreso del PRT argentino pasa a discutir el problema de la estrategia político-militar, núcleo de fuego de la izquierda revolucionaria.

Para hacerlo, recorre la herencia de los clásicos. Comienza por Marx y sus escritos sobre la lucha de clases en la Europa urbana del siglo XIX. Principalmente, sobre las barricadas de París, tanto en 1848 como en 1871. La estrategia de Marx apostaba a una acción insurreccional de la clase obrera, rápida y violenta, en las grandes ciudades, teniendo como meta el derrocamiento del Estado y la toma del poder.

Luego, se analiza la Introducción de Engels de 1895 a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Introducción que ha sido considerada, habitualmente, como “el testamento político” de Engels. En ese texto, el compañero de Marx dejaba sentado que la barricada urbana y la lucha de calles habían perdido efectividad frente a los avances de la técnica militar y las reformas urbanísticas (el trazado de las grandes avenidas, por ejemplo, por donde podía desplazarse rápidamente el ejército).

La socialdemocracia internacional censuró ese documento de Engels. En 1895, G.Liebkecht publicó en el periódico *Vorwärts* [Adelante], órgano central del Partido Socialdemócrata alemán, varios fragmentos entrecortados donde Engels aparecía, según el autor del documento le confesó a Paul Lafargue en una carta, “como un pacífico adorador de la legalidad a toda costa”. A pesar de la censura del partido alemán y de la posterior queja de Engels, los principales ideólogos de la socialdemocracia adoptaron este texto como caballito de batalla para insistir con el parlamentarismo.

Engels señalaba, acertadamente, el problema que se abría para el movimiento obrero. Pero no aportaba una solución. Casi inmediatamente después de escribirlo (y de quejarse por la censura de la que fue víctima) Engels se muere, dejando sin respuesta política estratégica al movimiento obrero mundial.

A contramano de la socialdemocracia alemana y de todo el reformismo que tenía a esta última como faro y luz, en Italia Antonio Gramsci utilizó ese mismo texto de Engels para pensar la revolución pasiva en Europa Occidental. El gran cerebro italiano, partiendo del “testamento” de Engels, intenta desentrañar las modernizaciones “desde arriba”, desarrolladas en Alemania por Bismarck y en Francia por Luis Bonaparte. En estas “revoluciones desde arriba”, impulsadas por el Estado burgués, que cambia algo para que nada cambie, neutralizando de este modo la rebelión popular, institucionalizando el proceso social y apropiándose de los reclamos y reivindicaciones “de abajo”, Gramsci visualiza un problema extremadamente difícil de resolver. Para poder enfrentar eficazmente y derrotar estas “revoluciones pasivas”, en sus *Cuadernos de la cárcel* Gramsci propone cambiar la estrategia revolucionaria de la clase obrera: pasar de la revolución permanente y la guerra de maniobra a la guerra de posiciones. Esto para las sociedades capitalistas de Europa occidental. ¿Y en las capitalistas periféricas, que forman parte del Tercer Mundo? ¿Y en las capitalistas coloniales, semicoloniales y dependientes? ¿Y en las de América Latina? Aunque en sus *Cuadernos de la cárcel* realiza algunas breves observaciones sobre la estrategia política de la guerra de guerrillas en sociedades agrarias y atrasadas (tomando como ejemplo a los combatientes irregulares balcánicos o los grupos irlandeses, etc), Gramsci deja abierto el problema e irresueltos sus interrogantes.

El guevarismo de Santucho y sus compañer@s de lucha parten de este problema central que atraviesa el núcleo político de la teoría revolucionaria. Al igual que Gramsci, comienzan por el desafío político que Engels les deja pendiente a los revolucionarios del siglo XX. De igual modo que el italiano, no se resignan a dar por sepultado el fin de las revoluciones, para abrazar alegremente el Parlamento. Pero, como Santucho forma parte del marxismo latinoamericano, y el terreno social en el que se mueve la corriente guevarista es el Tercer Mundo, se esfuerza por resolver la incógnita del viejo Engels desde un ángulo distinto al predominante en Europa Occidental.

Por eso Santucho y sus compañer@s fijan su atención en una serie de textos de Lenin, habitualmente desatendidos, soslayados, u “olvidados” por las distintas corrientes de la izquierda tradicional. El principal de todos es “La guerra de guerrillas”⁵, un texto que el

⁵ “La guerra de guerrillas” fue escrito por Lenin después de la insurrección rusa de 1905. Fue publicado por primera vez en *Proletari* N°5, el 13/X/1906. En Argentina, este texto curiosamente “olvidado” por los apresurados impugnadores del supuesto “foquismo”, vio la luz —es probable que por primera vez— en 1945. Véase la antología *La lucha de guerrillas a la luz de los clásicos del marxismo-leninismo*. Bs.As., Lautaro, septiembre de 1945. pp.71-86. Esta edición del Partido Comunista argentino, seguramente respondía a la euforia que vivió esta corriente ante la victoria soviética (guerrillas incluidas...) sobre los nazis. Sin embargo, a pesar de haberlo publicado, nunca se tomó como eje de lo que se consideraba oficialmente como sinónimo de “leninismo”. Más tarde, esta misma corriente traduce del ruso y publica las *Obras Completas* de Lenin. Con el tomo N°11 de estas últimas (volumen que incluye los textos sobre la guerra de guerrillas, posteriormente analizados por Santucho) sucede algo singular. Con esos materiales, los editores del comunismo argentino toman la decisión de publicar, al mismo tiempo, dos libros distintos. Por un lado, publican el mencionado tomo N°11, como parte de las *Obras Completas*, con el mismo

general vietnamita Giap y el comandante Ernesto Che Guevara conocían de memoria.

En estos textos “malditos”, Lenin afirma que: “*La cuestión de las operaciones de guerrillas interesa vivamente a nuestro Partido y a la masa obrera. [...] La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre «grandes batallas» de la guerra civil. [...] Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome las formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada, abarcando a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo*”. Más adelante, agrega: “*La socialdemocracia [Lenin utiliza en esos años – 1906— el término “socialdemocracia” para referirse al partido revolucionario. Nota de N.K.] debe, en la época en que la lucha de clases se exacerba hasta el punto de convertirse en guerra civil, proponerse no solamente tomar parte en esta guerra civil [subrayado de Lenin], sino también desempeñar la función dirigente. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones de suerte que obren como una parte beligerante [subrayado de Lenin], no dejando pasar ninguna ocasión de asestar un golpe a las fuerzas del adversario*”. En el mismo registro, sostiene que: “*El*

formato y la misma tapa (fondo naranja, con la fotografía de Lenin en gris) que el resto de la colección. Por otro lado editan, al mismo tiempo, en un volumen separado: Lenin: *Las enseñanzas de la insurrección y la guerra de guerrillas*. Bs.As., Ediciones Estudio, 1960 [Se trata de la reproducción exacta del tomo N°11 de las *Obras Completas*, impreso el mismo día y en la misma imprenta, pero editado al mismo tiempo con otro título y otro sello editorial]. Exceptuando algunos pocos trabajos económicos suyos sobre el imperialismo, esta operación editorial no se volvió a repetir nunca en Argentina con ningún otro escrito de Lenin.

*marxista se coloca en el terreno de la lucha de clases y no en el de la paz social. En ciertas épocas de crisis económicas y políticas agudas, la lucha de clases, al desenvolverse, se transforma en guerra civil abierta, es decir en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista está **obligado** [subrayado de Lenin] a colocarse en el terreno de la guerra civil. Toda condenación moral de ésta es completamente inadmisibile desde el punto de vista del marxismo. En una época de guerra civil, el ideal del Partido del proletariado es el **Partido de combate** [subrayado y mayúscula de Lenin]”.*

Después de recorrer estos pasajes (que constituyen apenas una pequeña parte de su reflexión sobre este tema), a un lector desprejuiciado le surgen los siguientes interrogantes: ¿acaso será Lenin un ingenuo apologista del “foquismo”...? ¿Quizás un guevarista *avant la lettre*...?

Todos estos papeles y trabajos políticos de Lenin abundan en idénticas reflexiones. Son duros, contundentes, taxativos. No dan pie para la ambigüedad. No utilizan el marxismo como un recetario decorativo, sino como un instrumento de análisis para intervenir en la lucha de clases, desarrollar la confrontación de fuerzas entre las clases sociales hasta el nivel máximo, la guerra civil, y en ella, encaminar a los sectores populares hacia la victoria.

¿Qué conclusión extrajeron Santucho y sus compañer@s guevaristas de estos trabajos políticos de Lenin? Ellos destacaron que es el máximo dirigente bolchevique quien le encuentra resolución al problema abierto y planteado por el último Engels. En la lectura e interpretación de Santucho, la respuesta de Lenin saca al movimiento revolucionario del callejón sin salida donde lo había puesto la socialdemocracia. En su óptica, Lenin tiene la virtud de haber descubierto las vías para una nueva estrategia política. Ésta

permitiría superar los obstáculos y dificultades, presentados a toda insurrección urbana rápida, por los avances de las nuevas tecnologías militares empleadas por las fuerzas represivas de la burguesía y sus nuevas reformas urbanísticas. Esa nueva estrategia política, descubierta por Lenin a partir de las enseñanzas de la insurrección de 1905, consiste en la lucha popular y la guerra civil prolongada, la lucha entre dos partes del pueblo, la construcción de un partido y un ejército revolucionarios, templados ambos en las grandes batallas y los pequeños encuentros.

“El marxismo y la cuestión del poder” resume su atenta y detallada lectura sobre estos materiales teóricos del máximo dirigente bolchevique, leído desde América Latina, del siguiente modo: “*Lenin es el descubridor y el propulsor de la guerrilla urbana*”.

A continuación, el documento base del IV Congreso hace un balance y un beneficio de inventario de los aportes de León Trotsky y Mao Tse Tung a la teoría revolucionaria.

Aunque le reprochan a Trotsky “*la ausencia de una clara estrategia de poder*” para los países atrasados, “*agrarios, coloniales y semicoloniales*”, destacan aquellos pasajes del *Programa de transición* donde Trotsky reclama y promueve “*el armamento del proletariado*”.

En cuanto a Mao, resaltan su concepción de la “*lucha armada permanente dirigida por el partido, la guerra civil prolongada y guerra de guerrillas*”.

De igual manera, evalúan que “*tanto Mao como los vietnamitas distinguen cuidadosamente, como lo hiciera Lenin, lucha armada de insurrección general*”.

En conjunto, Santucho y sus compañeros tratan de romper la dicotomía y el enfrentamiento habitual de trotskistas y maoístas. Por

eso, advierten que *“para nosotros, desde la muerte de Lenin y posterior consolidación del stalinismo, no hubo una sola corriente que mantuvo vivas las tradiciones y concepciones marxistas-leninistas, sino dos. No fue sólo Trotsky y el trotskismo quien conservó y desarrolló el marxismo revolucionario frente a la degeneración stalinista. [...] Similar rol jugó Mao Tse Tung y el maoísmo”*.

El balance concluye planteando, heréticamente, que: *“Hoy [1968], la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios, es fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo”*.

En la última parte de esta recorrida histórica por los clásicos, el documento del PRT se centra en el núcleo duro de su identidad política latinoamericana: el castrismo-guevarismo. En esta cuestión, Santucho aclara, presuroso, que *“no hacemos distinción alguna entre castrismo y guevarismo, porque la distinción es falsa”*.

Santucho intenta sintetizar la estrategia de la revolución cubana. Ésta no consistía en una visión empírica hecha sobre la marcha sino en una perspectiva de alcance mundial. Para Santucho, esa estrategia mundial está resumida en el “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” del Che. Lo fundamental de dicha estrategia residiría en *“la revolución socialista y antimperialista en los territorios dependientes”*. Una perspectiva que, en aquellos años, emanaba de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad, reunida en La Habana en 1967). Santucho aprovecha esta elucidación para recalcar que *“el castrismo otorga mayor importancia que el maoísmo a la lucha urbana”*. A eso se agregaría —siempre desde su interpretación del castrismo— la necesidad de desarrollar una revolución continental a partir de revoluciones nacionales y regionales, mediante la estrategia de

confrontación político-militar prolongada. Finalmente, destaca que allí donde no existan fuertes partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo, ligando todo el tiempo la lucha política y la lucha político-militar.

Después de haber comenzado con el punto de vista metodológico y de haber ido analizando las experiencias del pasado, desmenuzando el itinerario de la estrategia de poder en Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Mao, Ho Chi Minh, Fidel y el Che Guevara, Santucho y sus compañeros del PRT se abocan al debate específico sobre la estrategia de poder en la Argentina. Ésa era, centralmente, la finalidad de este largo recorrido: el análisis concreto de la realidad concreta.

Su estrategia política de poder caracteriza a nuestro país como una sociedad capitalista semicolonial y dependiente. A partir de este diagnóstico sociológico y económico, infiere que la revolución pendiente debe ser socialista y antimperialista, al mismo tiempo, entendiendo ambas como tareas y fases de un proceso permanente e ininterrumpido. El documento concluye analizando las bases sociales en los que se apoyaba la estrategia de guerra revolucionaria prolongada: primero civil, al estar determinada por el enfrentamiento entre dos partes del propio pueblo argentino, y luego nacional-antimperialista, ante la previsible invasión norteamericana.

Guevara y la transición al socialismo en clave política

Las reflexiones del guevarismo latinoamericano no se agotan en las vías, tácticas y estrategias de lucha por el poder. Guevara también aporta una meditada y detallada reflexión para después de la toma del poder, ya que la revolución entendida como proceso ininterrumpido, permanente, prolongado y a largo plazo no sólo no

culmina con la toma del poder (como imaginan los posmodernos que acusan de “estatismo” a los leninistas de la corriente del Che) sino que se prolonga y se multiplica tras la toma del poder. La batalla por la nueva sociedad, la nueva cultura y la nueva subjetividad comienza durante la confrontación con el mundo burgués y sus instituciones pero no se agota ni se extingue en esa lucha, sino que prosigue —si es que la revolución no se congela y no se detiene— después de la toma del poder.

Son bastante conocidos los estudios del Che sobre los debates marxistas acerca de la transición al socialismo, el papel del valor, el mercado, el plan, la banca, el crédito, los estímulos, la gestión de las nuevas empresas, etc., etc.. Pueden consultarse tanto sus intervenciones en “el gran debate” con Charles Bettelheim, Ernest Mandel y Carlos Rafael Rodríguez durante 1963-1964, sus intervenciones periódicas en el Ministerio de Industrias así como también sus extensísimas anotaciones críticas al manual de economía política de la Academia de Ciencias de la URSS (véase Che Guevara y otros: *El gran debate*. La Habana, Ocean Press, 2003; *Apuntes críticos a la economía política*. La Habana, Ocean Press, 2006 y *El Che en la revolución cubana*. La Habana, Ministerio del azúcar, 1966. Tomo VI.).

Muchas de esas facetas de su pensamiento hoy son conocidas, aunque durante demasiado tiempo no se le dieron la importancia que se merecían. Durante la década de los '80, Fidel Castro volvió a apelar a ellas para cuestionar a los partidarios perestroikos del mercado como panacea universal de la transición. Por entonces, en un célebre discurso de homenaje, en el XX aniversario de la caída del Che, Fidel defendió públicamente el libro de Carlos Tablada Perez (véase la última edición de Carlos Tablada Perez: *El pensamiento económico del Che*. La Habana, Ruth casa

editorial, 2006 [primera edición de 1987]. Nosotros hemos tenido la suerte de prologar las dos últimas ediciones de este excelente libro).

Ahora bien, más allá del debate específicamente “económico” sobre la transición al socialismo, ¿cuál es el aporte político de estos análisis del Che?

En primer lugar, creemos que el Che aporta una lectura de la marcha política al socialismo no etapista. En muchos de sus escritos, Guevara insiste en que se debe forzar la marcha dentro de lo que objetivamente es posible, pero quienes aspiran a crear un mundo nuevo nunca deben permanecer cruzados de brazos esperando que el funcionamiento automático de las leyes económicas —principalmente de la ley del valor— nos conduzca mágicamente al reino del comunismo.

En segundo lugar, Che Guevara otorga un lugar principal a la subjetividad y la batalla política por la cultura en la creación de hombres y mujeres nuevos. El socialismo no constituye, en su óptica, un problema de reparto económica (ni un problema de “cuchillo y tenedor”, según le manifestó alguna vez Rosa Luxemburg en una carta a Franz Mehring). El comunismo debe ser, no sólo la socialización de los medios de producción sino también la creación de una nueva cultura y una nueva moral que regule la convivencia entre las personas.

En tercer lugar, el tránsito al socialismo debe privilegiar la planificación socialista y los estímulos morales, como métodos principales dirigidos a debilitar y finalmente aniquilar la ley del valor y los intereses materiales individuales. La planificación constituye un instrumento político de regulación económica. Ninguna revolución radical que se precie de tal puede abandonar al libre juego de la oferta y la demanda el equilibrio entre la oferta global de bienes y servicios y la demanda global. Los equilibrios

globales entre las distintas ramas de la producción y el consumo deben respetarse pero violentando la perversa ley del valor, interviniendo políticamente desde el poder revolucionario sobre el pretendido funcionamiento “automático” del mercado.

Políticamente todo este programa de intervención en el transcurso de la transición al socialismo se asienta en el poder fuerte de la clase trabajadora —lo que en los libros clásicos del marxismo solía denominarse como “dictadura del proletariado”—, es decir, en el poder democrático de la mayoría social de las clases subalternas por sobre la minoría elitista y explotadora.

Poder superar la fase de “capitalismo de estado” e iniciar propiamente la transición al socialismo presupone, necesariamente, romper los límites de la legalidad burguesa y todo el armazón institucional que garantiza la reproducción del capitalismo, día a día, mes a mes, año a año.

Sin este poder fuerte, sin este poder democrático y absoluto de la mayoría popular sobre la minoría explotadora es completamente inviable cualquier cambio social radical que vaya más allá de experiencias populistas y de experimentos de “capitalismo de estado”, por más progresistas o redistribucionistas que éstos sean frente al neoliberalismo salvaje. La historia profunda de América Latina está plagada de ejemplos que lo corroboran (desde la Guatemala de Árbenz hasta el Chile de Pinochet, pasando por innumerables experiencias progresistas análogas finalmente frustradas y reprimidas a sangre, tortura y fuego). Esa es la gran conclusión política que extrae el guevarismo de la historia de nuestra América. Conclusión que hoy puede servirnos para los debates sobre el socialismo del siglo XXI en Venezuela y quizás en futuras revoluciones latinoamericanas....

Razón de estado o revolución continental

Si existe un punto en común en los diversos aportes al pensamiento revolucionario realizado por el guevarismo latinoamericano (Che Guevara, Miguel Enríquez, Robi Santucho, Roque Dalton, etc.), éste consiste en el énfasis otorgado a la revolución continental por sobre cualquier apelación, supuestamente pragmática o realista, a la “razón de estado”. No pueden confundirse los compromisos coyunturales, diplomáticos o comerciales de un estado particular con las necesidades políticas del movimiento popular latinoamericano en su conjunto.

Los revolucionarios de cada país pueden muy bien solidarizarse activamente con otros Estados —donde los trabajadores hayan triunfado o tengan políticas progresistas— sin tener que seguir al pie de la letra sus agendas ni subordinar la dinámica que asume la lucha de clases interna y la batalla antiimperialista en la propia sociedad a los intereses circunstanciales o a las necesidades inmediatas que puedan tener esos Estados.

Este punto en común resulta sumamente pertinente para pensar los desafíos actuales de los movimientos sociales y de todo el campo popular latinoamericano, profundamente solidario con Cuba y con Venezuela y al mismo tiempo impulsor de la resistencia antiimperialista y anticapitalista a nivel continental. La mejor ayuda para la revolución cubana no consiste en subordinar la lucha en cada país a los “contactos” diplomáticos de los estados amigos sino en impulsar y promover nuevas revoluciones en América Latina.

Esta elucidación resulta impostergable hoy en día, cuando más de uno pretende encubrir su completa subordinación política a diversos gobiernos burgueses seudo progresistas y proyectos económicos dependientes, apenas reciclados, apelando —para

legitimarse— al nombre de Cuba o, más recientemente, al de Venezuela. La mejor manera de defender a Cuba y su hermosa revolución del imperialismo es luchando contra el imperialismo y por la revolución en cada país y en todo el mundo.

Preguntas abiertas, respuestas posibles

¿Cómo pensar en América Latina los cambios radicales más allá de la institucionalidad sin abandonar, al mismo tiempo, la necesidad de construir la hegemonía socialista que nos agrupe a todos y todas?

¿Cómo hacer política sin caer en las tramposas redes de la institucionalidad y el progresismo, pero sin terminar reclusos en la marginalidad política?

¿Cómo volver a colocar en el centro de las discusiones, los proyectos y las estrategias revolucionarias latinoamericanas del siglo XXI el problema del poder, abandonado, eludido o incluso negado durante un cuarto de siglo de hegemonía neoliberal o posmoderna?

Para resolver estas preguntas no sólo debemos inspirarnos en la historia. En la actual fase de la correlación de clases —signada por la acumulación de fuerzas— necesitamos generalizar la formación política de la militancia de base. No sólo de los cuadros dirigentes sino de toda la militancia popular. Se torna imperioso combatir el clientelismo y la práctica de los “punteros” (negociantes de la política mediante las prebendas del poder), solidificando y sedimentando una fuerte cultura política en la base militante, que apunte a la hegemonía socialista sobre todo el movimiento popular. No habrá transformación social radical al margen del movimiento de masas.

Nos parecen ilusorias y fantasmagóricas las ensoñaciones posmodernas y posestructuralistas que nos invitan irresponsablemente a “cambiar el mundo sin tomar el poder”. No se pueden lograr cambios de fondo sin confrontar con las instituciones centrales del aparato de Estado. Debemos apuntar a conformar, estratégicamente y a largo plazo —estamos pensando en términos de varios años y no de dos meses— organizaciones guevaristas de combate.

¿Por qué organizaciones? Porque el culto ciego a la espontaneidad de las masas constituye un espejismo muy simpático pero ineficaz. Todo el movimiento popular que en Argentina sucedió a la explosión del 19 y 20 de diciembre de 2001 diluyó su energía y terminó siendo fagocitado por la ausencia de organización y de continuidad en el tiempo (organización popular no equivale a sumatoria de sellos partidarios que tienen como meta máxima la participación en cada contienda electoral).

¿Por qué guevaristas? Porque en nuestra historia latinoamericana el guevarismo constituye la expresión del pensamiento político más radical de Marx y Lenin y de todo el acervo revolucionario mundial, descifrado a partir de nuestra propia realidad y nuestros propios pueblos. El guevarismo se apropia de lo mejor que produjeron los bolcheviques, los chinos, los vietnamitas, las luchas anticolonialistas del África, la juventud estudiantil y trabajadora europea, el movimiento negro norteamericano y todas las rebeldías palpitadas en varios continentes. El guevarismo no es calco ni es copia, constituye una apropiación de la propia historia del marxismo latinoamericano, cuyo fundador es, sin ninguna duda, José Carlos Mariátegui. Guevara no es una remera. Su búsqueda política, teórica, filosófica constituye una permanente invitación a repensar el marxismo radical desde América Latina y el Tercer Mundo. No se lo

puede reducir a tres consignas y dos frases hechas. Aun tenemos pendiente un estudio colectivo serio y una apropiación crítica del pensamiento marxista del Che entre nuestra militancia⁶.

¿Por qué de combate? Porque tarde o temprano nos toparemos con la fuerza bestial del aparato de Estado y su ejercicio permanente de fuerza material. Así nos lo enseña toda nuestra historia. Insistimos: ¡hay que tomarse en serio la historia! Ninguna clase dominante se suicida. Pretender eludir esa confrontación puede resultar muy simpático para ganar una beca o seducir al público lector en un gran monopolio de la (in)comunicación. Pero la historia de nuestra América nos demuestra, con una carga de dramatismo tremenda, que no habrá revoluciones de verdad sin el combate antiimperialista y anticapitalista. Debemos prepararnos a largo plazo para esa confrontación. No es una tarea de dos días sino de varios años. Debemos dar la batalla ideológica para legitimar en el seno de nuestro pueblo la violencia plebeya, popular, obrera y anticapitalista; la justa violencia de abajo frente a la injusta violencia de arriba.

Pero al identificar el combate como un camino estratégico debemos aprender de los errores del pasado, eludiendo la tentación militarista. Las nuevas organizaciones guevaristas deberán estar estrechamente vinculadas a los movimientos sociales. No se puede hablar “desde afuera” al movimiento de masas. Las organizaciones

que encabezan la lucha y marquen un camino estratégico, más allá del día a día, deberán ser al mismo tiempo “causa y efecto” de los movimientos de masas. No sólo hablar y enseñar sino también escuchar y aprender. ¡Y escuchar atentamente y con el oído bien abierto! La verdad de la revolución socialista no es propiedad de ningún sello, se construirá en el diálogo colectivo entre las organizaciones radicales y los movimientos sociales. Las vanguardias —perdón por utilizar este término tan desprestigiado en los centros académicos del sistema— que deberemos construir serán vanguardias de masas, no de elite.

Si durante la lucha ideológica de los '90 —en los tiempos del auge neoliberal— nos vimos obligados a batallar en la defensa de Marx, remando contra la corriente hegemónica, en la década que se abre en el 2000, Marx solo ya no alcanza. Ahora debemos ir por más, dar un paso más e instalar en la agenda de nuestra juventud a Lenin y al Che (y a todas y todos sus continuadores). Reinstalar al Che entre nuestra militancia implica recuperar la mística revolucionaria de lucha extrainstitucional que nutrió a la generación latinoamericana de los '60 y los '70.

Tenemos pendiente pensar y ejercer la política más allá de las instituciones, sin ceder al falso “horizontalismo” —cuyos partidarios gritan “¡que no dirija nadie!” porque en realidad quieren dirigir ellos— ni quedar entrampados en el reformismo y el chantaje institucional. En América Latina, la gran tarea política de las ciencias sociales actuales consiste en cuestionar la dominación *aggiornada* del capital y en legitimar, al mismo tiempo, la respuesta popular frente a esa dominación, cada día más dura y cruel. Esto es, frente a la creciente violencia de arriba, fundamentar la legitimidad de la violencia de abajo, popular, plebeya, obrera, campesina, anticapitalista y antiimperialista.

⁶ Apuntando en esa dirección y hacia esa tradición política, hemos querido contribuir con un pequeñísimo granito de arena a través de nuestro *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder* y con diversas experiencias de formación política en varias cátedras Che Guevara, dentro y fuera de la universidad, tanto en movimientos de derechos humanos, en el movimiento estudiantil como en escuelas del movimiento piquetero. Pueden consultarse algunos de esos trabajos en la página web de la «Cátedra Che Guevara – Colectivo Amauta»: amauta.lahaine.org

Nada mejor entonces que combinar el espíritu de ofensiva de Guevara con la inteligencia y lucidez de Gramsci para comprender y enfrentar el gatopardismo. Saber salir de la política de secta, asumir la ofensiva ideológica y al mismo tiempo ser lo suficientemente lúcidos como para enfrentar el transformismo político de las clases dominantes que enarbolan banderas “progresistas” para dominarnos mejor.

Como San Martín, Artigas, Bolívar, Sucre, Manuel Rodríguez, Juana Azurduy y José Martí, como Guevara, Fidel, Santucho, Sendic, Miguel Enríquez, Inti Peredo, Carlos Fonseca, Haydeé Santamaría y Marighella, debemos unir nuestros esfuerzos y voluntades colectivas a largo plazo en una perspectiva internacionalista y continental. En la época de la globalización imperialista no es viable ni posible ni realista ni deseable un “capitalismo nacional”.

No podemos seguir permitiendo que la militancia abnegada —presente en diversas experiencias reformistas del cono sur— se transforme en “base de maniobra” o elemento de presión y negociación para el *aggiornamento* de las burguesías latinoamericanas. Los sueños, las esperanzas, los sufrimientos, los sacrificios y toda la energía rebelde de nuestros pueblos latinoamericanos no pueden seguir siendo expropiados. Nos merecemos mucho más que un miserable “capitalismo con rostro humano” y una mugrienta modernización de la dominación. El guevarismo latinoamericano tiene mucho que aportar en esa dirección y en esos debates.

La revolución permanente en América Latina

CARLOS ROSSI
[seudónimo]

[edición original de 1972]

Cuadernos Rojos

Introducción

La revolución cubana ha polarizado el campo de la lucha de clases en América Latina y ha llevado los problemas planteados por la teoría de la revolución permanente al centro del debate político y estratégico dentro del movimiento obrero. Los recientes acontecimientos del continente, tales como el fracaso del régimen "nacionalista militar" boliviano del general Torres y el giro represivo y derechista del régimen "militar nacionalista" de Perú, confirman una vez más la urgente necesidad que tienen los marxistas revolucionarios de disipar todas las ilusiones "nacional-democráticas", de reventar sin el menor miramiento todas las pompas de jabón "populistas", de atravesar con resolución todas las cortinas de humo "patrióticas" difundidas entre las masas trabajadoras por los ingenuos, por los stalinistas (que no son, por cierto, ingenuos), por los reformistas pequeñoburgueses y por otros neomencheviques.

La actualidad de la estrategia de la revolución permanente en América latina no incumbe para nosotros a un dogma abstracto e intemporal, sino que surge de un concreto análisis histórico y socio-económico, análisis que muestra:

a) El papel nefasto de la ideología stalinista de la revolución por etapas, que ha colocado a generaciones enteras de militantes comunistas sinceros y dedicados a remolque de la burguesía en el camino del oportunismo y la defección;

b) La incapacidad de las revoluciones democrático-burguesas en América latina para cumplir de una manera radical y duradera con sus tareas históricas: la liberación nacional y la solución del problema agrario;

c) La realización práctica de la revolución permanente en Cuba, con la transformación de la revolución democrática en revolución socialista y con la fusión, al fuego de la lucha de clases, de las tareas antilatifundistas, antimperialistas y anticapitalistas;

d) El carácter predominantemente capitalista de las formaciones socioeconómicas latinoamericanas y su estrecha vinculación con el capital imperialista, fundamento económico del carácter anticapitalista de la revolución en el continente;

e) El papel de la alianza obrero-campesina (políticamente dirigida por el proletariado) como base social real de la revolución latinoamericana.

La teoría de la revolución permanente no es nueva en América latina: se la encuentra explícitamente formulada en los textos del Komintern leninista (1920), en los escritos de los fundadores del comunismo latinoamericano (Mariátegui, Mella) y en los documentos del movimiento trotskista. Pero particularmente en

el curso de la década de 1960, a la luz de la revolución cubana y de los escritos del Che, una nueva generación militante va a encontrar en América latina las fuentes del marxismo revolucionario y va, asimismo, a entablar sus combates bajo la bandera de la revolución permanente.

Dedicamos estas páginas a la memoria de tres heroicos representantes de esa generación: Luis Eduardo Merlino (Brasil), Tomás Chambi (Bolivia) y Luis Enrique Pujáls (Argentina), militantes trotskistas, miembros de la IV Internacional, muertos en el combate por la revolución socialista latinoamericana y mundial.

París, 15 de mayo de 1972

1

Teoría y práctica stalinistas de la revolución por etapas en América latina

Los mencheviques son los verdaderos precursores de la teoría stalinista de la revolución por etapas. Sus ideólogos (Plejánov, Dan, Martynov y compañía) habían dado a luz antes de 1917, mediante la aplicación de una versión vulgarizada, empobrecida, mecanicista y economicista del marxismo, el siguiente esquema dogmático:

1) Rusia es un país "oriental", bárbaro, atrasado, feudal, precapitalista.

2) *Por tanto*, Rusia se halla madura para una revolución democrático-burguesa, para un "1789 ruso", que eche abajo al zarismo y permita el libre desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y de la democracia parlamentaria.

3) *Por tanto*, la burguesía liberal, antiabsolutista y antifeudal habrá de dirigir esta revolución, con el apoyo del proletariado y del campesinado.

4) Ya en el poder, la burguesía desarrollará el capitalismo en Rusia, mientras que la socialdemocracia organizará, en la oposición, al proletariado. Hasta que un buen día, en un lejano porvenir, cuando Rusia se haya convertido en un país industrializado, moderno y maduro para el socialismo (como Alemania, como Francia o Inglaterra), el proletariado socialista llegará al poder.

Lenin nunca creyó, por el contrario, que la burguesía rusa pudiera desempeñar un papel revolucionario democrático consecuente. Es cierto que antes de 1917 proponía un carácter

democrático-burgués para la futura Revolución Rusa, pero consideraba a ésta como la obra de una alianza obrero-campesina que instauraría el poder de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado. En abril de 1917, Lenin comprende (como ya lo había comprendido Trotsky en 1906) que únicamente la *dictadura del proletariado*, sostenida por el campesinado, puede llevar verdaderamente a cabo la revolución democrática y antifeudal, sin dejar de adoptar desde luego medidas de *transición Inicia el socialismo*. Por consiguiente, Lenin relega, en un artículo publicado el 13 de abril, la fórmula "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" a los archivos del viejo bolchevismo.

A partir de 1924-25, Stalin comienza la revisión del leninismo y elabora, en primer término a propósito de China, la estrategia semi-menchevique de la "revolución por etapas": la primera etapa, democrático-burguesa (o "agraria y antiimperialista", o "nacional y antifeudal"), será la obra de un "bloque de cuatro clases": el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. (La segunda etapa, socialista, queda diferida más o menos para las calendas griegas). La expresión política de ese bloque en China fue la entrada del PC chino en el Kuomintang de Chiang Kai-Shek, supuesto partido de la burguesía nacionalista revolucionaria. Semejantes tesis, que Stalin va a imponerle al PC chino de 1925 a 1927 y que conducirán al catastrófico fracaso de Shangai en 1927 (matanza de los comunistas por Chiang Kai-Shek), eran desarrolladas con un entusiasmo particularísimo por el ex-economista de 1902, ex-menchevique y nuevo aliado del stalinismo Martynov, convertido en vocero oficial del PC soviético en lo atinente a China. .. Además, la línea china de Stalin gozaba del apoyo tan cálido como explícito de los mencheviques: Dan, su dirigente exiliado, alababa en abril de 1927 la "sabiduría" de la

política soviética en China, que, "según el buen método menchevique", insistía en el sentido de "no imponer prematuramente objetivos socialistas" a la revolución china. El órgano oficial de los mencheviques exiliados, *Mensajero Socialista*, escribía en su número del 9 de mayo con respecto a las tesis de Stalin: "Si se hace abstracción de las palabras que obligadamente recubren las tesis de un jefe comunista, no es posible objetar mayor cosa al aspecto esencial de la línea trazada. Tanto como sea posible, no hay que salir del Kuomintang, y hay que aferrarse hasta el último extremo a su ala izquierda". (1)

¡Imposible ser más claro!

La mayoría de los partidos comunistas de América latina se constituyeron durante la década de 1920. La calidad política de sus primeros dirigentes y la falta de interés del Komintern (2) por América latina así como su objetiva endebles durante aquella primera época, los pusieron relativamente al abrigo de las maniobras oportunistas de Stalin.

Sólo en el curso de la década de 1930 comienzan esos partidos a tener cierto peso político en sus respectivos países. Durante el "tercer período" (1928-1933), y siguiendo la línea sectaria del Komintern, organizan heroicas sublevaciones condenadas al fracaso: la revuelta de 1932 en El Salvador, los soviets de 1933 en Cuba y la insurrección militar de 1935 en Brasil (mezcla asombrosa de "estrategia moderada" del frente popular antifascista y táctica putschista del "tercer período").

Quiere decir, pues, que es sobre todo a partir de 1935 cuando la estrategia stalinista de la revolución por etapas va a florecer en América latina en toda su hermosura y su perfume turbio. Vamos a seguir el caso de dos partidos comunistas importantes y decidida-

mente representativos; lo haremos en su triste itinerario menchevique-stalinista desde 1935 hasta la década de 1960: el PC cubano y el PC brasileño.

1) El viejo PC cubano

A partir de 1935, bajo la "esclarecida" dirección de Blas Roca (y tiempo después Aníbal Escalante), el PC cubano aplicará, con una obstinación, un empecinamiento y una persistencia dignos de mejor causa, la estrategia de la revolución por etapas y del bloque con la burguesía nacional. En un artículo del 4 de diciembre de 1936 publicado en *Bandera Roja*, órgano del PC cubano, Blas Roca apela a un discurso pronunciado por Stalin en 1925 en el que éste ponía en guardia contra la peligrosa desviación consistente en "subestimar la importancia de una alianza entre la clase obrera y la burguesía revolucionaria contra el imperialismo". Según Blas Roca, esta lección del genial padre de los pueblos era absolutamente actual para Cuba, donde "la burguesía nacional, en contradicción con el imperialismo que la sofoca, acumula energías revolucionarias que no debemos dejar perder" (3)

Durante tres años el PC cubano va a buscar en vano al burgués progresista de sus sueños. Los diferentes partidos y dirigentes burgueses de Cuba (Grau San Martín, etc.) rechazan los insistentes ofrecimientos de matrimonio frentepopulista de Blas Roca. Cercada acorralada, angustiada de miedo a quedarse solterona, y ardiendo en deseos de dar con un compañero "nacional-democrático", la dirección del PC cubano va a terminar por agarrarse del primero que llegue. Al no haber podido hallar un verdadero, auténtico y real burgués progresista (tal cual se lo ve descrito en las obras completas de Stalin), la dirección stalinista se conformará en 1938 con lo que los alemanes llamaban durante la guerra un *ersatz*,

es decir un sustituto de mala calidad que reemplaza al producto original, inhallable en el mercado. Y ese *ersatz* de burgués democrático se llamaba... ¡Fulgencio Batista!

¿Quién era en la década de 1930 Fulgencio Batista? "Batista, este traidor nacional al servicio del imperialismo [...] ha ahogado en fuego y sangre la huelga (general) de marzo, ha transformado la universidad en un cuartel, ha destruido los sindicatos obreros y hecho incendiar sus sedes [...] ha desencadenado un terror bárbaro mediante el asesinato de sus adversarios en las calles, ha puesto en la clandestinidad a todos los partidos antiimperialistas, y ahora quería aprovecharse de su victoria temporaria para liquidar por completo la revolución". Esta descripción severa, pero justa, fue formulada en un discurso pronunciado en el otoño de 1935 por... Blas Roca mismo, quien todavía en febrero de 1938 acusaba a Batista de "querer establecer un régimen fascista". Ahora bien, en *enero* de 1939 Blas Roca explicaba ante el III Congreso del PC cubano: "Proclamamos ante el pueblo la necesidad de adoptar una actitud positiva (*sic*) para con Batista y de apoyar con todas nuestras fuerzas sus acciones progresistas. Decimos sin ambages que la principal tarea del movimiento revolucionario (?) consiste, hoy por hoy, en la lucha por la unidad nacional en torno de un programa democrático" (4). Este pequeño giro de 180 grados no se efectúa sin causar cierto estropicio. Algunos militantes del partido, izquierdistas incorregibles, rechazaban tan turbio concubinato con Batista, el reaccionario pro-yanki y asesino del gran combatiente antiimperialista Antonio Guiteras. Pues bien: se los "acusó de "trotskismo" y se los expulsó del partido por "saboteadores de la unidad del pueblo" (5). Así comenzaba un fructífero período de colaboración de clases, que en febrero de 1943 debía llevar al presidente del PC cubano, don Juan Marinello, al cargo de ministro sin

cartera del gobierno de Batista, promoción presentada por Blas Roca como "el mayor de los triunfos" de la historia del partido (6). Agreguemos que el PSP nunca hizo la autocrítica de su colaboración con Batista en 1939-1944, ¡colaboración que aún en 1961 era justificada por Blas Roca! (7). A la colaboración política con Batista corresponde paralelamente una colaboración "social" entre los sindicatos y la burguesía cubana: las cosas no se hacen a medias. El 28 de junio de 1944 la dirección de la CTC (Confederación de los Trabajadores Cubanos, dirigida por los cuadros del PC) proclamaba: "La revolución adoptada por la Asociación Nacional de Industriales coincide fundamentalmente con la política defendida por la CTC (...) La CTC reafirma su decisión, anunciada en su IX consejo nacional, y llama a todos los obreros y empresarios y al gobierno a continuar la cooperación que existe actualmente, para impedir interrupciones en la producción y para respetar los niveles de salarios establecidos" (8).

El idilio PC-Batista concluye en 1944 con la derrota en las elecciones del candidato de Batista, Salagrida, sostenido por el PSP (Partido Socialista Popular, nuevo nombre del PC cubano). A proposición de Blas Roca, el PSP envía en 1944 una extraordinaria carta de adiós al general Fulgencio Batista y Zaldívar: "Honorable presidente y estimado amigo", carta en la que es dable hallar estas perlas: "Desde 1940 nuestro Partido ha sido el sostén más leal y constante de vuestras medidas gubernamentales, el más enérgico promotor de vuestra plataforma inspirada por la democracia, la justicia social y la defensa de la prosperidad nacional [...] Mañana volveréis a ser ciudadano privado, como cada uno de nosotros. Estamos seguros de que ni vuestro partido político, ni las condiciones ni vuestro desvelo por el destino de nuestro país os

permitirán permanecer apartado de las luchas civiles en los días turbios y decisivos que nos esperan" (9).

Ese período es evocado por Jacques Arnault, stalinista incorregible, y caracterizado con el siguiente eufemismo: "...la cooperación ciertamente benéfica (¿para quien?!), pero no suficientemente crítica para con Batista" (10).

El "burgués demócrata" Batista ha sido suplantado en el poder por el "demócrata burgués" Grau San Martín, y el PSP continúa imperturbable su política de bloque con la "burguesía progresista". En febrero de 1945 un asombroso almuerzo reúne en La Habana a la Asociación de Industriales (patronal), a miembros del gobierno y a los dirigentes de la CTC, con Lázaro Peña (del PSP) a la cabeza. Los discursos pronunciados en esa ocasión histórica fueron publicados por el PSP en un significativo folleto titulado *La colaboración entre los patronos y los obreros*. En la introducción. Blas Roca agradece a la asociación de los patronos el hecho de haber "reconocido el papel normalizador (*sic*), responsable y progresista", de la CTC, pero se queja de que otros sectores de la patronal tengan aún "un pensamiento fosilizado" y rechacen la colaboración con los sindicatos. Y para que no se lo pueda acusar de injusticia con los patronos se apresura a añadir: "También entre los trabajadores -dirigentes y dirigidos- encontramos un grupo con mentalidad fosilizada que ha hablado y oído hablar durante años y años contra la colaboración de clases y que ahora no logra comprender los cambios históricos que se llevan a cabo en el mundo, ni sabe apreciar las nuevas condiciones, y que se obstina en conservar los conceptos que ayer eran íntegramente correctos, pero que hoy no corresponden a la realidad" (11).

La colaboración de clases se anuda asimismo al nivel político: el PSP proclama, "con firmeza y decisión", su "apoyo militante a la gestión progresista y popular del presidente Grau" (12). Desgraciadamente, en 1948 comienza la guerra fría, y el ingrato presidente Grau se empuera en perseguir a los sindicatos comunistas y en reprimir el movimiento obrero, reduciendo a nada las tiernas esperanzas colaboracionistas de la dirección del PSP.

Así llegamos al segundo golpe de Estado militar de Batista, en 1952. Como tan bien lo había previsto Blas Roca ocho años antes, el general no pudo "permanecer apartado de las luchas civiles de los días turbios"... El PSP, aun cuando sin dejar de condenar el golpe por reaccionario y pro imperialista, no toma ninguna medida concreta para organizar la resistencia. Jacques Arnault, el "especialista" del PC francés para América latina, "explica" la razón de esa pasividad: "El gobierno formado por Batista ponía sumo cuidado en mantener al máximo las apariencias de legalidad. El partido comunista no se hallaba ¡legalizado! Hoy (el periódico del PSP) continuaba apareciendo" (13). El 26 de julio de 1953 Fidel Castro y sus camaradas atacan el cuartel del Moncada. Batista prohíbe el PSP, que nada había tenido que ver, el pobre. Muy por el contrario, en una "Carta a los militantes" del 30 de agosto de 1953, la Comisión Ejecutiva del PSP presentaba el asalto al Moncada como una tentativa "putschista, Aventurerita, desesperada, característica de una pequeña burguesía sin principios y comprometida con el gangsterismo" (14).

¿Qué propone el PSP como alternativa a la lucha armada preconizada por Fidel? Según Blas Roca: "El PSP, frente a todos los delirios y sueños putschistas y frente a la negatividad abstencionista, opone de una manera resuelta y consistente la lucha por elecciones

generales" (15). En 1955, Blas Roca va incluso a proclamar que a fin de llegar a las elecciones, y por la "solución democrática de la crisis", el PSP "no excluye la posibilidad de algún acuerdo entre oposición y gobierno sobre los problemas políticos, pero destaca que las bases sobre las que puede hacerse el acuerdo deben ser limpias, honorables y realmente beneficiosas para la nación" (16). Un acuerdo "limpio y honorable" con Batista para organizar elecciones: tal, pues, la maravillosa estrategia "revolucionaria" que Blas Roca oponía a los "sueños y delirios" de los "putschistas aventureros" del Movimiento 26 de Julio...

Y no es todo. En agosto de 1956, mientras Fidel y el Che preparan en México el desembarco del Granma, el PSP se ocupa en un problema muy desigualmente importante: las relaciones económicas con la URSS. El gobierno soviético acaba de adquirir 620.000 toneladas de azúcar cubana a Batista. La revista PSP proclama orgullosamente: "No hay duda alguna de que estas compras de la URSS han salvado por el momento a nuestro país de una bancarrota segura". Bulganin le ha ofrecido a Batista fortalecer las relaciones comerciales, y el PSP se propone movilizar en una gran campaña a las "fuerzas democráticas, antiimperialistas y progresistas", a fin de "solicitar al gobierno que estudie seriamente el ofrecimiento de Bulganin" (17). Con el desencadenamiento de la lucha armada en diciembre de 1956, el PSP no cambia de línea. En el número de junio de 1957 de su revista, y mientras la guerrilla ruge en Sierra Maestra, el PSP sigue hablando de un eventual "arreglo sin guerra civil", de la posibilidad de un "cambio pacífico, incluyendo la situación (*sic*) del gobierno actual". La revista no hace *ninguna* mención de Fidel ni de la guerra revolucionaria en las sierras, pero en cambio publica un extenso artículo de Juan Marinello sobre "la lucha por la paz", que vuelve a destacar la capital importancia de la

campaña por las relaciones comerciales con la URSS y las democracias populares y la ayuda preciosa que la Unión Soviética ha proporcionado a la economía de Cuba con la compra de azúcar (18).

Sólo en *febrero* de 1958 se decide el PSP a tomar en marcha el tren castrista, para lo cual envía a Carlos Rafael Rodríguez (el más "pro-Fidel" de sus dirigentes) a la Sierra, y les permite a otros militantes o cuadros unirse a la guerrilla, en la que, por lo demás, pelearon valientemente (uno de ellos. Armando Acosta, alcanzó incluso el grado de comandante). Hundida hasta el cuello en su estrategia reformista, legalista, "democrático-burguesa", la dirección del PSP no había comprendido hasta último momento la importancia capital del movimiento revolucionario dirigido por el Movimiento 26 de Julio. Peor: después de la victoria del 1º de enero de 1959, esa misma dirección va a esforzarse en "moderar" el ardor "izquierdista" de los dirigentes castristas. En un documento de enero de 1959 el PSP insistía, entre otras cosas, en la necesidad vital que tenía Cuba de mantener relaciones amistosas con los Estados Unidos. Todavía en agosto de 1960 el PSP se enfurecía ante la menor insinuación de que la revolución cubana atacara a la burguesía nacional o violara el derecho de propiedad privada. En un documento titulado Trotskismo: agentes del imperialismo, el PSP escribía por ese entonces: "Los provocadores trotskystas mienten cuando dicen que el pueblo cubano está expropiando los bienes de los imperialistas y de sus aliados nacionales. Eso es lo mismo que dicen todos los días la AP, la UPI y demás voceros imperialistas. Pero es falso. El gobierno revolucionario no ha expropiado compañías norteamericanas; solamente en los casos en que éstas han violado las leyes cubanas, como ha ocurrido con las compañías petroleras, se ha intervenido para mantener su producción e impedir el sabotaje económico de la revolución, la parálisis de las industrias"(19). En

realidad, frente al sabotaje de la producción por la burguesía cubana que seguía el ejemplo de los trust norteamericanos el gobierno revolucionario comenzaba a intervenir también en las empresas de capital "nacional". En su informe a la VIII asamblea nacional del PSP (16-21 de agosto de 1960) Blas Roca previene contra tales tentaciones izquierdistas: en la etapa actual, "democrática y antimperialista, es necesario - dentro de los límites que es establezcan- garantizar los beneficios de las empresas privadas, su funcionamiento y su desarrollo [...]. Ha habido excesos, ha habido intervenciones abusivas que se habrían podido evitar [...]. No se debe intervenir por intervenir. La intervención debe tener un motivo serio [...]. Intervenir en una empresa o una fábrica sin que haya razón suficiente no nos ayuda, porque eso irrita y vuelve contra la revolución o contra las instituciones de la revolución a elementos que deben y pueden apoyarla, a elementos de la burguesía nacional que deben y pueden mantenerse del lado de la revolución en esta etapa, a elementos pequeños propietarios que pueden y deben marchar con la revolución" (20). ¡Una hermosa revolución socialista está pasando ante sus narices, y estos stalinistas empedernidos todavía quieren meterla en la camisa de fuerza de la "revolución por etapas", creyendo poder mantenerla sensatamente dentro del marco de la "primera etapa"! Todo ello condimentado con las habituales calumnias ponzoñosas contra los trotskistas, quienes, por su parte, tenían el atrevimiento de "insinuar" que la revolución cubana no respetara la propiedad privada y se encaminara hacia el socialismo.

Tal es, en resumen, la poco gloriosa historia del PSP de 1936 a 1960: a remolque de la burguesía en un presunto "frente unido nacional, democrático, antimperialista, antifascista", etc., etc., prácticamente fuera de foco de la verdadera revolución democrática

dirigida por Fidel y sus camaradas, e incapaz de comprender la dinámica de la revolución permanente, que la transformó en revolución socialista en 1960.

2) El PC brasileño

Después del trágico fracaso de la sublevación de 1935, el PC brasileño comienza su larga marcha hacia la derecha. En 1937, cuando durante dos años el gobierno de Vargas ha encarcelado, torturado y dado muerte a miles y miles de militantes comunistas o simplemente progresistas, el PC brasileño decide formar "bloque con la burguesía nacional" y apoyar a José Américo, el candidato gubernamental a la presidencia. Esto provoca la feroz oposición de una amplia minoría de izquierda, hegemónica en el seno del partido en Sao Paulo, minoría que quedará expulsada y que terminará por adherirse, en 1938, a la IV Internacional. He aquí la "autocrítica" de Luis Carlos Prestes a raíz de ese período, pero formulada diecisiete años después: "Cuando en 1937, frente a la evidencia de los errores izquierdistas y de las modificaciones en la situación, intentamos cambiar la orientación política del Partido, caímos en el extremo opuesto, en el oportunismo consistente en sustituir la hegemonía del proletariado por la hegemonía de la burguesía y en predicar que la burguesía brasileña era capaz de hacer su propia revolución democrática. [...] Esa falsa orientación facilitó el trabajo disgregador de elementos trotskistas" (21).

En realidad, el curso derechista y nacional-reformista consecuencia directa de la estrategia stalinista-menchevique de la revolución por etapas va a agravarse en 1945-48. En Unión nacional por la democracia y el progreso, un libro de 1945, Prestes escribía: "La única salida para la crisis económica y social que atravesamos es, sin duda, la realización progresiva y pacífica, dentro del orden y

la ley, del programa de unión nacional. [...] Todos juntos, obreros y patrones progresistas, campesinos y propietarios de bienes raíces, demócratas, intelectuales y militares [...] Patronos y obreros deben resolver directamente, de una manera armoniosa, franca y leal, mediante comisiones mixtas en los locales de trabajo y por el acuerdo mutuo entre sindicatos de clase, las inevitables divergencias creadas por la vida misma. [...] Gracias a sus organizaciones sindicales la clase obrera podrá *ayudar al gobierno y los patronos* a dar con soluciones prácticas, rápidas y eficaces para los graves problemas económicos del día"(22). En otro folleto de la misma época, Prestes acusa a la "canalla trotskysta" de querer "dividir al pueblo, ponerle obstáculos al progreso de la democracia y enfrentar a los brasileños contra los brasileños"(23). Por lo demás, para impedir todo contagio "izquierdista", los estatutos del PC brasileño de 1945 contienen este asombroso artículo: "Ningún miembro del partido podrá tener relaciones personales, familiares o políticas con trotskistas".

En 1948, sin embargo, tal como en Cuba, la burguesía brasileña hará oídos sordos a las protestas de lealtad "nacional-unionista" del PC, y el partido será puesto fuera de la ley. Comienza entonces, de 1948 a 1953, bajo la égida de la guerra fría, un nuevo período izquierdista del PC brasileño, cuya expresión más radical será el *Manifiesto de agosto* (1950), más o menos inspirado por los textos "frentistas" de Mao Tse-Tung (y no, claro está, por la práctica *real* de la revolución china). Pero cabe destacar que ese giro táctico "de izquierda" se llevaba a cabo *dentro de la vieja estrategia de la revolución por etapas y del bloque de las cuatro clases*. Según el *Manifiesto de agosto*, es necesario constituir un Frente Democrático de Liberación Nacional que reúna a "todos demócratas y patriotas, por encima de todas las divergencias religiosas o filosóficas,

hombres y mujeres, jóvenes y viejos, obreros, campesinos, intelectuales pobres, pequeños funcionarios, *comerciantes e industriales*, soldados y marineros y oficiales de las fuerzas armadas"(24). En realidad, todas las oscilaciones, los zigzaguees, los virajes tácticos del PC brasileño de 1935 a nuestros días se efectúan dentro del marco *invariable, constante e inalterable* de la ideología stalinista de la "etapa nacional democrática". Este dogmatismo reformista al nivel de la estrategia irá a veces acompañado de errores tácticos monstruosos: en 1954, en vísperas de la caída de Vargas, el PC brasileño continúa presentando a este como el agente del imperialismo en Brasil, y procura oponerle un frente democrático... con la "verdadera" burguesía nacional. ¡Esto, en el momento mismo en que Vargas, abandonado por su propia clase, acosado por el imperialismo, amenazado por los militares e incapaz de movilizar las masas, se ve llevado al suicidio!

Inmediatamente después de la muerte de Vargas, el PC comienza (en el IV Congreso del partido, noviembre de 1954) un giro a la derecha que lo lleva ahora a sostener, de un modo más o menos incondicional, a los partidos burgueses que se dicen partidarios del viejo dirigente populista. En las elecciones de 1955, Juscelino Kubitschek, candidato del partido burgués conservador PSD, aliado del partido "laborista" PTB (fundados ambos por Getulio Vargas), será elegido con el apoyo del PC. Digno representante de la burguesía "nacional", Kubitschek abrirá de par en par las puertas de la economía brasileña a los capitales norteamericanos, que llegarán a invertirse en Brasil como nunca antes en la historia del país. Otro paso hacia el más chato oportunismo nacional-reformista se alcanzará con la *Declaración política* del PC de marzo de 1958. Según este documento, "en las actuales condiciones de nuestro país, *el desarrollo capitalista*

corresponde a los intereses del proletariado y de todo el pueblo. Por consiguiente, la revolución en Brasil *no es aún socialista*, sino antiimperialista y antifeudal, nacional y democrática [...]. En estas condiciones, la contradicción entre *la nación en desarrollo* y el imperialismo norteamericano y sus agentes internos ha pasado a ser la contradicción principal de la sociedad brasileña" (25). Si se remplace "Brasil" por "Rusia" e "imperialismo" por "zarismo", Plejánov habría podido por cierto firmar esta frase. El documento de 1958 propone, pues, la formación de un frente nacionalista y democrático monumentalmente "amplio", que comprenda no sólo a los clientes habituales (proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional), sino también a "los sectores de latifundistas que tienen contradicciones con el imperialismo norteamericano" y a "los grupos de la burguesía vinculados a los monopolios imperialistas rivales de los monopolios de los Estados Unidos". (26)...La finalidad del frente parecería ser la constitución de un gobierno nacionalista y democrático, y el principal medio para alcanzarlo sería "la *presión pacífica* de las masas populares y de todas las corrientes nacionalistas, dentro y fuera del Parlamento, para reforzar y ampliar el sector nacionalista del actual gobierno" (27). Toda amenaza de golpe de Estado reaccionario será vencida "por la resistencia de las masas populares, unidas a los sectores nacionalistas del Parlamento, de las fuerzas armadas y del gobierno". Y como en última instancia se confía en los "sectores nacionalistas de las fuerzas armadas", la Declaración de 1958 no dice ciertamente ni jota sobre el armamento del pueblo.

Esta línea será confirmada por el V Congreso del partido, celebrado en 1960, que con su imperturbable beatitud proclama: "En las actuales condiciones de Brasil y del mundo, existe la posibilidad real de alcanzar la finalidad de la revolución antiimperialista y

antifeudal por un camino pacífico" (28). Tres años y un par de meses después, el golpe de listado militar de abril de 1964, sostenido prácticamente por toda la jerarquía militar ("nacionalistas" y pro-norteamericanos, todos unidos contra el "peligro rojo") y explícitamente bendecido por las asociaciones patronales de la burguesía industrial y mercantil, daba un cruel mentís a los pobres sueños "pacifistas" y "burgués-democráticos" del PC brasileño. Desarmadas por treinta años de engañifa nacional-reformista, las masas populares no pudieron resistir el golpe de Estado, que instaló en el poder a una banda monstruosa de generales asesinos y verdugos al servicio del capitalismo y de los monopolios norteamericanos. La responsabilidad principal de ese terrible fracaso incumbe al PC brasileño, hasta entonces fuerza hegemónica en el seno del movimiento obrero del Brasil, o mejor dicho incumbe al stalinismo, que había reducido toda una generación de militantes comunistas (entre los cuales había muchos combatientes tan decentes como dedicados) a la impotencia y al encenegamiento en los pantanos inmundos del oportunismo.

Esta vez era demasiado. Un número muy alto de militantes, si no la mayoría de ellos, y hasta varios dirigentes del PC Carlos Marighella, Joaquín Cámara Ferreira, Mario Alves, Apolonio de Carvalho, Jacob Gorender, etc. , iban a sacar las lecciones de los acontecimientos de 1964: abandonaron el partido y constituyeron grupos de la nueva vanguardia revolucionaria. En el viejo PC reformista no quedan más que los incondicionales del stalinismo y del brezhnevismo, con Luis Carlos Prestes a la cabeza. Y éstos, como los Borbones franceses después de 1789, no habían aprendido ni olvidado nada: continuaron repitiendo sin el menor cansancio, como tarabillas budistas, las mismas viejas fórmulas neomencheviques, como si nada hubiese pasado. En una

"autocrítica" de mayo de 1965, el CC del PC brasileño denuncia como responsables del fracaso del partido a las tendencias... "sectarias e izquierdistas", que al parecer prevalecieron en su política en el curso de los años 1962-64 y que "alejaron del frente único a importantes sectores de la burguesía nacional". . . Puesto que se trata de ir un poquito más hacia la derecha, el PC intenta formar, en el curso de los años 1966-68, un "Frente Amplio" con viejos y depuestos políticos, entre ellos Carlos Lacerda, uno de los principales jefes civiles del golpe de Estado de 1964. En lugar de preparar la resistencia armada, el PC se entrega a enjuagues electoraleros y les hace la corte a algunos "generales patriotas", destacando en la prensa partidaria que la derrota de la dictadura provendrá más probablemente de las "contradicciones en el seno de las propias clases dominantes, inclusive los putschistas" que de una acción de las grandes masas populares (29).

Resulta difícil, imposible acaso, prever con exactitud los caminos que tomará la revolución en Brasil. Sólo un hecho puede preverse con certeza casi matemática: *la revolución no estará dirigida por el PC brasileño.*

Para terminar, dos palabras sobre la organización maoísta "ortodoxa". El Partido Comunista de Brasil (nacido en 1962 de una escisión ocurrida en el Partido Comunista brasileño) constituye la versión "izquierdista" de la estrategia staliniana. Sin dejar de criticar el "revisionismo" del PC brasileño, pro-soviético, y predicando "la guerra del pueblo", el PC de Brasil no hace en realidad otra cosa que regresar a la política de 1950-53 llevada por el Partido: contra la mala burguesía en el poder, vendida al imperialismo, constituir un frente democrático... con la "verdadera" y buena burguesía nacional y patriótica. Los documentos del PC de Brasil insisten, de ahí, en "la

unidad de los patriotas y demócratas" para llevar adelante una revolución "nacional y democrática, agraria y antimperialista". Entre las fuerzas "patriotas" se encuentra, por supuesto, la burguesía nacional brasileña, "llamada a desempeñar un papel de cierta importancia en la lucha contra el imperialismo yanqui y por la reforma agraria" y que "forma parte integrante del frente unido democrático y antiimperialista" (30). Y esto dos años después del golpe de Estado militar de 1964...

Añadamos, para ser equitativos, que el PC de Brasil se distingue del PC brasileño, pro-soviético, por lo menos en dos puntos importantes: 1) El reconocimiento de la vía armada como el único camino posible, reconocimiento que hasta ahora ha seguido siendo platónico, ya que el PC de Brasil no se ha comprometido hasta ahora, a no ser verbalmente, con la lucha armada; 2) La hegemonía del proletariado en el frente unido democrático y antimperialista, proclamada en principio, pero por desgracia poco menos que ahogada en la ideología "populista" del partido maoísta brasileño.

2

El fracaso de las revoluciones burguesas en América latina

América latina ha conocido, de 1910 a nuestros días, un gran número de revoluciones o "semirrevoluciones" de tipo burgués-democrático. Algunos de estos movimientos han producido cambios importantes y duraderos; otros han fracasado por completo, pero todos ellos tienen un elemento común: la incapacidad para resolver verdadera y radicalmente las dos tareas principales de la revolución democrática, esto es, el problema agrario (la miseria de los campesinos) y el problema nacional (la dominación imperialista).

Estos movimientos pueden clasificarse en dos categorías principales:

1) Las revoluciones "por abajo", producto de una inmensa "ola de fondo", de una sublevación de grandes masas campesinas y obreras, o sólo obreras, que mediante la violencia armada hace trizas al viejo Listado oligárquico e impone transformaciones radicales, transformaciones que habrán de ser poco a poco "roídas", "institucionalizadas", "recuperadas", o bien lisa y llanamente anuladas por el reformismo burgués. Ejemplos: la revolución mexicana y la revolución boliviana. 2) Las semirrevoluciones "por arriba": conjuntos de medidas de tipo populista, democrático o nacionalista, emprendidas "en frío" por un gobierno bonapartista que suele apoyarse (no siempre) en el movimiento obrero organizado para arrancarle concesiones al imperialismo. Generalmente, estos regímenes han sido establecidos por los militares y derrocados... por los militares. Ejemplos: Vargas y Goulart en Brasil, Perón en Argentina, Arbenz en Guatemala, Velasco Alvarado en Perú.

Evidentemente, la anterior distinción es, como toda clasificación, sumamente esquemática; encontramos diferentes combinaciones de las dos formas: la revolución "por abajo" puede repuntar "por arriba" (Cárdenas en México), y las semirrevoluciones "por arriba" pueden conocer profundas movilizaciones de masas "en la base" (Perón en Argentina).

No se trata, claro está, de hacer la historia de tales movimientos, sino de establecer, a bulto, sus grandes líneas, *el balance político y social*.

1) Las revoluciones "por abajo"

a) México

Desde su comienzo en 1910-11 la revolución mexicana había tenido un doble carácter. En la base, el gigantesco movimiento de los campesinos armados bajo la dirección de Villa y Zapata, que aplastaba a su paso a la vieja oligarquía agraria del régimen de Porfirio Díaz y realizaba ahí mismo la revolución agraria. En la cima, políticos burgueses moderados (Madero) o conservadores (Carranza) intentaban controlar e "institucionalizar" la revolución, sobre todo mediante la promulgación de la Constitución (democrática avanzada) de 1917. El asesinato de Zapata en 1919 y el de Pancho Villa (por los norteamericanos) en 1923 señalan el fin de la primera etapa y el principio de la consolidación: el gobierno reformista del general Obregón comienza a aplicar, a partir de 1920, la reforma agraria "constitucional", y el gobierno de Plutarco Elías Calle quiebra, en 1926, el poder feudal de la Iglesia mexicana.

Un nuevo paso adelante será dado por Lázaro Cárdenas (presidente de 1934 a 1940). Cárdenas va a profundizar la reforma agraria y, apoyándose en la poderosa Central de los trabajadores

mexicanos, expropiará los trusts anglo-norteamericanos del petróleo. El régimen de Cárdenas será el punto culminante alcanzado por la revolución mexicana, cuya declinación, cuyo aburguesamiento conservador y cuya degradación política se desarrollaron progresivamente desde entonces, hasta llegar a la miserable matanza de Tlateloco, en 1968, que revela a los ojos de todo el mundo el carácter reaccionario, antidemocrático y antipopular del régimen del supuesto "Partido Revolucionario Institucionalizado", horrible caricatura de democracia burguesa.

¿Cuál es en 1971 el balance de sesenta años de revolución mexicana? Sin duda, se llevó a cabo una importante reforma agraria bajo la presión de las masas campesinas sublevadas. Pero poco a poco se creó un nuevo sistema latifundista por la acumulación de tierras y la formación de corporaciones agrícolas capitalistas. En algunas regiones del norte de México (California del sur, Nayarit, Sonora), el 0,5 por ciento de los propietarios posee más del 50 por ciento de las tierras productivas. Las formas de explotación semif feudales han sido remplazadas por formas capitalistas más "modernas", pero las condiciones de vida de los trabajadores agrícolas no han cambiado mayor cosa. Hasta los pequeños propietarios y los miembros de las cooperativas (*ejidos*) son explotados por el crédito usurario y por el control del mercado por parte de las empresas capitalistas comerciales. Agreguemos a ello los altos porcentajes de la mortalidad general, de la mortalidad infantil, del analfabetismo, de la desnutrición (superiores a los de Chile y Argentina y a veces hasta los de Perú y Colombia), los bajos niveles de renta *per cápita* (inferiores a los de Chile y Argentina) y la enorme desigualdad en la distribución de la renta nacional (uno por ciento de la población recibe el 66 por ciento de la renta, y los otros 99 por ciento sólo el 34 por ciento). Es, pues, evidente que

México no ha salido del subdesarrollo, al menos no más que muchos otros países latinoamericanos, y que el principal beneficiario de la "revolución institucionalizada" ha sido una nueva burguesía de ávidos aprovechadores, estrechamente asociados al aparato del Estado (31).

Es cierto que México (gracias, entre otras cosas, a las condiciones creadas por la reforma agraria) ha conocido un considerable desarrollo industrial. Pero este, obtenido en íntima asociación con el capital norteamericano, no hace más que agravar la dependencia económica de México con respecto a Estados Unidos y las deformaciones económicas que se derivan de ello. Se trata, pues, para emplear la feliz expresión de André Gunder Frank, de un "desarrollo del subdesarrollo" bajo la dominación del imperialismo: la extracción y la industria de la mayoría de los metales no ferrosos están ubicadas bajo el control de la American Smelting and Refining Co.; la Westinghouse Electric domina la fabricación de aparatos eléctricos; la General Motors y la Ford, la industria del automóvil; la Panamerican Airways, la navegación aérea; la American Tobacco, la industria del cigarrillo, etc. (32).

En conclusión, la revolución mexicana destruyó el viejo listado oligárquico de Porfirio Díaz., y lo sustituyó por un Estado moderno basado en una constitución "democrática"; introdujo, también, importantes transformaciones en las relaciones de producción tanto en la ciudad como en el campo. Pero a decir verdad no cumplió las larcas principales de una revolución democrática nacional. No liberó a las masas campesinas de la miseria y la explotación, y sobre todo no liberó a la economía mexicana de la dominación imperialista.

b) Bolivia

La revolución boliviana de 1952 tiene un carácter verdaderamente "ejemplar", a la vez por el grado de profundización que conoció en sus comienzos como por el grado de degeneración que alcanzó posteriormente.

El 9 de abril de 1952, un golpe de Estado preparado por oficiales vinculados al MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido nacionalista burgués y pequeñoburgués de Bolivia) fue deshecho a medias por las tropas gubernamentales de la dictadura militar oligárquica. El jefe militar del levantamiento, general Seleme, abandona discretamente el campo de batalla y corre a refugiarse a la embajada de Chile. Siles Suazo el principal dirigente civil del MNR, le propone la régimen una "solución de conciliación", pero los militares en el poder exigen la rendición incondicional. En ese momento entra en escena un tercero e inesperado personaje: las masas populares de La Paz y los mineros del estaño, que transforman lo que era en una conspiración palaciega semiaborlada en una de las más impresionantes insurrecciones obreras de la historia de América latina. Durante tres días el pueblo de La Paz, y sobre todo los mineros de Milluni y Oruro, van a arrojar, armados de fusiles tomados al enemigo y de cartuchos de dinamita (de los que se emplean en las minas), contra el ejército regular, que será finalmente aplastado, aún cuando no sin antes haber cañoneado los barrios obreros de La Paz, causando 1.500 muertos en las filas populares. El MNR llega así al poder, sostenido (¿o quizá prisionero?) por las milicias obreras, que sustituyen al disuelto ejército y exigen la nacionalización inmediata de las minas pertenecientes a los tres grandes "barones del estaño": Patiño, Hirschfeld y Aramayo, odiados explotadores de los obreros bolivianos. Después de muchas vacilaciones, Paz Estensoro (MNR), sometido a la presión de los mineros en armas e incapaz de hacerles

frente, proclama en octubre de 1952 la expropiación (con indemnización) de los monopolios mineros. Entretanto, en el campo los sindicatos campesinos, generalmente bajo la influencia del POR trotskista (Partido Obrero Revolucionario, sección boliviana de la IV Internacional), comienzan a expropiar por su cuenta los latifundios y a ocupar las tierras. Paz Estensoro se ve obligado a avalar y legalizar esta situación de facto mediante la ley de Reforma Agraria de agosto de 1953. Tal cual lo destaca el norteamericano R. W. Patch: "Esta ley fue impuesta por un hecho cumplido: la única solución alternativa era una desastrosa guerra civil". La ley boliviana de Reforma Agraria abolía el latifundio y decretaba la distribución de las tierras entre los campesinos (con ciertas excepciones, como las "grandes empresas ganaderas", para las cuales se admitían superficies que llegaban hasta las 50.000 hectáreas), con lo que se desembocaba en una generalización de los minifundios.

Sin embargo, en ese mismo momento comienza la declinación de la revolución boliviana. En julio de 1953, Paz Estensoro adopta medidas para restablecer el ejército profesional y vuelve a abrir el Colegio Militar. Era el primer paso dentro de una "larga marcha a la izquierda", que iba a efectuarse con la benéfica ayuda del imperialismo norteamericano. Después de la visita de Milton Eisenhower, hermano del presidente de los Estados Unidos (verano de 1953), el gobierno de USA va a financiar generosamente al tesoro boliviano, recibiendo en cambio no menos generosas concesiones petroleras, con las que se beneficiaron la Tennessee Gas Co., la Monsanto Chemical Co., la Murphy Oil Corporation y la Union Oil and Gas of Louisiana. En 1955, Paz Estensoro suscribe el Código del Petróleo, popularmente conocido como "Código Davenport", según

el nombre de su verdadero autor, un abogado de los trust petroleros norteamericanos.

Paz Estensoro es remplazado en 1956 por un nuevo presidente del MNR, Siles Suazo, quien va a desviar aún más la corriente a la derecha. Para resolver los problemas financieros del gobierno, Siles apela a un especialista norteamericano del Fondo Monetario Internacional, George Jackson Eder. Es el famoso "plan Eder" de "estabilización monetaria", que impone en Bolivia, gracias a la mediación del gobierno del MNR, la tradicional política económica del FMI: congelación de salarios, liberación del intercambio, apertura al capital foráneo, etc. Paralelamente, Siles, siempre con la ayuda "desinteresada" de USA, continúa reforzando y consolidando las fuerzas armadas regulares.

En 1960, Paz Estensoro vuelve al poder, pero esta vez con la intención bien firme de no repetir sus "pecados de juventud", de los artos 1952-53: "En el curso de nuestra segunda presidencia hemos corregido las desviaciones anarco-sindicalistas que habíamos cometido en la primera bajo la presión de las circunstancias (...) La revolución boliviana se ha institucionalizado con arreglo al precedente de la revolución mexicana" (33). Las "circunstancias" que hacían presión en 1952-53 eran, por supuesto, los mineros y campesinos en armas.

Uno de los primeros acontecimientos de la segunda presidencia de Paz Estensoro fue, a principios de 1961, el ofrecimiento soviético de construir en Bolivia una refinería de estaño, acompañada de un préstamo de 150 millones de dólares. El departamento de Estado declaró oficialmente que "una fundición de estaño sería antieconómica e indeseable para Bolivia", con lo que el gobierno del Movimiento Nacionalista (?) Revolucionario (??),

obediente a la Voz del Amo, rechazará la proposición de la URSS. Y después de tan vergonzosa capitulación, Paz Estensoro vegetará en el poder, despreciado por los obreros y carente de base popular, hasta su caída, muy poco gloriosa, en 1964, bajo un golpe de Estado del mismo ejército regular que el MNR había prolijamente reconstituido y mantenido desde 1953.

La primera preocupación de la junta militar de Barrientos-Ovando será el desarme de las últimas milicias obreras y la represión de los sindicatos de mineros. En mayo de 1965, la mina de Milluni, base de los revolucionarios de 1952, será bombardeada por la aviación y ocupada por el ejército después de sangrientas batallas. La represión se abate asimismo sobre las zonas mineras de Oruro, Sucre y Potosí, al igual que sobre los barrios obreros de La Paz. Se parece al escenario del 9 de abril de 1952, pero al revés... Un grupo de dirigentes sindicales, desterrados en Argentina, declaraba el 16 de junio de 1965: "En Bolivia hemos retrocedido treinta años con respecto a las conquistas obreras. Ahora estamos en peores condiciones que cuando gobernaba la Rosca (la oligarquía de los barones mineros)" (34).

En peores condiciones que treinta años atrás: tal el balance trágico de la revolución "democrático-burguesa" en Bolivia. La locomotora, detenida a mitad de camino por los cuidados del reformismo burgués, había regresado al pie de la montaña.

Para recompensar el celo de los pretorianos bolivianos, el gobierno estadounidense abrirá con amplitud aún mayor los cordones de su bolsa: durante 1966 tan sólo, el régimen militar boliviano va a recibir préstamos por 14.5 millones de dólares del BIRD; 10,9 millones de la AID y 18 millones del EMI. En cambio, ya en tren de dar, la rica mina Mathilde será cedida a la United

States Steel Corporation y a la Philips Brothers, el petróleo de Santa Cruz a la Gulf Oil, amplias extensiones de tierra se concederán a la Gracc Co., etc. (35).

Así pues, en 1967, quince años después de comenzada la revolución, Bolivia se parece, en el momento en que el Che lanza la guerrilla, a cualquier otra república latinoamericana, económicamente colonizada por el imperialismo y aplastada bajo la bota de los militares, cuyos lazos más que íntimos con el Pentágono y la CIA son visibles a simple vista.

Sin embargo, no se puede hablar de restauración lisa y llana: al menos para una clase de la sociedad boliviana la revolución de 1952-53 representó ganancias irreversibles, esto es, para el campesinado. Una amplia capa de campesinos bolivianos llegó a la propiedad de la tierra y se liberó de la explotación semifeudal de los grandes terratenientes. Pero este cambio, que es importante, no ha significado en modo alguno una verdadera liberación de los campesinos de la miseria, del analfabetismo, de la desnutrición, de las enfermedades endémicas, etc. El sistema de los minifundios instaurado por la reforma agraria es económicamente retrógrado e incapaz de asegurar un verdadero auge de las fuerzas productivas en el campo. No resulta asombroso, de ahí, que el actual nivel de vida de las masas campesinas de Bolivia sea descrito por el clero de ese país como "infrahumano" comparado por el periodista francés Marcel Niedergang con el de los "más pobres campesinos de la Europa de la Edad Media". Si añadimos a ello la progresiva reconstitución de las grandes propiedades extranjeras y nacionales, así como la explotación de los pequeños campesinos por la usura, se hace evidente que el problema agrario está lejos de haber sido resuelto en Bolivia, cualesquiera que puedan ser, por lo demás, las ilusiones

ideológicas creadas por la pequeña propiedad en el seno de una gran parte del campesinado (ilusiones que explican, entre otras razones, el fracaso de la guerrilla del Che).

El fracaso del reformismo militar de Torres y el triunfo de los fascistas bolivianos de Banzer & Company, sostenidos por la CIA, los gorilas brasileños y... el MNR, muestran, una vez más, la imposibilidad de una "tercera vía" nacionalista burguesa en Bolivia.

2) Las semirrevoluciones "por arriba"

a) Brasil 1930-1964

En 1930 un levantamiento militar lleva al poder al Getulio Vargas, a la cabeza de una coalición en extremo heterogénea de sectores de la oligarquía agraria (Estados del norte y el sur opuestos a los latifundistas de Sao Paulo), nuevas capas de la burguesía urbana y sectores descontentos de las clases medias (los tenientes). El régimen de Vargas, que permanecerá en el poder hasta 1945, constituye por una parte una redistribución del poder político dentro de las clases dominantes (en beneficio de la burguesía industrial en desarrollo) y por la otra una relación bonapartista con las masas populares urbanas, que se beneficiarán con ciertas leyes sociales y se verán encuadradas dentro de una estructura sindical paraestatal. La dictadura de Vargas cae en 1945 bajo un golpe de Estado militar, pero el viejo caudillo populista es elegido presidente en 1950 y retoma su tradicional política de conciliación y báscula entre la derecha y la izquierda. Por una parte firma el acuerdo militar Brasil-USA, que integra el ejército brasileño dentro del sistema militar del Pentágono, y por la otra designa ministro de Trabajo a João Goulart, quien juega la carta del "sindicalismo peronista" y de la alianza con los comunistas; ante las protestas de la derecha, destituye a Goulart, y éste se ve obligado a

exiliarse en Uruguay. Este jueguito típicamente bonapartista terminará por enajenarse las simpatías tanto de los sectores burgueses más reaccionarios y pro-imperialistas (Carlos Lacerda) como del movimiento obrero organizado (el PC y los sindicatos bajo su dirección), finalmente, en agosto de 1954 abandonado por su propia clase, intimado por los militares a renunciar a la presidencia y sin poder ni desear recurrir al pueblo. Vargas se suicida de un balazo en el corazón.

La herencia de Vargas será recogida por su discípulo João Goulart, quien llega a la presidencia en 1961. Su política económica será en un primer momento bien "ortodoxa" y conservadora: su plan trienal fue condenado por antipopular, hasta por el PC brasileño. Pero progresivamente Goulart efectúa un giro a la izquierda, que desemboca, en marzo de 1964, en la proclamación de varias "reformas de estructuras": nacionalización de las refinerías de petróleo, expropiación de tierras a la vera de grandes carreteras, etc. La burguesía brasileña, en todas sus capas y fracciones, se espanta, no tanto por los discursos ni actos de Goulart, cuanto por lo que éste *tolera*: la agitación y la creciente movilización de los sindicatos obreros, de las uniones estudiantiles, de las ligas campesinas, de los partidos y grupos de izquierda y, más grave aún, de las asociaciones de soldados, marinos y suboficiales del ejército. En momentos en que la "subversión" amenaza con alcanzar el sanctasanctórum del Estado burgués, el aparato militar de represión la alta jerarquía del ejército, sostenida por la aplastante mayoría del personal político burgués (Serrado, Parlamento, gobernadores de Estado, partidos políticos, etc.), por la jerarquía eclesiástica y por las asociaciones patronales de la industria, el comercio y la agricultura (algunos empresarios industriales Paulo Ayres Filho, João Baptista Figueiredo, etc.- llegaron incluso a parti-

cipar en la preparación del golpe), y claro está que con la bendición del imperialismo estadounidense a través de Lincoln Gordon, embajador norteamericano en Brasil, desencadena un golpe de Estado contra Goulart y toma el poder. Contra la amenaza popular, contra el movimiento obrero y campesino, la Santa Alianza de las clases explotadoras, de los industriales "modernistas" y de los latifundistas "semi-feudales", de los burgueses "nacionales" y de los monopolios imperialistas movilizó su brazo armado los militares para "restablecer el orden" e instaurar el régimen más reaccionario, el más pro-yanki, el más antipopular, el más odiado, el más represivo, el más criminal y el más infame de toda la historia de Brasil.

Moraleja de la historia: los regímenes de Vargas y Goulart no llevaron realmente a cabo una revolución democrática burguesa. *Prácticamente no tocaron la estructura agraria de Brasil*, y las medidas nacionalistas que adoptaron (Petrobrás, ley de Goulart sobre repatriación de beneficios, etc.) eran en extremo limitadas y no ponían en tela de juicio la relación de dependencia de Brasil respecto del imperialismo. Sin embargo, ni aun estas reformas por arriba fueron toleradas por la burguesía brasileña, que en tres oportunidades (1945, 1954 y 1964) abandonó a su jefe "progresista" para asociarse a los golpes de Estado militares inspirados por el imperialismo norteamericano.

b) Argentina 1943-1955

¿Cuál fue la naturaleza del régimen peronista? Un *Estado bonapartista sui-generis*, balanceándose entre el ejercito y los sindicatos, la burguesía urbana y el proletariado industrial, presuntamente por encima de las clases, pero en último análisis al servicio del capitalismo, y el conjunto coronado al nivel superestructural por una ideología populista confusa (el

"justicialismo") y por un mito carismático (Perón-Evita) profundamente arraigado en las masas. Como todo régimen bonapartista, el régimen de Perón exhibía un rostro de Jano ambiguo. Para el lado de afuera, para las masas obreras, para los *descamisados* se presenta como el enemigo jurado del imperialismo anglo-norteamericano, del Jockey Club, de la Sociedad Rural y del gran capital, como un caudillo cuya única finalidad es la de "favorecer la felicidad del pueblo y la grandeza de la nación mediante la justicia social, la independencia económica y la soberanía política" (Carta Orgánica del Partido Peronista). Para el lado de adentro, para la burguesía, explicaba en un discurso maravillosamente cínico pronunciado en la Cámara de Comercio de Buenos Aires el 25 de agosto de 1944: "Señores capitalistas, no teman a mi sindicalismo; nunca como hoy estará el capitalismo tan seguro [...]. Las masas obreras que no están organizadas son peligrosas, porque no están integradas. La experiencia moderna demuestra que las masas obreras organizadas son por cierto las que mejor se pueden dirigir y conducir (...) Se ha dicho que soy enemigo de los capitalistas, pero si ustedes observan bien no hallarán un defensor más resuelto que yo, porque yo sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado [...] Si deseo organizar estatalmente a los trabajadores es para que el Estado los dirija y les muestre el camino" (36). Este discurso, que por su deslumbrante transparencia merece figurar a la cabeza de cualquier antología sobre el bonapartismo burgués, muestra el papel que Perón entendía atribuir al movimiento obrero dentro de la compleja mecánica de su política de conciliación de clases.

Designado ministro de Trabajo en el régimen militar (más o menos pro-nazi) instituido en 1943, derrocado por los militares en

1945, repuesto en su cargo por una gigantesca movilización obrera el 17 de octubre de 1945, elegido presidente en 1946 y reelegido por una aplastante mayoría en 1952. Perón será finalmente depuesto por los militares en 1955. ¿Cuál es el balance de los diez años de régimen "justicialista" en Argentina? ¿En qué medida se ha cumplido una "revolución burguesa por arriba"?

Con respecto a los problemas agrarios, el balance es más bien magro. Es cierto que la vieja oligarquía rural de los ganaderos fue políticamente neutralizada y que una parte de sus sobreganancias se la apropió el Estado gracias al IAPI, monopolio estatal del comercio exterior (sobre todo, trigo y carne). En cambio, *Perón no tocó la estructura agraria* y dejó absolutamente intactos el monopolio de la tierra y la gran propiedad raíz.

Con respecto al imperialismo anglo-norteamericano, digamos que se llevó a efecto cierto número de nacionalizaciones (con indemnización). Las compañías inglesas de ferrocarriles fueron adquiridas (150 millones de libras esterlinas), así como los sistemas de teléfonos pertenecientes al trust norteamericano Bell (100 millones de dólares). Sin embargo, Perón no emprendió absolutamente nada en los tres sectores claves en manos de los monopolios extranjeros: el petróleo, los frigoríficos y la electricidad. Peor aún, en los últimos años de su régimen hará importantes concesiones a la Standard Oil, concediéndole una inmensa región de la Patagonia con privilegios equivalentes a la extra-territorialidad.

En 1955, ante el golpe de Estado militar apoyado por la Iglesia las clases dominantes y las capas medias. Perón preferirá ponerse a salvo antes que recurrir a los sindicatos y armar a los obreros. Fue el fin de la conciliación de clases: el movimiento obrero va a radicalizarse cada vez más, mientras que la burguesía argentina

elegirá el desarrollo industrial asociado al imperialismo norteamericano.

c) Guatemala 1944-54

La semirrevolución de Guatemala se distingue de los otros movimientos del mismo género en América latina por el papel importante que desempeñaron en ella el partido comunista (Partido Guatemalteco del Trabajo: PGT) y las organizaciones de masas dirigidas por él: la Confederación General de Trabajadores de Guatemala y la Confederación Nacional Campesina. En 1944, un levantamiento popular apoyado por un ala del ejército derroca a la dictadura oligárquica militar y lleva al poder, mediante elecciones, al escritor y dirigente antimperialista (moderado) Juan José Arévalo. El proceso revolucionario se inicia en 1951, con la elección del coronel Jacobo Arbenz, uno de los jefes de la insurrección de 1944. Apoyándose en el PGT y en los sindicatos obreros y campesinos (parcialmente asociados al aparato estatal), Arbenz va a emprender una reforma agraria que tiene desde un primer momento carácter antimperialista, porque el principal latifundista de Guatemala es la todopoderosa United Fruit Company, propietaria de enormes superficies de tierras, del 95 por ciento de la red ferroviaria, de los principales puertos del país, de la mayoría de la flota comercial, etc. Por ley del 17 de junio de 1952, el gobierno de Arbenz expropia las tierras no cultivadas de algunos latifundistas, entre ellas 83.029 hectáreas de la United Fruit (sobre un total de 188.339 que poseía). Además se les distribuye a los campesinos tierras de propiedad nacional (antigua propiedad alemana expropiada durante la segunda guerra mundial). En total, unos 110.000 campesinos recibirán títulos de propiedad.

En un artículo de marzo de 1954, la revista *Cuarta Internacional* destacaba: "Un gobierno como el de Arbenz es eminentemente transitorio, dado que representa un factor de equilibrio social inestable: o bien es derrocado por el imperialismo y los feudales burgueses idigoristas, o bien cede su lugar a un gobierno obrero-campesino [...]. Entretanto, nuestro deber es defender al gobierno de Arbenz con las armas en la mano contra todo ataque de la contrarrevolución pro-yanqui. Esto no quiere decir, naturalmente, que debemos darle el menor apoyo *político*, que debemos ocultar sus limitaciones y su carácter efímero, o que sembremos ilusiones respecto de su capacidad para dirigir la lucha antiimperialista [...]. La única garantía efectiva contra las insurrecciones reaccionarias es la *democratización del ejército y el hecho de armar al pueblo* [...] *Hay que armar a los obreros y a los trabajadores del campo, organizándolos en milicias bajo la exclusiva dirección de los sindicatos*" (37).

En cambio el PGT califica por esa misma época a toda tentativa de armar a los trabajadores de "maniobras de la reacción interna, que pretende oponer el frente obrero-campesino a las fuerzas armadas", y reafirma su confianza en los "jefes y oficiales de mentalidad progresista del ejército" (38).

Los acontecimientos no tardaron en mostrar quién tenía razón. El 18 de junio de 1954, el reaccionario coronel Castillo Armas, a la cabeza de un pequeño ejército de 1.000 mercenarios, reclutados, adiestrados y pagados por la United Fruit, con la ayuda de la CIA y la bendición de John Foster Dulles, invadió Guatemala. El ejército gubernamental resiste blandamente durante unos diez días. El PGT no toma la menor iniciativa. A los obreros, campesinos y estudiantes que pedían armas el gobierno de Arbenz les respondía

que el ejército era leal y que dominaba la situación. En efecto, la dominaba demasiado bien: el jefe de estado mayor, coronel Carlos Enrique Díaz, mantiene negociaciones secretas con los invasores gracias a la mediación benevolente de John Peurifoy, embajador de los Estados Unidos. Frente a la traición de "sus" militares, Arbenz, incapaz de movilizar las masas y armar al pueblo, prefiere renunciar. El 28 de junio, la junta militar presidida por el coronel Díaz pone fuera de la ley al PGT, y pocos días después elige al coronel Castillo Armas como presidente de Guatemala. Así, con pocos gastos y gracias a la comprensión entre camaradas de armas, el orden quedó restablecido, y la United Fruit, nuevamente en posesión de sus tierras, pudo volver a sus fructíferas actividades económicas.

La moraleja de la historia de esta semirrevolución burguesa hecha abortar por los militares fue extraída por un joven médico argentino que se encontraba entonces en Guatemala: Ernesto Guevara: "¿Qué lealtad puede esperarse de los que siempre han sido instrumentos de la dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas, de una casta que sólo existe gracias a las armas que posee y que no piensa más que en mantener sus prerrogativas?" (39).

d) Perú 1968

El régimen militar peruano, cronológicamente la última de las semirrevoluciones burguesas "por arriba", es actualmente el nuevo centro de agrupamiento político de las diferentes corrientes nacional-reformistas en América latina. Hasta algunas fuerzas revolucionarias (como el gobierno cubano) han sólido dejarse arrastrar por las ilusiones difundidas por los militares populistas de Perú. La clarificación del papel y del verdadero sentido del régimen peruano exige, por consiguiente, un análisis un poco más detallado

que el de las experiencias de Vargas, Perón y Arbenz, cuyo fracaso ya pertenece a la historia de América latina.

Grosso modo se podría definir el régimen peruano como un *bonapartismo populista-militar*. Marx definía el *bonapartismo* como un régimen en el que el ejército —en apariencia "por encima de las clases"- gobierna mediante la eliminación del personal político tradicional de la burguesía y sus instituciones (parlamento, partidos, etc.) de la escena política; un poder con un alto grado de autonomía con respecto a las clases dominantes, pero que actúa, en último análisis, al servicio de los intereses fundamentales de la burguesía; un poder, en fin, que procura, con medidas reformistas y demagógicas, hallar cierta base popular (generalmente campesina o pequeño burguesa). Todas estas características pueden encontrarse en la junta peruana, cuya política bonapartista presenta los siguientes rasgos:

- a) cumplimiento de reformas burguesas progresistas, sobre todo en el campo, por arriba, de forma burocrática y autoritaria, dentro del "orden";
- b) demagogia populista, reformista y nacionalista, acompañada de represión de todo movimiento popular autónomo, no gubernamental;
- c) desarrollo real del capitalismo de Estado y de la industrialización en general, bajo control del Estado;
- d) mejoramiento de la situación relativa de la burguesía local, sin poner en tela de juicio su relación de dependencia respecto del capital imperialista;
- e) reforma agraria tendiente a eliminar la oligarquía rural en sus sectores decadentes y a forzar a los sectores modernos a convertirse en burguesía industrial.

Se podría, pues, sacar la conclusión, como hace el sociólogo peruano Julio Coller, de que los dos ejes del populismo militar en Perú son: 1) la modernización del sistema capitalista, y 2) la neutralización de la movilización popular.

Desde el punto de vista político, el régimen militar ha significado por una parte la eliminación de la vieja oligarquía rural del bloque detentador del poder, y la instauración, como fracción hegemónica, de la burguesía industrial y financiera, y por otra parte, ya en la escena política, es la eliminación del viejo personal político burgués, la marginación de los viejos partidos reformistas (APRA, Acción Popular, etc.) y el auge del ejército como categoría *detentadora* del aparato estatal.

Como todo régimen bonapartista, el gobierno militar peruano sirve, en último análisis, a la burguesía y disfruta, por tanto, del sostén de la Sociedad Nacional de la Industria. La burguesía industrial y financiera no se opone en modo alguno a las reformas emprendidas por los militares. En un documento del 3 de agosto de 1969, la Sociedad Nacional de la Industria del Perú declaraba: "Las reformas necesarias constituyen el marco propicio para el refuerzo de la empresa privada, que tornará más fecundos su desarrollo y su capacidad creadora".

Orígenes de la junta militar. Los militares que se hallan actualmente en el poder en Perú pertenecen a una generación que se formó en el Centro de Altos Estudios Militares, fundado en 1958, y en el que enseñaban no sólo militares, sino también economistas burgueses "desarrollistas" del tipo de la CEPAL. La ideología que se formó en esa escuela es una combinación *sui generis* de las preocupaciones típicas de los militares (la "seguridad nacional", el peligro comunista, etc.) con las de los economistas reformistas: el

desarrollo económico es la mejor garantía contra la subversión. Es el tema desarrollado en una serie de artículos de la *Revista Militar del Perú* en la década del 60, artículos cuyo contenido fue resumido del siguiente modo por un sociólogo norteamericano: "La nueva ideología militar propone el mejoramiento de las condiciones sociales y económicas a fin de que las quejas que pudieran servir de base a los grupos revolucionarios para obtener apoyo sean eliminadas" (40).

En 1962 estos militares llegan por primera vez al poder. La razón inmediata del golpe de Estado es la de impedir que el presidente electo, Raúl Haya de la Torre, asuma el poder. Pese al hecho de que Haya de la Torre y su partido, el APRA, eran de mucho tiempo atrás "moderados" y "respetables" desde el punto de vista del imperialismo y la oligarquía, los militares, por su parte, no le perdonaban al APRA el haber organizado en su época "roja", esto es, en 1932, una sublevación de campesinos y soldados contra el ejército. Ocurrida en la ciudad de Trujillo, la sublevación causó algunas muertes entre los oficiales superiores, lo cual arrastró sangrientas represalias del ejército: seis mil rehenes fueron ejecutados con ametralladora después de haberles hecho cavar sus propias tumbas. Desde entonces hay una deuda de sangre y un odio implacable entre el ejército y el APRA, deuda que fue una de las causas del golpe de Estado militar de 1962.

El primer régimen militar, de 1962 a 1963, se distingue por la feroz represión del movimiento campesino de la región de Cuzco dirigido por Hugo Blanco. Millares de campesinos son detenidos, y sus sindicatos son destruidos y puestos fuera de la ley. Una vez despejado el terreno, los militares organizan elecciones, que dan la

victoria a su protegido, el arquitecto reformista Balaúnde Terry, perteneciente al partido Acción Popular, "social-cristiano".

Apenas dos años después reaparece el "fantasma rojo", y el ejército entra de nuevo en acción: las guerrillas del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria, dirigido por de la Puente, Lobatón y Gadea) y del ELN (Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Héctor Béjar) surgen en varios sitios: valle de la Convención, Junín, etc. El presidente cristiano-reformista titubea en emprender la represión. El estado mayor del ejército le presenta un ultimátum en el que se exige la suspensión de las garantías constitucionales y la entrega de plenos poderes al ejército para efectuar la represión. El presidente cede, y las "fuerzas especiales" antiguerrilleras del ejército, provistas de cuadros por "consejeros" de los Estados Unidos, logran, después de algunos meses de lucha y después, asimismo, de haber bombardeado con napalm las aldeas campesinas, aislar y finalmente dar muerte a los guerrilleros. ¿Qué generales comandaron esa operación de *counter-insurgeney*? He aquí lo que declara el general Montagne, primer ministro del actual (41) gobierno militar: "No hay que olvidar que el general Velasco en persona, juntamente con el general Maldonado, ministro de gobierno, se halla en el origen de la liquidación de las guerrillas en nuestra patria" (42). Y añadamos que el general Velasco Alvarado era el representante peruano ante la junta interamericana de defensa (organismo que coordina los ejércitos latinoamericanos con el Pentágono).

La experiencia de los sindicatos campesinos de 1962 y la de las guerrillas de 1965 (que en cierta medida habían logrado implantarse en el campesinado) fortalecieron entre los militares las conclusiones que éstos habían sacado de sus estudios en el Centro de

Altos Estudios Militares: la "seguridad nacional" exige algunas reformas si se les quiere mover el piso a los revolucionarios; únicamente el desarrollo puede salvar a Perú de la "subversión". Asistimos así, entre ellos, a una especie de fusión ideológica entre la problemática económico-social del "desarrollismo" y la problemática político-militar de la *counter-insurgeney*. La quiebra y la impotencia del endeble reformismo civil de Belaúnde Terry y por fin el escándalo de los acuerdos petroleros con la IPC los convencieron de la necesidad de asumir directamente los cargos del poder.

Los militares y el imperialismo. Desde el punto de vista económico, Perú es prácticamente una semicolonias de Estados Unidos. Toda la producción minera esencial del país, la más importante red de ferrocarriles, las mayores industrias urbanas, las principales empresas de la pesca y de producción de harina de pescado, el sistema financiero, el comercio de exportación de los productos agrícolas, las industrias de montaje de vehículos, los servicios públicos más importantes, como la energía eléctrica y las telecomunicaciones: todos están bajo el control directo o indirecto de monopolios internacionales, sobre todo norteamericanos. Y con relación a este cuadro de dependencia económica casi total respecto de la metrópoli imperialista hay que medir las tristes medidas "nacionalistas" adoptadas por Velasco Alvarado.

La más importante y sensacional de ellas ha sido la expropiación de las instalaciones petroleras de la IPC (International Petroleum Company). Alvarado ha insistido sin descanso en el hecho de que se trataba de un caso excepcional. Efectivamente, al revés de las demás compañías, que pagan *royalties* al Estado peruano por sus concesiones petroleras (la propiedad del petróleo

pertenece, por ley, al Estado), la IPC pretendía poseer en cabal propiedad los pozos de Brea y Pariñas y se negaba a pagarle derechos al Estado. La "nacionalización" de esos pozos fue llevada a cabo, no por Velasco, sino por el gobierno de Belaúnde Terry, y ello dentro del marco de un acuerdo escandaloso: la IPC "cedía" los pozos al Estado en cambio de la abolición de su deuda (centenares de millones de dólares en carácter de derechos e impuestos que se había negado a pagar). Además, seguía siendo propietaria de la refinería de Talara, y, según una cláusula secreta del acuerdo, el petróleo continuaría siendo refinado y vendido por la IPC... Contra este acuerdo, convertido en verdadero escándalo público, se levantó el ejército, y en octubre de 1968 expropió la refinería de Talara.

Hay, pues, que reducir el asunto a sus justas proporciones: expropiación de la refinería de *una* compañía petrolera que se hallaba en conflicto con el Estado peruano y que se negaba a pagar sus deudas. Al mismo tiempo que se efectuaba esta expropiación, el gobierno *firmaba acuerdos con otras tres compañías*: Texaco, Belco Petroleum (la Belco produce actualmente el 39 por ciento del petróleo peruano) y Gulf Oil. Parece, por otra parte, que la propia IPC ha sido secretamente indemnizada en unos diecisiete millones de dólares. De todos modos, el general Alvarado insistió repetidas veces, en su mensaje sobre la expropiación de Talara, en el carácter excepcional de la medida: "Somos un pueblo generoso que siempre ha dado y continuará dando las garantías de la ley a los inversores extranjeros que hayan venido, que vengan o que vendrán a vivir y trabajar honradamente en nuestra tierra. El caso de la IPC es el caso de una compañía que ha violado nuestras leyes y que trata de malquistar a dos gobiernos amigos [...] *Su caso es único, es singular*. Por consiguiente, el gobierno revolucionario proclama ante el mundo

que ninguna otra compañía extranjera tiene razones para tener la menor preocupación" (43).

Dentro del marco de la ley de Reforma Agraria, algunas compañías norteamericanas han sido expropiadas (como la Grace Co.). Pero parece que el gobierno militar ha tenido sumo cuidado en exceptuar, en la medida de lo posible, a las empresas agrícolas norteamericanas. Según un periodista que ahora apoya al régimen militar (Ismael Frías), "con respecto a consideraciones de táctica internacional, la nueva ley ha respetado por el momento ciertas plantaciones industriales pertenecientes a los norteamericanos" (44). Y por otra parte el sistema de indemnización previsto por la ley de Reforma Agraria favorece sobremanera a las empresas modernas capaces de movilizar un capital líquido, categoría a la que pertenecen, evidentemente, las compañías norteamericanas.

Falta, pues, en punto a medidas "nacionalistas", la expulsión de la misión militar estadounidense —que no ha impedido que decenas de oficiales peruanos continúen adiestrándose en USA y Panamá y sobre todo la proclamación de las "200 millas" como límite de las aguas territoriales, lo que ha provocado conflictos con los barcos de pesca californianos, acostumbrados como estaban a pescar lo que quisieran en aguas peruanas. A este respecto conviene destacar dos hechos significativos: 1) los regímenes militares de Brasil y Argentina, que no son en modo alguno sospechosos de veleidades antiimperialistas, también han fijado el límite de sus aguas territoriales en 200 millas; 2) la industria de la pesca peruana es extranjera en más o menos el 40 por ciento, sobre todo norteamericana. El conflicto de las 200 millas es, pues, en gran medida, un conflicto entre las compañías de pesca norteamericanas con base en Perú y sus competidoras de California.

Frente a tales medidas "nacionalistas", débiles y ambiguas, el régimen militar ha hecho enormes concesiones sobre la principal riqueza de Perú: el cobre. Un acuerdo suscrito con la Southern Perú Copper concede a este monopolio norteamericano la explotación de los yacimientos de Cuajone, que se cuentan entre los más ricos del mundo. Este acuerdo fue el resultado de una lucha interna de la junta, que terminó con la victoria del ala más pro-imperialista, dirigida por el ministro de Finanzas, general Francisco Morales Bermúdez. Analizando el acontecimiento, el periodista norteamericano James Petras escribe en *Monthly Review* (febrero de 1970): "El nuevo acuerdo [con la Southern Perú Copper] es el signo de un definitivo acercamiento al gobierno norteamericano y marca el fin de la fase nacionalista de la Junta [...] El acercamiento político a USA y la firma del acuerdo sobre el cobre proporcionan la garantía para el resto de la comunidad internacional inversora de que el Perú es, pese a todo, seguro para la explotación capitalista [...] La junta militar ha escogido claramente la vía del desarrollo mediante la subordinación a la inversión extranjera". Agreguemos que sería completamente falso creer que esta concesión "hace juego" con la expropiación de la refinería de la IPC: no hay proporción alguna entre ambas, pues el petróleo representa, dentro de las exportaciones peruanas, 10,9 millones de dólares, y el cobre 234 millones. La relación entre estas dos cifras ilustra a maravilla el peso respectivo del "nacionalismo" y el del "cesionismo" del gobierno de Velasco Alvarado.

Por otra parte, y sin dejar de multiplicar las pomposas declamaciones sobre "los destinos superiores de la patria", "la dignidad nacional", "la soberanía y la independencia de Perú", etc., los militares en el poder insisten en todas sus declaraciones en su "buena voluntad" para con el capital extranjero y en el interés que éste tiene

en invertir en Perú. Por ejemplo, en un discurso pronunciado el 28 de julio de 1969, Velasco Alvarado destacaba: "El desarrollo de América latina necesita del capital extranjero. Pero este capital no viene aquí por razones filantrópicas. Viene por interés. Se trata, pues, de un interés mutuo, que debe normalizarse de manera clara y justa en beneficio de ambas partes. El capital extranjero debe actuar, por tanto, dentro del marco legal de nuestros países, bajo reglas que garanticen la justa participación de nuestros países en la riqueza que éstos y sus hombres producen". En el fondo, lo que Alvarado pide es una más "justa participación" de la burguesía peruana en la riqueza "que nuestros hombres producen", es decir, una mejor distribución de la plusvalía entre el imperialismo y sus socios locales, dentro del marco de la dependencia económica tradicional de Perú. No se trata en modo alguno de volver a cuestionar el principio de la explotación imperialista, como lo proclama Velasco Alvarado el 20 de marzo de 1970: "En las nuevas condiciones creadas por el cambio revolucionario, los inversores y los hombres de negocios modernos tienen todas las garantías y todos los alicientes a que legítimamente pueden aspirar. Y un gran número de hombres de negocios, a los que el gobierno apoya y estimula, así lo comprenden".

¿Cuál fue la reacción del imperialismo con respecto a las medidas falsamente antiimperialistas de la junta peruana? Fue, en realidad, una reacción extremadamente moderada. No hay ninguna sanción económica, y la célebre "enmienda Hickenlooper" (sanciones contra gobiernos que expropien empresas norteamericanas sin indemnizarlas) no ha sido aplicada. Dos meses después de la expropiación de la IPC, el gobierno militar peruano envía a Estados Unidos al señor Fernando Berckmeyer, conocido representante de los sectores industriales más pro-imperialistas, para que obtenga créditos del Fondo Monetario Internacional. Este se los

concedió. En agosto de 1969 el banco interamericano proporciona al gobierno peruano un préstamo de 80 millones de dólares. La Reforma Agraria merece las loas de Washington, por hallarse completamente dentro de la línea de la Alianza para el Progreso. Rockefeller escribía a su vez en su informe al presidente Nixon: "Un nuevo tipo de hombre militar está entrando en escena y pasa a ser con frecuencia una forma mayor para transformaciones sociales constructivas en las repúblicas americanas. Motivados por una creciente impaciencia respecto de la corrupción, de la ineficacia y del estancamiento político, los nuevos militares están preparados para adaptar su tradición autoritaria a los fines del progreso económico y social". Según *Newsweek* (5-1-1970), estas palabras se refieren precisamente a los regímenes militares populistas como el peruano. Charles Meyer, subsecretario de Estado para los asuntos interamericanos, declaraba por último el 13 de enero de 1970: "Los nuevos gobiernos militares de América latina están compuestos por oficiales patriotas y nacionalistas convencidos de que pueden promover el progreso de sus países, y no hay en ello ningún mal". Es verdad que ha habido cierta tensión entre Estados Unidos y el régimen de Velasco Alvarado a raíz de la IPC y de las 200 millas, pero con posterioridad al acuerdo de Cuajone ha vuelto el buen viejo tiempo. Marcel Niedergang relata la "grandísima satisfacción" de los medios de negocios norteamericanos de Lima a raíz del acuerdo: "Ahora esperamos nos ha dicho el director de uno de los principales grupos norteamericanos en Lima— que Cuajone acelere el ritmo de las inversiones extranjeras en la industria. Hacía un año que era el marasmo. Ahora todo va a cambiar. Las inversiones indirectas deberían alcanzar dentro de poco la suma de mil millones de dólares". (45)

¿Cómo explicar esta moderación de parte de Nixon, quien no pasa por ser especialmente tierno cuando se trata de defender los intereses vitales del imperialismo yanqui? Parécenos que hay que tomar en consideración varios factores

1) El miedo de repetir el error cometido en Cuba al estimular con represalias una dinámica antiimperialista, dinámica que en el caso de Perú terminaría por desbordar por la izquierda al gobierno militar.

2) El carácter sólidamente anticomunista de la junta y el hecho, de que el poder permanezca en las manos del ejército y de que todo movimiento popular "peligroso" es reprimido.

3) El carácter de las medidas adoptadas por el régimen militar, que no afectan al grueso de las inversiones norteamericanas en Perú ni ponen en tela de juicio el principio sacrosanto de la inversión yanqui; medidas, pues, que no cuestionan para nada el sistema de dominación imperialista.

4) El interés que demuestran los sectores más modernistas y "desarrollistas" del imperialismo por la "experiencia peruana". "En sus relaciones con los Estados Unidos la junta intenta asimismo apoyarse en los grupos norteamericanos que tienen interés en reinvertir aquí mismo en negocios rentables muy diversificados y, llegado el caso, en forma de participación en empresas nacionales (corporaciones multinacionales) contra los grupos más antiguos, que continúan explotando una mina o un producto y que son tan visibles como la nariz en medio de la cara. No es imposible que el régimen peruano esté precisamente promoviendo las reformas indispensables para que este tipo de inversiones, que suponen un mercado interior más elástico, se hagan rentables" (46). Esta hipótesis ha sido igualmente adoptada por Georges Fournial,

especialista del PC francés para los problemas de América latina, quien ha sostenido en una mesa redonda efectuada en la Ciudad Universitaria de París que el régimen peruano goza del sostén de los "sectores no belicistas" del imperialismo. Murphy, directivo de la CERRO de Pasco Copper Corporation, defiende esta causa el 12 de setiembre de 1970 en *Business Week*: "Tenemos que encontrar una nueva política económica en los países donde la hostilidad se vuelve grande para con las formas tradicionales de inversiones extranjeras. Debemos deslindar un terreno común que les permita a los capitales llegar sin dejar de acordar un derecho de control a nuestros huéspedes".

La reforma agraria. Si el "antiimperialismo" de la junta peruana es, en gran medida, una maniobra demagógica, es decir, si es, en último análisis, ficticio, en cambio su reformismo agrario es bien real. Los diferentes grupos marxistas peruanos están en general de acuerdo en calificar la reforma agraria del gobierno militar como una reforma capitalista avanzada. Es avanzada porque establece límites severos a la propiedad rural (máximo de 200 hectáreas irrigadas sobre la costa, y de 165 en la sierra) y porque evalúa la indemnización sobre la base de las declaraciones de impuesto sobre la propiedad rural. Es burguesa porque está basada en el principio de la indemnización de los latifundistas y del pago de la tierra por los campesinos, y sobre todo por el contexto político-social en el que se inserta: realizada dentro del marco del Estado burgués, con la finalidad de reforzar y desarrollar el capitalismo industrial.

¿Cuales son los efectos económicos de la reforma agraria? Los considerandos de la ley proclaman que "la reforma agraria debe contribuir decisivamente a la formación de un vasto mercado y suministrar el capital necesario para una rápida industrialización del

país". El primer aspecto (ampliación del mercado interno) es conocido y común a todos los proyectos de reforma agraria; el segundo (capitales para la industria) es relativamente nuevo. ¿De qué se trata? Según el artículo 1810 de la ley, los bonos de la deuda agraria, en principio pagaderos entre veinte y treinta años con un interés del 4 al 6 por ciento —bonos que deben indemnizar las tierras expropiadas por la reforma agraria—, pueden aceptarse al 100 por ciento de su valor por el banco estatal cuando sirven para financiar hasta el 50 por ciento del valor de una empresa industrial, a la que el propietario de los bonos aporta en capital el otro 50 por ciento del valor. En otros términos, los grandes monopolios agrícolas o agroindustriales, capaces de movilizar grandes sumas de capital, podrán ser' inmediata y totalmente indemnizados por el Estado, con la condición de que inviertan masivamente en la industria. No obstante, la oligarquía rural decadente y en declinación estará obligada a contentarse con bonos de la deuda agraria. He aquí el comentario completamente pertinente de Niedergang a este respecto: "El objetivo implícito de la reforma, que consiste en transferir una parte del capital de la oligarquía terrateniente a la industrialización del país, ordena asimismo a los dirigentes no forzar nada ni quebrantar la producción. Ahí mismo se descubre que esta preocupación es respetada y que algunos grandes propietarios peruanos o extranjeros no han acogido la reforma con excesiva consternación. Hasta parece evidente que las mayores empresas tienen las mayores posibilidades -debido al juego de los créditos, de la indemnización y de los préstamos de reconvertir sus beneficios en las empresas industriales" (47).

Por otra parte, ¿cuál es la finalidad política de la reforma agraria y del "desarrollismo" de la junta? A raíz de una reciente visita a Argentina, el general Montagne, primer ministro del gobierno peruano, explicó a sus colegas los generales argentinos que

la reforma agraria era en Perú un bastión contra el comunismo. Los militares peruanos no hacen más que aplicar la lección que aprendieron en el Centro de Altos Estudios Militares y en su praxis contrarrevolucionaria de 1962 a 1965: las reformas y el desarrollo son la mejor garantía de la "seguridad nacional" contra el peligro de la subversión. Es el *leitmotiv* de varios discursos del ministro de Relaciones Exteriores de la junta, general Mercado Jarrín, autor, por lo demás, de un ensayo que lleva el título extremadamente sugestivo de *La política y la estrategia en la guerra contrasubversiva en América latina*. Pide además Mercado Jarrín para esa tarea la ayuda económica del imperialismo norteamericano, explicando qué se trata, en último análisis, de la seguridad del sistema imperialista mismo: "Si no se cierra la brecha profunda que separa siempre más a la América latina del mundo industrializado, la seguridad y la estabilidad propias de los sistemas reinantes en este mundo no podrán ser ya garantizadas indefinidamente, porque el desarrollo y la seguridad están estrechamente vinculados en el universo interdependiente de la época actual" (48). Y: "Los Estados industrializados deben aceptar el hecho de que hoy por hoy la miseria es, no importa en qué rincón del mundo, una amenaza para su modo de vida, y que por consiguiente sus responsabilidades económicas y sociales no pueden limitarse a las fronteras nacionales" (49).

Sin dejar de reconocer el carácter relativamente avanzado de la reforma agraria peruana, no hay que olvidar algunas limitaciones de la ley y sobre todo de su aplicación:

1) La ley admite "excepciones" para ciertas empresas agrícolas modernas. Por ejemplo, según el artículo 29°, haciendas ganaderas pueden alcanzar hasta seis mil hectáreas de pasturas si

lleen ciertas condiciones: rotación racional de las pasturas, salarios superiores en un 10 por ciento al mínimo, etc.

2) No se ve dónde encontrará el gobierno los fondos para indemnizar a los propietarios, proporcionar créditos a los pequeños campesinos y a las cooperativas, etc. A menos que los Estados Unidos escuchen las sugerencias del general Mercado Jarrín y financien la reforma agraria.

3) La reforma ha sido aplicada con mayor intensidad en las plantaciones de caña de azúcar, que son un sector más bien decadente y en las que se encuentra un alto número de empresas en quiebra. Para éstas, la reforma equivale a una socialización de las pérdidas. Niedergang transcribe las siguientes palabras de nuevo administrador de Cayalti, una enorme plantación azucarera expropiada: "Cayalti tiene pesadas deudas [...]. Habría que reducir el personal, hacer una selección, eliminar el personal improductivo, es decir, comenzar por medidas impopulares y duras". Y al final de su artículo sobre Cayalti agrega Niedergang: "La reforma, por espectacular que sea en las plantaciones de caña de azúcar, ha exceptuado, por lo menos hasta ahora, a los 'algodoneros', otro sector oligárquico del litoral norte, y progresa con discreta lentitud en la sierra" (50).

La "neutralización" del movimiento popular es el otro rostro de la política de modernización capitalista de la junta. Varios movimientos de campesinos, obreros y estudiantes han sido brutalmente reprimidos por el poder.

En conclusión, la semirrevolución de los militares peruanos, sin dejar de ser en algunos aspectos más radical que la de los regímenes bonapartistas de Brasil, Argentina y Guatemala, ha conservado un carácter profundamente autoritario y jerárquico y no

ha permitido (al igual que los movimientos de Perón, Arbenz y Goulart) una verdadera movilización de las masas. Por la realización extensiva de la reforma agraria, se parece más bien a la experiencia mexicana o boliviana, menos, por supuesto, el movimiento revolucionario campesino.

3) Conclusiones

Si durante algunos períodos el Estado bonapartista puede adquirir un alto grado de autonomía con respecto a la burguesía y buscar un apoyo en las masas populares para oponerse al imperialismo y la oligarquía (Lázaro Cárdenas, Arbenz, Perón, etc. Cf. los análisis de Trotsky sobre el México de 1938), no por ello deja de tratarse en todos los casos de un fenómeno transitorio, destinado a ser, a corto o mediano plazo, derrocado (Guatemala 1954, Argentina 1955, Brasil 1964) por las bandas armadas del Capital, o "recuperado" por el sistema (México después de 1940).

En su conjunto, la historia de las revoluciones o semirrevoluciones burguesas en América latina es la de la incapacidad orgánica de la burguesía latinoamericana para llevar a cabo las tareas tradicionales de la revolución democrática de una manera duradera, radical y definitiva.

3

Teoría y práctica de la revolución permanente en América latina

1) Los principios

Esbozada por Marx en algunos escritos, sobre todo en la *Circular de marzo de 1950 de la Liga de los Comunistas*, la teoría de la revolución permanente fue desarrollada por Trotsky a partir de 1905, antes que nada en su folleto *Balance y perspectivas* (1906), cuyas tesis centrales son:

1) Por la fuerza del desarrollo desigual y combinado, la Rusia zarista poseía, sin dejar de ser un país atrasado y semifeudal, fábricas modernas con dimensiones y un grado de concentración equivalentes a los de los más adelantados países capitalistas. Como es industria rusa era en gran parte de capital extranjero, el peso social y político del proletariado ruso, concentrado y organizado en las grandes ciudades, era superior al de la débil burguesía liberal rusa, aplastada por la preponderancia económica del Estado absolutista, por una parte (despotismo asiático), y el imperialismo, por la otra.

2) En 1789 la burguesía democrática francesa dirigió la lucha contra el absolutismo feudal, arrastrando tras de sí a la masa de los descamisados, informe e incoherente. En 1848, en Alemania, la burguesía tuvo miedo de una sublevación popular; fue menos confiada y se sintió menos segura de su homóloga francesa. La revolución se hundió porque ninguna clase se hallaba en condiciones de dirigirla. La burguesía *ya no era* lo bastante revolucionaria, y el proletariado *todavía no era* lo bastante fuerte ni estaba suficientemente organizado para ponerse al frente del movimiento.

En la revolución rusa de 1905 la rueda había dado una vuelta completa. La burguesía era a la vez demasiado débil y temerosa ante el proletariado para luchar con decisión contra el zarismo. En cambio el proletariado ruso, mucho más poderoso que el proletariado alemán de 1848, había asimilado las últimas enseñanzas del socialismo europeo y aparecía como la vanguardia electiva de la revolución contra el absolutismo.

3) Por consiguiente, la próxima revolución rusa desembocaría en la toma del poder por el proletariado, sostenido por el campesinado. Contra los mencheviques, que explicaban que la atrasada Rusia no había madurado para una revolución proletaria, Trotsky respondía: "En un país económicamente atrasado, el proletariado puede tomar el poder con mayor rapidez que en los países adelantados [...]. Imaginar que la dictadura del proletariado depende automáticamente del desarrollo técnico y de los recursos de un país es un prejuicio del materialismo economicista simplificado hasta lo absurdo. Este punto de vista no tiene nada en común con el marxismo" (51).

4) Una vez en el poder, el proletariado, apoyado por el campesinado, no podrá acantonarse dentro de marco de la revolución democrático-burguesa: por una parte, porque la dominación política del proletariado es incompatible con su esclavitud económica; por la otra, porque la realización de las tareas democráticas se encadena necesariamente con la realización de las tareas socialistas. El proletariado abolirá, por tanto, el régimen feudal, y además estará obligado a atacar los fundamentos mismos del capitalismo, con lo que tomará, así, medidas de carácter socialista.

La revolución permanente es el transcrecimiento de la revolución democrática en revolución socialista.

Lo esencial de estas tesis fue retomado por Lenin en abril de 1917 y constituyó la trama misma de la estrategia bolchevique en la Revolución de octubre.

En 1929 Trotsky escribía su folleto titulado La revolución permanente, que, a partir del balance de la revolución rusa de 1917 y del fracaso de la revolución china de 1927, formulaba una crítica de la teoría stalinista de la revolución por etapas y esbozaba los principios generales de la revolución permanente para todos los países coloniales y semicoloniales:

1) Una lucha de liberación democrático-nacional, dirigida por la burguesía, no producirá más que resultados muy parciales, que no corresponden a los intereses fundamentales de las masas trabajadoras y que rápidamente desembocan en la represión contra los obreros y los campesinos (como en China en 1927). Bajo la presión de las masas, la burguesía nacional puede dar algunos pasos "a la izquierda" pero sólo para reprimir en seguida al pueblo con mayor saña.

2) El proletariado aliado al campesinado deberá hacer trizas la dominación de los feudales y de los imperialistas. Tanto el problema agrario como el problema nacional asignan al campesinado, que constituye la enorme mayoría de la población de los países atrasados, un papel primordial y el campesinado, las tareas de la revolución democrática no pueden resolverse. Pero la alianza de estas dos clases no se realizará al margen de una lucha implacable contra la influencia de la burguesía liberal nacional.

Sin embargo, sea cual fuere su importancia revolucionaria (y es enorme), el campesinado no puede desempeñar un papel independiente y menos aún un papel dirigente. El campesino sigue, o al obrero, o al burgués.

3) En las condiciones de la era imperialista, la verdadera solución de las tareas democráticas y de liberación nacional en los países con desarrollo burgués retrasado, y de modo especial para los países coloniales y semicoloniales, sólo puede efectuarse gracias a una *dicta-dura del proletariado sostenida por las masas campesinas*.

4) La dictadura del proletariado que ha tomado el poder como forma dirigente de la revolución democrática se ve inevitable y rápidamente ante tareas que habrán de forzarla a realizar profundas incursiones en el derecho de propiedad burgués. La revolución democrática se transforma directamente, en el curso de su desarrollo, en revolución socialista y se convierte, así, en *revolución permanente*. No hay, por tanto, valor ninguno en la distinción tan pedante como congelada que han establecido los stalinistas entre países "maduros" y países "no maduros" para la revolución socialista. Y por lo demás la revolución, haya tenido comienzo en uno o en varios países, sólo podrá ser completada en escala universal.

2) Los antecedentes latinoamericanos

La Internacional Comunista había formulado con toda claridad en la época de Lenin una estrategia de revolución permanente para América latina. Un documento redactado por el Comité Ejecutivo de la IC (del que Lenin formaba parte) en setiembre de 1920 y titulado *La revolución americana* analiza en los siguientes términos la revolución mexicana, "ejemplo típico y trágico" para las masas latinoamericanas: "Los campesinos sojuzgados se sublevan y hacen una revolución. El fruto de su victoria les es robado por explotadores capitalistas, aventureros políticos y aspaventeros 'socialistas'...". Y ésta es la conclusión que

extraía el Komintern leninista: "Los campesinos oprimidos y traicionados deben ser despertados para la acción y la organización revolucionarias. Se les debe inculcar la verdad de que no pueden liberarse por sí solos, en su condición de campesinos, *y que deben unirse al proletariado para la lucha común contra el capitalismo*. El Partido Comunista debe acercarse a los campesinos. No debe hacerlo con fórmulas y teorías abstractas, sino con un programa práctico apto para despertar a los campesinos para *la lucha contra el terrateniente y contra el capitalista* La unión entre los campesinos pobres y el proletariado es absolutamente indispensable; *únicamente la revolución proletaria puede liberar a los campesinos*, echando el poder del capital. Únicamente la revolución agraria puede impedir que la revolución proletaria sea aplastada por la contrarrevolución" (52).

Hay en las anteriores líneas más sabiduría revolucionaria que en centenares y miles de páginas embadurnadas por los Luis Carlos Prestes y demás Blas Roca. Son páginas que muestran que:

a) la estrategia de revolución permanente no implica en modo alguno (como pretende la falsificación stalinista) una "subestimación del campesinado";

b) la unión obrero-campesina es la base social de la revolución en América Latina;

c) el enemigo por vencer es a un tiempo el terrateniente y el capitalista.

Formados en la escuela del leninismo, los primeros marxistas latinoamericanos, los "grandes antepasados" del movimiento comunista en el continente, formularon tesis cuya orientación general era la de la revolución permanente.

José Carlos Mariátegui, el primero y uno de los mayores pensadores marxistas de América latina, fundador del Partido Comunista peruano, escribía en un documento fechado en junio de 1929 (*Carta colectiva del grupo de Lima*): "Contra la América del norte, capitalista, plutocrática e imperialista, sólo se puede oponer eficazmente una América latina, o ibérica, socialista. La época de la libre competencia en la economía capitalista ha terminado en todos los campos y bajo todos sus aspectos. Estamos en la época de los monopolios, es decir, de los imperios. Los países latinoamericanos han llegado con retraso a la competición capitalista [...]. El destino de estos países dentro del orden capitalista es el de simples colonias [...]. La revolución latinoamericana no será ni más ni menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será pura y simplemente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, los adjetivos que deseáis: 'antimperialista'. 'agraria', 'nacionalista revolucionaria'. El socialismo supone, precede y engloba a todos ellos" (53). La similitud con las concepciones de Trotsky es evidente, y por lo demás ha sido subrayada por los especialistas en la obra de Mariátegui (54).

Por otra parte, Julio Antonio Mella, fundador del PC cubano, asesinado en 1929 por los agentes del dictador Machado, escribía en 1928 un folleto contra el APRA, el partido nacionalista burgués de Haya de la Torre que había sido considerado durante cierto período como el "Kuomintang latinoamericano" con el que había que aliarse. En su folleto, Mella asentaba las siguientes líneas, que no han perdido absolutamente nada de su actualidad: "Un buen país burgués con un gobierno estable: tal lo que los Estados Unidos quieren de cada nación de América, un régimen en el que las burguesías nacionales sean los accionistas menores de las grandes empresas [...]. Para hablar concretamente, la liberación nacional absoluta sólo

será obtenida por el proletariado, y ello por medio de la revolución obrera"(55). Con la degeneración stalinista-menchevique de los PC latinoamericanos sobrevenida después de 1935, la bandera de la revolución permanente sólo será sostenida en el continente americano, durante largos años, por la oposición de izquierda y poco después por la Cuarta Internacional.

Trotsky mismo escribió relativamente poco sobre América latina. Uno de sus textos más interesantes al respecto es un artículo de 1934 (citado en el Manifiesto de mayo de 1940 de la PV Internacional), que lanza la célebre consigna de los Estados Unidos Socialistas de América latina:

"La América del sur y la central no pueden librarse del retraso y de la servidumbre más que por la unión de todos sus Estados en una poderosa federación. Esta tarea histórica grandiosa no será realizada por la atrasada burguesía sudamericana, agencia enteramente prostituida del imperialismo extranjero sino por el joven proletariado de la América del sur, destinado a ser el dirigente de las masas oprimidas. En consecuencia, la consigna en la lucha contra la violencia y las intrigas del capitalismo mundial y contra la obra sangrienta de las pandillas compradoras indígenas es: "Por los Estados Unidos soviéticos de la América del sur y central"(56).

Treinta años antes de la carta del Che Guevara a la Tricontinental, el fundador de la Cuarta Internacional había subrayado ya el carácter continental de la revolución en América latina y su naturaleza socialista, y atribuido al proletariado latinoamericano la gigantesca tarea unificadora esbozada por Bolívar, que las oligarquías locales habían hecho fracasar.

En ese mismo año de 1934 en una reunión de exiliados políticos bolivianos, se fundaba en Córdoba, el POR, Partido Obrero

Revolucionario de Bolivia, que iba a convertirse en la organización trotskista más importante de América latina.

En noviembre de 1946, se reunió en Pulacayo, Bolivia, un congreso de la Federación sindical de los mineros bolivianos, donde se aprobó un programa revolucionario inspirado por el POR, uno de los más notables documentos políticos del movimiento obrero latinoamericano: las *Tesis de Pulacayo*. La idea central de ese texto lo constituye precisamente la perspectiva estratégica de la revolución permanente: "La revolución proletaria en Bolivia no significa la exclusión de otras capas explotadas de la población, sino la alianza revolucionaria del proletariado con el campesinado, los artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía. La dictadura del proletariado es la expresión estatal de esta alianza. La consigna de revolución y dictadura del proletariado subraya el hecho de que la clase trabajadora será el nuevo dirigente de esa transformación y de ese Estado. Por el contrario, plantear que por su naturaleza la revolución democrática burguesa debe ser llevada a cabo por los sectores "progresistas" de la burguesía, y que el estado futuro será un gobierno de unidad y de concordia nacionales, sólo expresa la firme intención de estrangular al movimiento revolucionario en los cuadros de la democracia burguesa. Una vez en el poder, los trabajadores no podrán detenerlo indefinidamente en los marcos democrático-burgueses y estarán obligados, día tras día, a asestar golpes cada vez mayores al régimen de la propiedad privada, de suerte tal que la revolución tomará un carácter de permanente (57).

El 9 de abril de 1952, el POR participa en el gran levantamiento del proletariado boliviano que ataca con dinamita al viejo Estado oligárquico. A iniciativa de los militantes del POR, el 7 de abril de 1952 se crea la COB (Central obrera boliviana), que al

cabo de algunas semanas se presenta como un verdadero órgano de "doble poder". El primer programa de la COB, redactado a fines de 1952 por el cantarada Hugo González Moscoso del POR proclamaba: "El proletariado boliviano es el más joven de América latina, pero también el más combativo y el más avanzado políticamente. Su elevada conciencia de clase ha superado el nivel de la lucha puramente económica, reformista y conciliadora. Su objetivo es la transformación completa de la sociedad bajo su dirección revolucionaria, en tanto que guía de toda la nación. Las tareas que históricamente corresponden a la burguesía serán realizadas por el proletariado"(58). Sin embargo, el POR es demasiado débil para poder asumir de manera efectiva la dirección del movimiento de masas y no puede impedir que el MNR tome el poder y engañe a los trabajadores con su demagogia "de izquierda". De 1952 a 1955, el POR va a luchar para profundizar la revolución en las ciudades, las minas y el campo, mientras que el MNR, con el apoyo del PIR (Partido de la izquierda revolucionaria; el partido stalinista de Bolivia) que participa en el gobierno, intenta y logra poner un dique, estabilizar, canalizar e "institucionalizar" el proceso revolucionario, antes de traicionarlo completamente. He aquí el testimonio a este respecto de un observador "no desinteresado": el informe de la Confederación interamericana de defensa del continente, organización para la guerra fría dirigida por el almirante brasileiro anticomunista Penna Botto(59): "La revolución en Bolivia, infectada (*sic*) sobre todo por el sector trotskista, se ha profundizado según los métodos clásicos del marxismo y ha avanzado con gran velocidad [...]. El comunismo stalinista ha constituido un factor moderador [...]. Urquidí Morales, stalinista ferviente, no ha podido, desgraciadamente, impedir más que en parte que la reforma agraria signifique un desorden aún mayor y una ruina aún más grave para la

agricultura boliviana (60)". Es necesario leer también el análisis del autor norteamericano R. W. Patch: "Los campesinos se habían organizado y, lejos de asociarse con el gobierno, se aliaron con el POR, partido de extrema izquierda (...). La reforma agraria era ya una realidad, antes de que fuera una ley. Los campesinos se dividían la tierra por propia iniciativa y expulsaban a los latifundistas de las propiedades." (61) Es cierto que el POR ha cometido muchos errores tácticos durante este período, especialmente en la décima conferencia de 1953, cuando se aprobó la línea de "presión sobre el gobierno del MNR". Esta desviación oportunista fue corregida en 1954-55, gracias al encarrilamiento del partido por la fracción proletaria internacionalista dirigida por el camarada González Moscoso.

La debilidad organizativa del POR —cuya influencia política superaba en mucho su capacidad efectiva de encuadramiento— ha permitido a la demagogia ultraradical del MNR (ayudada por los stalinistas) neutralizar las masas y hacer abortar la revolución boliviana, impidiendo su desarrollo ininterrumpido hacia el socialismo.

Sin embargo, vencida en Bolivia la revolución proletaria -ese viejo topo que abre sus caminos subterráneos en todos los continentes iba a reaparecer, menos de diez años más tarde, y esta vez para triunfar, en Cuba en 1959-60.

3) La revolución permanente en Cuba

En un análisis de la revolución rusa redactado en 1918, Rosa Luxemburgo escribía: "el *equilibrio* no puede mantenerse en ninguna revolución; una ley natural exige una decisión rápida: o bien la locomotora puede subir la pendiente de la historia hasta su punto más alto, o bien arrastrada por su propio peso, retrocede rodando

hasta el fondo de aquélla, llevando al abismo, sin esperanzas de salvación, a los que con sus débiles fuerzas hubieran querido detenerla a medio camino" (62).

Esta frase resume, de manera notable, la diferencia fundamental entre las revoluciones de México, de Bolivia y de Guatemala, retenidas a mitad de camino para retornar "al fondo de la pendiente", y la revolución cubana que por su avance hacia el socialismo ha "subido la pendiente de la historia".

La primera etapa de la realización de la revolución permanente ha sido la destrucción total, completa y sistemática del aparato represivo: el ejército y la policía del régimen de Batista fueron disueltos (los torturadores implicados en crímenes de guerra fueron ejecutados) y reemplazados por el Ejército Rebelde y, más tarde, por las milicias obreras y campesinas. Además, el aparato de Estado fue considerablemente depurado; el parlamento, las autoridades provinciales y locales disueltas. Sólo el aparato jurídico fue conservado, por el momento.

Esas medidas, y en especial la disolución de las bandas armadas del Estado capitalista (gracias a la victoria de la guerrilla y de la huelga general de enero de 1959) han sido la condición *primera, fundamental e indispensable* de todo el desarrollo ulterior de la revolución cubana' y de su rápida radicalización; radicalización que, por otra parte, fue prevista por el Che, quien desde *abril de 1959*, en una entrevista a un periodista chino hablaba de un "*desarrollo ininterrumpido de la revolución*" y de la necesidad de abolir "el sistema social" existente y sus "fundamentos económicos" (63).

La segunda etapa fue la reforma agraria (mayo de 1959) que tuvo también de inmediato consecuencias antiimperialistas, ya que el

40 % de las tierras a expropiar pertenecían a trusts norteamericanos, entre los cuales el tristemente célebre "Mama Yuni" (United Fruit Corporation), eminencia gris de todas las "repúblicas bananeras" de América central.

Ahora bien, desde el momento que los intereses de los terratenientes y del imperialismo se quedaron afectados, los representantes de la burguesía reformista, que hasta entonces habían aceptado colaborar con Fidel, se rebelaron contra él, obstruyeron por todos los medios la ley de reforma agraria y lanzaron gritos histéricos contra el "peligro comunista". La dimisión del presidente Urrutia, y la huida a los Estados Unidos en julio de 1959 del mayor Díaz Lanz, un derechista del Movimiento del 26 de julio, lo subrayaron. En Cuba el campo de fuerzas sociales comenzaba rápidamente a polarizarse: frente al bloque revolucionario de intelectuales "jacobinos", de campesinos y trabajadores, la Santa Alianza de los propietarios agrarios, los burgueses y el imperialismo.

He aquí el análisis efectuado por la IV Internacional con respecto a la revolución cubana en septiembre de 1959, en momentos en que por todas partes proliferaban las chacharas sobre la "ausencia de ideología de la revolución castrista" y su contradicción con los "viejos esquemas marxistas", etc.:

"La revolución democrática burguesa cubana, por impregnada que esté de color local, no deja de obedecer a las leyes de la revolución permanente de nuestra época. (...) Comenzada necesariamente como revolución democrática burguesa, tanto del punto de vista de su dirección como de las tareas inmediatas a realizar -independencia con relación al imperialismo, reforma agraria— ella se ha visto rápidamente envuelta en las contradicciones propias de toda verdadera revolución en nuestra

época. Para que esas tareas democráticas burguesas puedan hallar una solución radical, es preciso luchar resueltamente contra el imperialismo y las fuerzas reaccionarias indígenas, incluso la burguesía, apoyándose ampliamente en la movilización y la organización revolucionaria de las masas campesinas y proletarias. Esto obliga a la revolución a ir más allá del marco burgués y a desarrollarse, de algún modo, orgánicamente como revolución proletaria y socialista" (64).

Inútil añadir que el desarrollo orgánico de la revolución cubana hacia el socialismo en junio-octubre de 1960, iba a confirmar de manera brillante y muy rápidamente esta previsión. El punto de partida de ese proceso fue la negativa de las compañías Texaco, Esso y Shell de refinar el petróleo soviético, importado a cambio de azúcar cubana según el acuerdo comercial soviético-cubano del 17 de junio de 1960, a un mes apenas del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países. La respuesta no se hizo esperar: el 29 y 30 de junio, el gobierno cubano embargaba las instalaciones de los trusts petroleros.

El mismo día la Cámara de Representantes de los Estados Unidos votaba la ley de reducción de la cuota de azúcar de Cuba, y cinco días más tarde, quedaba suspendida toda la importación de azúcar cubana. Y otra vez la respuesta de los revolucionarios fue inmediata: el 6 de julio, una ley otorgaba al gobierno cubano "plenos poderes para proceder a la nacionalización de las empresas y de los bienes de propiedad de las personas físicas o morales de los Estados Unidos". Algunos días después, la URSS ofrece su apoyo militar a Cuba y se dispone a adquirir el azúcar cubano rechazado por los norteamericanos. Finalmente, el 6 de agosto un decreto proclama *la expropiación de los principales monopolios norteamericanos* en

Cuba: teléfonos, electricidad, petróleo, centrales azucareras, industrias, etc. (...) al tiempo que Fidel anuncia, en la tarde del mismo día, en un discurso al Congreso latinoamericano de la juventud, la constitución de *milicias obreras y campesinas*.

¿Cómo ha reaccionado la burguesía "nacional" cubana ante esas medidas antiimperialistas radicales? Con el pánico, la emigración a Miami, la exportación de capitales, el sabotaje económico, la parálisis de los negocios. Frente al espectro aterrador de la revolución, la burguesía cubana ha ido a refugiarse bajo el ala protectora del imperialismo norteamericano.

Ante ese desafío, los revolucionarios cubanos no tenían más que una alternativa: golpear o capitular. En octubre de 1960, el régimen de Fidel y de Guevara golpea al capital nacional y franquea, así, el último paso hacia el socialismo: el 14 las principales empresas comerciales e industriales cubanas son nacionalizadas, lo mismo que prácticamente todos los bancos nacionales y extranjeros; tres días más tarde, la ley de reforma urbana proclama el derecho de los locatarios a la propiedad de sus hogares y expropia los trusts inmobiliarios.

El Che Guevara subraya con razón la estrecha ligazón entre todas las medidas del poder revolucionario, de la reforma agraria a la expropiación de los capitalistas, medidas cuyo "encadenamiento lógico nos condujo desde la primera a la última, en un proceso progresivo y necesario" (65).

Las tentativas de los contrarrevolucionarios cubanos de Miami y del imperialismo de los Estados Unidos (el "liberal" Kennedy...) de aplicar a Cuba, enferma de fiebre revolucionaria, la "terapéutica guatemalteca", en abril de 1961, fracasará miserablemente. En la bahía de Cochinos, las milicias obreras

aplastan en sesenta y dos horas al llamado "Ejército de Liberación" *made in US*. Con las armas en las manos, el proletariado confirmaba así, su papel de primera fuerza revolucionaria del país. Pocos días después, el 1º de mayo de 1961, Fidel proclamaría "oficialmente" el carácter socialista de la revolución cubana ante una multitud inmensa de milicianos, trabajadores, estudiantes, obreros y campesinos que llevaban banderas rojas y banderolas con la inscripción: *¡Viva nuestra revolución socialista!*

No es un azar el que la revolución socialista cubana haya sido conducida no por el viejo partido stalinista de la isla, sino por una nueva dirección revolucionaria que, libre de la pesada hipoteca ideológica del stalinismo-menchevismo, se ha atrevido a atacar las bases mismas del capitalismo, para descubrir, empíricamente, el camino del triunfo, el camino de la revolución permanente.

Tampoco es por azar si la burguesía cubana, sus hombres de negocios, sus cuadros superiores, sus jueces y políticos corrompidos, frente al alza del movimiento popular en 1959, frente a la amenaza de los trabajadores y campesinos armados, se han aliado con la oligarquía rural y con el imperialismo, pasándose literalmente con "armas y bagajes" al bando de la contrarrevolución. Uno ve así, en el seno del frente de emigrados de Miami que ha preparado la invasión de playa Girón, la asociación de antiguos esbirros del régimen de Batista con burgueses "liberales" (Miró Cardona) y con ex-miembros del ala derecha del 26 de julio (Manuel Ray), todo bajo la protección activa del imperialismo norteamericano.

La revolución cubana ha trastocado completamente la relación de fuerzas en América latina y terminado con la hegemonía político-ideológica del reformismo en el continente. Durante la década del 60, la IV Internacional ya no estará más aislada en su

lucha por la revolución permanente en América latina: un gran número de grupos y de nuevas corrientes, inspiradas por el ejemplo cubano, levantarán también la bandera roja de la revolución socialista continental.

El primero en hacerlo fue el mismo Che Guevara. Desde 1963, en su ensayo, *Guerra de guerrilla: un método*, el Che había insistido en que, en América latina "cuando las vanguardias armadas de los pueblos tomen el poder, tendrán que liquidar en sus países a un mismo tiempo, el imperialismo y los explotadores locales. Ellas tendrán que cristalizar la primera etapa de la revolución socialista; podrán comenzar a construir el socialismo" (66). Pero el escrito del Che que en este terreno ha tenido mayor resonancia, el que ha alimentado la reflexión de toda una nueva generación revolucionaria en América latina (y en otros lugares) ha sido la célebre *Carta a la Tricontinental* de 1967, en la que Guevara declara categóricamente: "La liberación real de los pueblos [...] tomará ineludiblemente en América, la característica de una revolución socialista [...]. Las burguesías nacionales ya no son capaces, en absoluto, de oponerse al imperialismo -si es que alguna vez lo han sido- y forman ahora su retaguardia. *No hay otro camino a seguir: o revolución socialista o caricatura de revolución*" (67)

En el curso de los años 60, bajo la influencia de la experiencia cubana, de los textos del Che y también, con frecuencia, de las tesis del movimiento trotskista, como de sus propias experiencias en la lucha, muchas organizaciones de vanguardia se van a pronunciar por una estrategia de revolución permanente: el MIR de Chile, Vanguardia Revolucionaria en Perú, el POC (Partido obrero comunista), la VAR-Palmares y el MR-8 de Brasil, Douglas Bravo y las FALN de Venezuela, Yon Sosa y las FAR de

Guatemala, el Frente sandinista de Nicaragua, los Tupamaros en Uruguay, etc. No es de extrañar, por lo tanto, que esa estrategia haya sido aprobada por el congreso de las OLAS, en agosto de 1967, la que en su resolución general afirmó: "El contenido esencial de la revolución en América latina reside en su confrontación con el imperialismo y las oligarquías agrarias y burguesas. En consecuencia, el carácter de la revolución lo da la lucha por la independencia nacional, por la emancipación de la presión de las oligarquías y por su total desarrollo económico y social por el camino del socialismo".

Así, después de más de treinta años de monopolio ideológico del mito stalinista de la "etapa democrático-burguesa", la vanguardia revolucionaria de América latina comenzaba a encontrar, al fin, el camino del leninismo.

Por su reconocimiento explícito y riguroso del carácter *continental* de la revolución latinoamericana, contra el nacionalismo estrecho de los patriotas burgueses y de los nacional-reformistas, el congreso de la OLAS ha representado también un paso importante; ha subrayado la comunidad histórica de los pueblos latinoamericanos en el pasado, su unidad presente en la lucha contra el enemigo imperialista y su porvenir común en el seno de una América latina liberada de la explotación y la opresión.

Los revolucionarios latinoamericanos adherían así a las tesis de Trotsky sobre América latina de 1934: la revolución socialista no puede encerrarse en los límites de un solo país; ella tiende a traspasar las fronteras nacionales para extenderse a todo el continente, hasta llegar al establecimiento de la Federación de los Estados socialistas de América latina.

4

La revolución permanente en América latina hoy en día

1) Los fundamentos económicos de la revolución permanente en América latina.

La base teórica que permitió a Trotsky en 1905 analizar la Rusia zarista, la ley del desarrollo desigual y combinado, es también la única que permite explicar la naturaleza de las formaciones económico-sociales de América latina. Sin embargo, a diferencia de las de Rusia, esas formaciones no han tenido un pasado feudal propiamente dicho; se han constituido ya en el interior del sistema capitalista (mercantilismo) mundial. La historia de América latina comienza directamente con el absolutismo (siglo XVI) y el capitalismo comercial, aunque en ciertos sectores se han formado relaciones sociales precapitalistas (esclavitud, servidumbre). Pero aun esas relaciones sociales se han insertado en un sistema productivo fundamentalmente capitalista, ligado al mercado mundial, que exportaba minerales (oro, plata, cobre, etc.) y productos agrícolas (azúcar, café, carne) hacia las metrópolis coloniales. El siglo XX ve desarrollar en el continente una industria que del punto de vista económico, financiero y tecnológico llega a ser cada vez más dependiente de los centros motores del progreso capitalista, las metrópolis imperialistas.

El resultado de ese proceso de desarrollo desigual y combinado es la constitución de formaciones sociales caracterizadas por una amalgama de formas arcaicas y modernas, precapitalistas atrasadas y burguesas monopólicas, agrarias "tradicionales" y capitalistas avanzadas, técnicamente antediluvianas y de tecnología

ultramoderna. Empero, no se trata de ningún modo de un pretendido "dualismo" como lo afirma cierta escuela de pensamiento, representada por sociólogos" burgueses y economistas pseudo-marxistas. Las sociedades latinoamericanas constituyen, cada una, un conjunto global y coherente en el que domina el capitalismo. Como lo subraya Marx: "En todas las formas de la sociedad, es una producción determinada y las relaciones que ella engendra, la que asigna a todas las otras producciones y a sus relaciones, su rango e importancia. Es como un alumbrado general que absorbe a todos los colores, y cuyas particularidades específicas son modificadas por aquél" (68). En las formaciones sociales de América latina, es el capitalismo, en tanto que modo de producción dominante, el que "modifica las tonalidades específicas" de las relaciones precapitalistas, el que las integra a su lógica, las recompone a su manera, las absorbe y "desnaturaliza"; el que las hace funcionar en su marco estructural, de acuerdo a sus necesidades e intereses. La hegemonía capitalista impregna la estructura de la formación social y subordina al mecanismo de la ganancia el conjunto del sistema productivo. Esto era válido para la esclavitud hasta el siglo XIX y sigue siendo válido para toda una serie de relaciones de tipo precapitalista que persisten en el campo latinoamericano: trabajo gratuito para el terrateniente, renta en especie, poder señorial del latifundista sobre "sus" campesinos, huasipungo, coloniaje, peonato cambio, etc.

Para los ideólogos dualistas (como J. Lambert, autor del libro "Les Deux Brésils), hay en los países latinoamericanos dos sectores socioeconómicos distintos: el sector moderno capitalista en vías de desarrollo, y el sector feudal, arcaico, subdesarrollado, cortado o aislado de la expansión capitalista y del mercado. Ahora bien, como lo han demostrado inagistralmente André Gunder Frank, el

subdesarrollo no es el producto de un pretendido "aislamiento", sino precisamente el de la inserción en el sistema capitalista mundial:

"Para tomar un ejemplo, el subdesarrollo del noreste brasileiro, que es hoy día una de las regiones más pobres del globo (...) no es debido al "aislamiento", la "cultura arcaica" y el "régimen feudal", que Lambert y muchos otros, de los cuales por desgracia, demasiados titulados marxistas, consideran la causa. Al contrario, el subdesarrollo del noreste brasileiro debe relacionarse con la contradicción dialéctica interna fundamental del sistema mercantilista (luego capitalista) unitario y único, contradicción que ha provocado (...) la depresión de la economía azucarera brasileña en el siglo XVII, el sacrificio en el siglo XVIII de la esclavitud a los intereses textiles británicos, el desplazamiento de la metrópolis brasileña hacia la región del sur productora de café, que hoy día despliega nuevos métodos para extraer el capital del nordeste en provecho de las metrópolis mundiales y de la brasileira" (69).

En realidad, la teoría dualista del "sector feudal", considerado como el obstáculo para el desarrollo económico capitalista, sirve de fundamento ideológico a los economistas burgueses para una estrategia política reformista de "modernización" de la agricultura y de "desarrollismo" industrial, o de revolución democrática "antifeudal" para los "marxistas". Ahora bien, la unidad estructural de las formaciones sociales latinoamericanas, y su dominación por el modo de producción capitalista; la desigualdad del desarrollo según las regiones, ramas y sectores de la economía en función de las necesidades de las metrópolis; la combinación compleja y contradictoria entre las formas modernas y las formas precapitalistas en la agricultura, en el interior de un marco

fundamentalmente capitalista, comportan algunas consecuencias sociales y políticas decisivas:

1) La "revolución antifeudal" es un mito, puesto que no hay "sector económico feudal" y el obstáculo al desarrollo es el mismo capitalismo, que "desarrolla el subdesarrollo", según la feliz expresión de Gunder Frank. Es el capitalismo mismo el responsable de las desigualdades regionales, del monocultivo, de la miseria y de la ignorancia de las masas campesinas, de los métodos brutales de explotación de los trabajadores agrícolas, del endeudamiento de los "minifundistas". En consecuencia, sólo una revolución anticapitalista puede resolver de manera efectiva el problema agrario y liberar a los campesinos de su pobreza y del subdesarrollo.

2) La burguesía industrial y la oligarquía rural están ligadas por una relación de cooperación antagónica que corresponde a la estructura misma de la formación social y a su interés común en el mantenimiento del sistema capitalista. En cada país, el bloque en el poder refleja la relación de fuerzas y el grado de unidad contradictorio entre las dos clases. La hegemonía de la fracción monopolista industrial llega a ser, cada vez más, la tendencia dominante. Esta hegemonía puede asumir a veces una forma bonapartista-populista, y aún reformista-agraria; sin embargo, en vez de llevar una lucha a muerte contra la oligarquía rural, la fracción monopolista industrial se limita a cambiar la dirección de la acumulación del capital en un sentido más favorable al desarrollo industrial. Es importante estudiar a fin de observar el reflejo a nivel ideológico de esta cooperación, los resultados de las investigaciones efectuadas por el sociólogo brasileiro Fernando Henrique Cardoso. El 88 % de los grandes empresarios industriales en Brasil y la Argentina, piensan que no hay

una contradicción de fondo entre los sectores rurales y el sector industrial (70).

3) El campesinado tiende, cada vez más, a convertirse en una masa con carácter proletario o semiproletario, lo que tiene evidentes implicaciones políticas,

a) Facilita considerablemente la alianza obrera-campesina.

b) Ofrece un terreno favorable para la transformación de la revolución democrática en el campo. Por ejemplo: Cuba 1959-63, con relación a las dificultades que se conocieron en Rusia (1917-1933) en donde la agricultura tenía efectivamente, antes de 1917, un carácter precapitalista.

La demostración por Gunder Frank, Luis Vitale (Chile), Caio Prado Junior (Brasil) y otros, del carácter fundamentalmente capitalista de la agricultura latinoamericana, no hace más que volver todavía más aleatoria una pretendida etapa revolucionaria democrático-burguesa "antifeudal", la que, por otra parte, ni siquiera ha tenido lugar en un país de estructura agraria semifeudal como Rusia, donde el proletariado, aliado al campesinado, ha sido el único capaz de romper las relaciones precapitalistas y de inmediato y en un proceso ininterrumpido, las mismas relaciones capitalistas. En ese sentido las tesis de Gunder Frank y de los marxistas latinoamericanos deben ser consideradas como un argumento adicional a favor de una estrategia de revolución permanente, como la prueba de que la fusión entre las tareas democráticas burguesas y las tareas socialistas, en lo que respecta a la cuestión agraria, es todavía mayor en América latina que en Rusia o China.

En el sector industrial, la cooperación antagónica en un marco de creciente dependencia económica, caracteriza las

relaciones entre la burguesía "nacional" y el imperialismo. Después del fracaso económico y político de las diversas tentativas de desarrollo nacional "autónomo" (Vargas, Perón, Goulart, etc.), la burguesía nacional latinoamericana (especialmente la de los grandes países semiindustrializados del continente: Argentina, Brasil, México) ha elegido el camino de la cooperación con el capital imperialista. Esa elección no implica, en absoluto, la ausencia de conflictos, obstáculos, dificultades, choques, antagonismo, captura de barcos de pesca, discursos nacionalistas y a veces aún de algunas expropiaciones (con indemnización); sin embargo, esas contradicciones se sitúan en el interior del marco fundamental e inquebrantable de una integración económica con el capital imperialista mundial. Esta integración puede asumir las formas más diversas y más complejas, de las cuales una de las más en voga actualmente es la asociación en una misma empresa del capital imperialista privado (multinacional), el capital industrial "nacional", del capital bancario internacional y del capital estatal "nacional".

Un ejemplo característico: el gran combinado de la industria frigorífica levantado en la Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay bajo el patrocinio de la AID (Asociación para el desarrollo internacional), banca controlada por los Estados Unidos con la participación de capitales "nacionales" de esos países, así como de la ADELA, compañía multinacional privada, en la que se hallan asociados el grupo Rockefeller, el Chase Manhattan Bank, el Deutsche Bank, el trust Svsvift de Chicago, etc. (71).

Ese proceso no es específico de América latina, sino que corresponde a una tendencia general hacia la concentración e internacionalización del sistema capitalista mundial bajo la hegemonía de los grandes monopolios imperialistas multinacionales

que dominan las economías capitalistas subdesarrolladas y "periféricas" por su superioridad técnica y financiera.

En el cuadro de esta asociación entre el capitalismo "nacional" y los centros imperialistas, el capital público, estatal, de los países latinoamericanos desempeña un papel cada vez más importante. Es preciso, a ese respecto disipar las ilusiones expandidas por el nacional-reformismo sobre las virtudes "nacionalistas" "progresistas" y hasta "antiimperialistas" del capitalismo de estado y de las empresas públicas en América latina. El verdadero papel de las inversiones públicas es el de proveer la infraestructura para el libre desarrollo de las empresas privadas nacionales y sobre todo imperialistas. He aquí algunos pasajes reveladores de un documento extraordinariamente cínico, recientemente publicado por el consulado brasileiro en Nueva York:

"La falta de capital es uno de los principales problemas de todos los países en vía de desarrollo. Falta sobre todo en los sectores de base -la infraestructura económica o preparación del terreno- en los cuales el capital foráneo o el doméstico no quieren o no puede asumir los riesgos y la larga espera de la rentabilidad.

"Pero si el terreno no está preparado, si no existen disponibles el combustible, el acero, los transportes y las principales bases de la producción, el capital privado no invertirá en los sectores secundarios y la economía del país quedará estancada.

"Es por eso que el gobierno brasileiro ha asumido el papel de gran empresario en esos sectores de base [...].

"El propósito del gobierno en esa actividad es siempre la de posibilitar que el capital privado, una vez establecida esa base, desa-

rolle con provecho sus empresas y construya de ese modo la economía global del país [...].

"Así el gobierno de Brasil se ha convertido en uno de los principales empresarios. Y lo ha hecho sólo con el fin premeditado de hacer posible que la empresa privada ocupe su lugar en los sectores donde en la etapa actual puede hacerlo.

"Por ejemplo, luego de que la industria automotriz logró su despegue, la Compañía nacional del acero, vendió su participación del 40 % en Simca do Brasil a la Chrysler. El 82 % del gobierno en la Fábrica Nacional de Motores ha sido vendido a Alfa Romeo. El 32 % de las acciones en las Acerías Usiminas fue vendido a inversores japoneses. Decenas de empresas similares, fundadas con capital gubernamental, son ahora privadas"(72).

Hemos citado de manera extensa ese texto oficial del régimen militar brasileiro, porque confiesa sin el menor pudor las prácticas que los otros gobiernos latinoamericanos tratan cuidadosamente de camuflar bajo el ruido y la humareda de incontables discursos patrióticos y de declaraciones nacionalistas.

En realidad, la imagen de una burguesía nacional independiente, antiimperialista, hasta nacionalista-revolucionaria, que utiliza el Estado como instrumento de expropiación masiva y de lucha radical contra los trusts norteamericanos, aparece ahora en América latina como un mito tan poco realista como la visita de Papá Noel. La asociación íntima y fraternal entre el capital estatal y los monopolios extranjeros es, hoy en día, lo general en América latina, incluso en el Perú de los militares "nacionalistas", hasta "revolucionarios"; según recientes noticias, la Occidental Petroleum ha firmado un contrato por treinta y cinco años para la explotación del petróleo peruano del Amazonas, contrato que significa una

asociación a medias con la empresa estatal Petroperu. Resultado de este acuerdo: asalto general al "oro negro" peruano. La Tenneco, la Union, la Pan Occan y la Shell Oil están ya en tren de negociar con Petroperu (73).

La asociación económica, financiera y tecnológica (sin hablar de la política y militar) entre la burguesía llamada nacional y los grandes monopolios multinacionales; el lazo indisoluble que une en América latina el capitalismo al imperialismo, así como la incapacidad de esa burguesía para llevar una lucha consecuente contra el dominio imperialista, tales son los fundamentos socio-económicos de la fusión entre las tareas antiimperialistas y socialistas, entre la liberación nacional y la abolición del capitalismo, en un proceso de revolución permanente.

2) La base social de la revolución socialista: la alianza obrera-campesina.

La única fuerza capaz de hacer la revolución latinoamericana y de impulsarla a su transformación en socialista es la alianza de los trabajadores de las ciudades y del campo, asociados con los estudiantes, los intelectuales, las capas medias radicalizadas y el subproletariado de los sin trabajo.

En la mayor parte de los países del continente, el campesinado constituye todavía la mayoría de la población. Brutalmente explotados por los latifundistas nacionales o por las empresas extranjeras, esclavizados por las deudas, engañados por reformas agrarias ficticias, aplastados por la miseria, las enfermedades endémicas, la desocupación, el analfabetismo y la represión policial; sometidos a menudo a la opresión nacional (indios del Perú, de Guatemala, de Bolivia, etc.), los campesinos son, sin duda alguna, los "condenados de la tierra" del continente

latinoamericano. Ellos pueden ser considerados, como lo prueban los ejemplos mejicano, boliviano y cubano, como una inmensa fuerza potencialmente revolucionaria, e incluso en muchos países como la principal fuerza revolucionaria. Esto es cierto con respecto al proletariado agrícola y también a los medieros, y hasta a los pequeños campesinos pobres que por otra parte han constituido en Cuba, Guatemala y Nicaragua la primera base social de la guerrilla y, en Brasil, la mayor parte de los miembros de las ligas campesinas. Sin embargo esta enorme fuerza dispersa, amorfa e inorgánica, necesita de una dirección que no puede llegarle nada más que del reformismo burgués o del partido proletario. En el primer caso, como sucedió en México y en Bolivia, la revolución será desviada hacia un mísero callejón sin salida capitalista; en el segundo, como el Cuba, el paso hacia el socialismo será posible.

La dirección proletaria del movimiento campesino no debe entenderse, necesariamente, en un sentido sociológico inmediato, sino sobre todo en el sentido de dirección político-ideológica, dirección de una vanguardia organizada que representa los intereses históricos del proletariado y se guía por su ideología, el marxismo leninismo (cualquiera que sea, por otra parte, su composición social en un momento dado).

El proletariado latinoamericano es una fuerza cuyo peso político y social supera en mucho su cantidad numérica. No sólo en la Argentina y Uruguay, donde constituye la aplastante mayoría de la población activa, sino también en Chile, Brasil, México, República Dominicana, Bolivia, la clase obrera y las masas urbanas han desempeñado, en el curso de los últimos diez años, un papel revolucionario cada vez más importante. La realidad ha desmentido de manera radical las teorías neo-fanonistas acerca de la

"aristocracia obrera" en América latina y sobre el carácter "naturalmente" reformista del proletariado del continente. No sólo el nivel de vida de las masas obreras no ha aumentado, sino que en muchos países (Uruguay, Brasil, Argentina), el deterioro de los salarios reales se ha acentuado en los últimos años, a veces en proporciones dramáticas (por ejemplo, en Brasil el salario mínimo real ha caído de un índice 100 en 1963, a un índice 56 a fin de 1969). Por otra parte, el extraordinario levantamiento urbano de Santo Domingo en 1965 y, posteriormente, la rebelión obrera en Córdoba en 1969 (convertida, bajo el nombre de *Cordobazo*, en el nuevo espectro que turba el sueño de los gorilas latinoamericanos) son suficientes para demostrar el vacío teórico de las ideologías que, partiendo de una interpretación falsa y abusiva de la experiencia cubana, querrían negar todo papel revolucionario al proletariado de América latina.

Es preciso añadir, sin embargo, que también en las grandes urbes latinoamericanas existe una gran masa de subproletarios calificados de "marginados", semidesocupados, desocupados, desclasados, lumpen, etc., que en razón de su débil desarrollo, de su gran concentración y, últimamente, de su alto nivel tecnológico, importado de las metrópolis imperialistas sin que esto sea contradictorio sino fruto del desarrollo desigual y combinado-, la industria no puede, absorber, ¿Esa vasta masa "plebeya" origen rural, inestable y explosiva, que se concentra alrededor de los grandes centros urbanos del continente (*barriadas* en Lima, *callampas* en Santiago, *ranchitas* en Caracas, *villas miseria* en Buenos Aires, *tugurios* en Bogotá, *favelas* en Río de Janeiro), puede tanto servir de masa de maniobra a los demagogos burgueses populistas (Pérez Jiménez en Venezuela, Rojas Pinilla en Colombia) como de "base roja" a los movimientos revolucionarios (FLN en

Venezuela, en 1963; MIR en Chile, en 1970, etcétera). Esto depende, entre otras cosas, de una actitud justa de la vanguardia hacia esos "marginados". "La intervención política debe fijarse como objetivo el acercamiento de ese subproletariado de la clase Obrera, y no la defensa exclusiva de los intereses de esta última; ese es un error que se ha cometido. El desprecio en que a veces se tiene a tal "lumpen-proletariado" no puede más que corromper a los trabajadores más favorecidos, en detrimento del papel histórico que se les quiere hacer desempeñar. Muchos militantes han tenido ocasión de constatar, el potencial revolucionario de los habitantes, de las barriadas" (74). Eso no significa, como quisieran ciertos "innovadores", que sea necesario transformar a los subproletarios en la vanguardia de la revolución en reemplazo del proletariado.

Una última fuerza urbana, cuya importancia decisiva es preciso no subestimar, la constituyen los estudiantes. Por diversas razones (desocupación intelectual, radicalización mundial de la juventud, crisis de los valores y de la ideología burguesa, cambio de la composición social de la población escolarizada), el movimiento estudiantil tiende rápidamente a convertirse en una fuerza antiimperialista consecuente, y aún anticapitalista, cualquiera que sea su punto de partida. Por consiguiente, conviene considerarlo no sólo como una reserva de cuadros para las organizaciones revolucionarias, sino como "una verdadera fuerza política y social, susceptible de estimular y profundizar, por su intervención, las crisis revolucionarias" (75).

Dicho esto, y sin subestimar en ningún modo el papel de los estudiantes, el de ciertas categorías de pequeño-burgueses (en Brasil y Uruguay, por ejemplo, todo un sector de clases medias "modernas": intelectuales, profesores, cuadros de ingenieros,

arquitectos, economistas, planificadores, etcétera, ha apoyado activamente la guerrilla urbana durante los años 1968 a 1970) y el de los subproletarios "marginados", no hay duda que la revolución no tendrá lugar más que por la movilización de los trabajadores de la ciudad y del campo; la alianza obrera-campesina sigue siendo hoy día el eje social estratégico de la revolución permanente en América latina.

¿Cuál es la base objetiva de esta alianza? Algunos discípulos latinoamericanos de A. Emmanuel, como Carlos Romeo, pretenden que en los países del Tercer Mundo en general y en América latina en particular "la industria nacional explota a la agricultura nacional. Los capitalistas y los obreros urbanos del mundo subdesarrollado se aprovechan de los precios baratos de productos procedentes de la agricultura y las minas". En consecuencia, según él, la explotación del proletariado del Tercer Mundo por los capitalistas se halla ¡"mitigada por la participación en la explotación conjunta" de los campesinos! Con ese tipo de argumento fantástico, se podría también acusar a los campesinos, miserables y explotados, de participar en la renta territorial que los terratenientes arrancan a los capitalistas. En realidad, tanto los campesinos como los trabajadores son explotados, bajo formas y grados diferentes, por la oligarquía burguesa-latifundista asociada al imperialismo, y no se pueden librar de ese enemigo *común* más que uniendo sus esfuerzos. El interés del proletariado es abolir la renta territorial, lo que permitiría *a la vez* bajar los precios de los productos agrícolas y aumentar el nivel de vida de los campesinos. Además, el proletariado -minoría en la mayor de los países del continente sabe que "sin el coro de los campesinos el solo de la revolución proletaria corre el riesgo de transformarse en el canto del

Cisne" (Marx). En cuanto al campesinado, su interés consiste *en* sostener la revolución proletaria socialista, porque:

a) en los países donde la alianza entre la burguesía industrial, la oligarquía agraria y los monopolios imperialistas impide toda reforma agraria (Brasil, Colombia, Guatemala, Nicaragua, Santo Domingo, etcétera) sólo la revolución proletaria puede liquidar el duro dominio de la gran propiedad-territorial y del imperialismo, y liberar a las masas campesinas.

b) en los países donde han tenido lugar las reformas agrarias burguesas (Bolivia, México), sólo una revolución proletaria puede librar a los campesinos de los nuevos terratenientes burgueses, de los usureros, de las grandes empresas capitalistas comerciales, y mediante una reorganización socialista de la agricultura, abolir la miseria, la desocupación, las enfermedades endémicas y el analfabetismo.

Pero si la alianza obrera-campesina corresponde a los intereses objetivos de las dos clases, ella no se realiza espontáneamente. En la historia de las revoluciones latinoamericanas hay frecuentes y desastrosas faltas de coincidencias en el ascenso político de ambas clases: en el momento en que los obreros se sublevan, el campesinado se mantiene apático o es aún empleado como masa de maniobra por la reacción (Bolivia, 1965-70), o viceversa (México, 1915-1919). La coordinación, la combinación, la unión concreta y la dirección común del movimiento revolucionario de los campesinos y obreros constituyen, por lo tanto, una tarea política conciente que debe ser asumida por *el partido proletario de vanguardia*.

¿Cuál es el peso específico de la clase obrera y del campesinado en ese frente común? Ese problema ha dado lugar a

querellas interminables (acompañadas de múltiples escisiones) en el seno de la izquierda revolucionaria latinoamericana. Parece sin embargo que poco a poco tiende a lograrse cierto consenso sobre el hecho de que en algunos países es, evidentemente, el proletariado urbano la principal base social de la revolución (Argentina, Uruguay, Chile), mientras que en otros (Colombia, Guatemala, Nicaragua), la fuerza revolucionaria más importante es el campesinado (al menos por todo un período del proceso revolucionario) aún cuando la *dirección* de la lucha debe asumir, también en estos países, un carácter proletario por su programa e ideología. El problema resulta más complejo en los lugares (Brasil, México, Venezuela, Perú, Bolivia) donde el predominio agrario o urbano no es tan evidente, y donde resulta difícil prever de antemano qué sector desempeñará el papel de fuerza principal; es decir, países donde en consecuencia la vanguardia tiene que repartirse *simultáneamente* entre las ciudades y el campo. En los casos en que haya transcrecimiento de una revolución democrática en socialista, es posible que el papel del campesinado sea el determinante en el primer período y el del proletariado en el segundo (ejemplo: Cuba 1957-59, y 1960-61).

3) Revolución permanente y lucha armada

En América latina, la lucha armada es la única vía posible para su liberación. Esto no es un axioma dogmático, ni una obsesión romántica por las armas, sino la consecuencia lógica del carácter socialista de la revolución. En efecto: si la revolución sólo fuera "nacionalista" y democrática burguesa, ella podría contar (teóricamente) con el apoyo de algunos partidos burgueses "progresistas" mayoritarios en el terreno electoral, así como con una

parte del aparato del estado, y sobre todo del ejército. La tesis de las "vías pacíficas" de los partidos stalinistas es por eso totalmente coherente con su premisa estratégica: la revolución por etapas. Y no tiene nada de sorprendente que algunos de esos partidos (Guatemala, Venezuela), después de haber utilizado durante un cierto período la lucha armada como táctica (medio de presión sobre la burguesía) hayan terminado siempre por abandonar la guerrilla para volver a su tradicional juego electoral.

Dado que la revolución es socialista, y su base social la alianza obrera-campesina, ella debe necesariamente, inevitablemente, quebrar el aparato capitalista y disolver las bandas armadas del capital, esos cuerpos especiales encargados de la represión (policía, ejército). No está excluido que este enfrentamiento tenga lugar después de una victoria electoral de las fuerzas populares (¿Chile?), que comience con una división en el seno del ejército (República Dominicana, 1965), o que no tenga desde sus comienzos un carácter socialista explícito (Cuba, 1957-59). Sin embargo, esos fenómenos serán más bien excepcionales: la regla en la mayor parte de los países del continente, será la *guerra revolucionaria prolongada*, basada a un mismo tiempo sobre la guerrilla campesina y las luchas obreras en las grandes ciudades bajo la dirección de un partido proletario revolucionario. Esta guerra será llevada a cabo al comienzo contra la policía y el ejército "nacionales" y enseguida, muy probablemente, contra la intervención armada del imperialismo que, como en Santo Domingo, correrá en ayuda del régimen burgués amenazado en América latina. Sea como fuere, la profundización de la revolución, su desarrollo permanente, su transcrecimiento en revolución socialista, tiene como primera y fundamental condición la destrucción del aparato represivo burgués. En tanto que este permanezca intacto, el

movimiento popular terminará por ser abatido o bien "obligado a reacomodarse" bajo la amenaza de la espada de Damocles de los militares, hundiéndose así en las arenas movedizas de un reformismo impotente.

Pues bien, ese aparato represivo, que representa los intereses históricos de las clases dominantes, no ha sido jamás eliminado sin oponer una desesperada resistencia. En consecuencia, al ejército de la burguesía es preciso oponer el ejército de los trabajadores, en el que se integrarán los soldados, suboficiales y oficiales del ejército regular que se pasen al bando de la revolución (como Turcios Lima y el capitán Lamarca). Es por tal razón que las organizaciones de vanguardia que han asimilado la estrategia de la revolución permanente son las defensoras más intransigentes de la "vía armada" en toda América latina, y las más insensibles a los cantos de sirena de los "militares progresistas" y de otros patriotas profesionales. El caso de Chile presentado abusivamente, como modelo de la "vía pacífica por los reformistas de todo pelaje (quienes prevaliéndose, precisamente, de esa experiencia han vuelto últimamente a recobrar fuerzas en América latina) no invalida de ningún modo esa premisa. Los partidos obreros y pequeño-burgueses tienen allí *el gobierno*, pero no *el poder*. El poder económico, la gran prensa, el aparato represivo del Estado (ejército, policía), el aparato judicial y la burocracia, siguen estando en manos de la burguesía y sólo podrán serles arrancados por medio de un *enfrentamiento violento*. De ello están plenamente concientes los sectores revolucionarios de la izquierda chilena, los que se preparan activamente para esa prueba de fuerza, "absolutamente inevitable si es que el gobierno de Allende intenta *realmente* aplicar su programa sobre el "comienzo de la construcción del socialismo en Chile". En Chile, como por lo demás en cualquier otro lugar, *la alternativa*

es: capitulación reformista o revolución armada. El tercer camino: pacífico, parlamentario e idílico no existe más que en los sueños despiertos de los socialdemócratas y stalinistas (76).

4) La IV Internacional y la revolución latinoamericana

Durante los doce últimos años, desde la revolución cubana, América latina ha conocido un extraordinario desarrollo de luchas de masas obreras, campesinas y estudiantiles, de movimientos de guerrillas rurales y urbanas, y de insurrecciones populares. Durante todo ese período, la IV Internacional no ha sido "un comentarista de la lucha de clases": a pesar de las persecuciones policiales, las calumnias stalinistas, las escisiones y las defecciones, las principales secciones latinoamericanas de la Internacional han estado a la vanguardia de la lucha revolucionaria de sus países como *combatientes*:

en Perú, un dirigente del FIR (Frente de izquierda revolucionaria) trotskista, Hugo Blanco, ha lanzado uno de los más grandes movimientos de masas campesinas en la historia reciente del continente al organizar en el valle de la Convención, en 1961-63 la potente Federación de los sindicatos campesinos de Cuzco, que ocuparon las tierras de grandes terratenientes y se defendieron contra la policía con una milicia de campesinos armados. Además, el FIR ha sido la primera organización latinoamericana que en la década del 60 utilizó el método de expropiación revolucionaria de los bancos. En 1962, un comando dirigido por los militantes trotskistas Daniel Pereyra y José Martorell recuperó varios millones de soles en el Banco de Crédito de Miraflores.

—en Bolivia, el POR, sección boliviana de la IV Internacional, fue el único partido político que apoyó incondicionalmente la guerrilla del Che en 1967, y que enseguida colaboró estrechamente con Inti Peredo en la lucha contra el régimen de Barrientos (1968-69). En 1971, el POR, que no puso confianza alguna en los militares "nacionalistas", estuvo en la vanguardia de la resistencia armada contra el golpe de estado; un miembro del comité central del partido, Tomas Chambi, murió en el campo de batalla."

—en Argentina, el PRT (Partido revolucionario de los trabajadores, trotskista) ha tenido un papel de primera importancia, y desde 1970, por intermedio de su organización armada, el ERP (Ejército revolucionario del pueblo) lleva a cabo un gran número de acciones armadas: ocupación de fábricas, ataques a comisarías y cuarteles, expropiaciones de bancos, ejecuciones de generales verdugos, etc.

Superado el equívoco posadista (77), la IV Internacional puede jugar ahora un papel decisivo como catalizador político en el seno de la izquierda revolucionaria del continente. Para esto tendrá que aliarse con el ala más consecuente de la corriente de la OLAS, aquélla que mientras continúa incondicionalmente solidaria de Cuba revolucionaria, mantiene plena independencia con respecto a la política de ese país (Perú, etc.). Deberá también llevar una lucha ideológica intransigente, no sólo contra el reformismo stalinista tradicional, sino igualmente contra la versión maoísta de la "revolución por etapas", al mismo tiempo que una discusión fraternal con las corrientes revolucionarias no-stalinistas que, en razón de una concepción empírica-militarista de la revolución, se niegan a definirse claramente por un programa socialista. Sin embargo, la IV Internacional llegará a ser un polo para los

revolucionarios de América latina no sólo por las posiciones políticas e ideológicas que adopte, sino en la medida en que sus secciones continúen mostrando, en la práctica, su rigor y su combatividad, en la vanguardia de la guerra revolucionaria por la liberación de los pueblos latinoamericanos.

5

Conclusión: Diez tesis sobre la revolución permanente en América latina

I La teoría stalinista de la revolución por etapa es una vuelta al menchevismo; su aplicación ciega y obstinada por los PC de América latina desde 1935 a nuestros días, ha tenido como consecuencia sólo una política de seguidismo detrás de la burguesía, de capitulación oportunista y de traición objetiva a los intereses históricos del proletariado. Esta estrategia nacional-reformista, y el rechazo de los PC a conducir una política proletaria independiente, es uno de los factores responsables de muchas derrotas obreras: Guatemala 1954, Brasil, 1964, etc.

II. El modo de producción dominante en América latina, aún en el campo, es capitalista, estrechamente asociado a los monopolios imperialistas. Hablar de una revolución "antifeudal" y/o "nacionalista" (burguesa), significa estar en contradicción con la misma naturaleza de las relaciones de producción del continente. En América latina una verdadera revolución tendrá un carácter a la vez agrario, antiimperialista y anticapitalista.

III. Las revoluciones o semirrevoluciones burguesas en América latina, tanto las que han sido impulsadas por un potente movimiento popular, como las que han sido llevadas a cabo "desde arriba" han degenerado, o simplemente han abortado, y han sido incapaces de cambiar de manera radical la miserable condición del campesinado y, sobre todo, de librar a sus países de la dominación imperialista.

IV. Esta incapacidad de la burguesía latinoamericana de cumplir sus tareas históricas y desempeñar un papel revolucionario consecuente se debe a múltiples factores:

-llegada con retardo a la escena histórica, es ya conservadora antes de haber podido ser revolucionaria; está amenazada por el proletariado antes de poder oponerse al imperialismo.

-por sus innumerables lazos económicos, financieros, políticos y militares con el imperialismo (y frecuentemente con la oligarquía agraria) no puede ponerse a la cabeza de un movimiento nacional-democrático verdaderamente revolucionario (cualesquiera sean, por otra parte, sus contradicciones con esos sectores por el reparto de la plusvalía);

-después de la polarización del campo de la lucha de clases que siguió a la revolución cubana, la burguesía llamada nacional tiende cada vez más a buscar su salvación en la asociación económica con el imperialismo norteamericano y bajo su protección militar.

V. Las fuerzas sociales capaces de llevar a cabo las tareas tradicionales de la revolución democrática (el problema agrario y la liberación nacional) son: el proletariado, el campesinado, los estudiantes, los intelectuales, las capas pequeño-burguesas radicalizadas y las masas urbanas conocidas por "marginados", bajo la dirección de un partido revolucionario proletario (por su programa y su ideología). En esa revolución, las masas campesinas tendrán, en la mayor parte de esos países, un papel decisivo, con la condición que se constituya la alianza de los trabajadores de la ciudad y el campo bajo dirección proletaria y en un combate político encarnizado contra la influencia de la burguesía en el seno del campesinado y de las masas urbanas.

VI. Sea cual fuere su forma inicial y las fases transitorias de su desarrollo, un poder revolucionario capaz de llevar a cabo las tareas democráticas deberá convertirse, al fin y al cabo, en un Estado de tipo obrero, sostenido por la inmensa mayoría de las masas, trabajadoras urbanas y rurales.

VII. Teniendo en cuenta los lazos económicos-políticos entre la burguesía local y el imperialismo, las tareas de liberación nacional sólo pueden realizarse en combinación con las propiamente socialistas. A través de un proceso de *revolución permanente*, la revolución democrática verdadera se transforma necesariamente en revolución socialista, como lo muestra el ejemplo cubano de 1959 a 1961. En tal sentido, todos los países del continente están "maduros" para una revolución socialista, y toda tentativa de negarlo en nombre del "nivel de las fuerzas productivas", es pura y simplemente una vuelta al economismo menchevique. "No hay otro camino a seguir: o revolución socialista o caricatura de revolución".

VIII. El carácter, en último análisis, socialista de la revolución latinoamericana, determina la necesidad e inevitabilidad de un enfrentamiento armado que destruya el aparato represivo del Estado burgués, enfrentamiento que en la mayoría de los países tomará la forma de una guerra revolucionaria prolongada.

IX. Por su propia dinámica, la revolución latinoamericana tiene un carácter continental. Nacida en un país (Cuba), tiende a pasar las barreras nacionales y a unir en un mismo combate contra las clases dominantes y el imperialismo (asociados en la OEA, la junta interamericana de defensa, etc.), a todos los pueblos de América latina. El ejemplo de Santo Domingo muestra el carácter continental de la contra-revolución. La tarea de la vanguardia es, por consiguiente, la de coordinar los diferentes frentes de la lucha

revolucionaria en la guerra común, cuyo objetivo final es la liberación del continente y el establecimiento de la Federación de los Estados socialistas de América latina.

X. La probabilidad de una intervención imperialista contra la revolución en América latina (como en Santo Domingo en 1965 o bajo forma de guerra imperialista prolongada) pone también a la orden del día la coordinación entre los revolucionarios latinoamericanos y los revolucionarios de América del norte y de los demás países imperialistas. El ejemplo vietnamita muestra la importancia de la lucha contra la guerra imperialista en el seno mismo de la fortaleza norteamericana, la lucha por la desmoralización del ejército imperialista y por el retiro de las fuerzas intervencionistas. La IV Internacional podrá contribuir de manera decisiva a la realización de esta tarea de solidaridad revolucionaria.

La teoría de la revolución permanente no es nueva en América latina: se la encuentra explícitamente formulada en los textos del Komintern leninista (1920), en los escritos de los fundadores del comunismo latinoamericano (Mariátegui, Mella) y en los documentos del movimiento trotskysta. Pero particularmente en el curso de la década de 1960, a la luz de la revolución cubana y de los escritos del Che, una nueva generación militante va a encontrar en América latina las fuentes del marxismo revolucionario y va, asimismo, a entablar sus combates bajo la bandera de la revolución permanente. Dedicamos estas páginas a la memoria de tres heroicos representantes de esa generación: Luis Eduardo Merlino (Brasil), Tomás Chambi (Bolivia) y Luis Enrique Pujals (Argentina), militantes trotskystas, miembros de la IV Internacional, muertos en el combate por la revolución socialista latinoamericana y mundial.

Notas

- 1 Citado por León Trotsky: "La Révolution chinoise et les thèses de Stalin" en: P. Broué, *La Question chinoise dans l'Internationale communiste*. E.D.I., págs. 147 y 182.
- 2 Internacional comunista.
- 3 Saverio Tutino, *l'Octobre cubain*, Cahiers libres, F. Maspero.
- 4 K.S. Karol, Les Guérilleros au pouvoir. ed. Laffont, pp. 87 y 91, y L. Aguilar, Marxism in Latin America, p. 32.
- 5 K.S. Karol, *ob. cit.*, p. 90.
- 6 Blas Roca, *Por qué y para qué participan los comunistas en el gabinete* Ed. Sociales, La Habana, marzo de 1943, p. 3.
- 7 Cf. Blas Roca, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Ed. Populares. 1961, pp. 195-200.
- 8 En R.J. Alexander, *Communism in Latin America*, Rutgers University Press, 1957. pp. 290-291.
- 9 En: L. Aguilar, *ob. cit.*, pp. 137-138
- 10 Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*, Ed. Sociales, p. 94.
- 11 Blas Roca y Lázaro Peña, *La Colaboración entre obreros y patronos*. Ed. Sociales, La Habana, 1945, p. 8.
- 12 Resolución de la III Asamblea Nacional, enero de 1946, en: Blas Roca, *¡Al combate!* ED. del PSP., 1946, p. 66.
- 13 Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*, p. 48.
- 14 En: K.S. Karol, *ob. cit.*, p. 142.
- 15 Blas Roca, "Ante las elecciones". *Fundamentos*, N° 140, agosto de 1954, p. 224.
- 16 Blas Roca, "El camino mambí de hoy", *Fundamentos*, mayo de 1955. p. 429.
- 17 R. Villa, "Las ofertas comerciales de la URSS y las necesidades económicas cubanas", *Fundamentos*, agosto de 1956, pp. 26 y 28.
- 18 *Fundamentos*, N° 149, diciembre de 1956 –junio de 1957, pp. 3 y 38.
- 19 Cf. Karol, *ob. cit.*, p. 158, y Silvio Frondizi, *La revolución cubana*. Montevideo, 1960, p. 151.
- 20 Blas Roca, *Balance de la labor del Partido...*, La Habana, 1960, pp. 87 y 88.
- 21 L.C. Prestes, "Informe", IV Congreso do PC do Brasil, *Problemas*, N° 64, diciembre de 1954, p. 91.
- 22 L.C. Prestes, *Unido Nacional para a Democracia e o Progresso*. Edições Horizonte, Río de Janeiro, 1945. pp. 1S. 21 y 25. El subrayado es nuestro.

- 23 L.C. Prestes, *Os comunistas na luta pela democracia*. ED. Horizonte, Río de Janeiro, pp., 10 y 12.
- 24 L.C. Prestes, *Manifiesto de agosto* de 1950, p. 20. El subrayado es nuestro.
- 25 *Declaração sobre a política do Partido Comunista do Brasil*, Río, marzo de 1958, pp. 14 y 15. El subrayado es nuestro.
- 26 *Ibid.*, p. 16.
- 27 *Ibid.*, p. 25.
- 28 *Resolução política da convenção nacional dos comunistas*. Cadernos de Novos Rumos, Río, 1961, tesis N° 22.
- 29 Cf. L.C. Prestes en *Voz Operária*, setiembre de 1966.
- 30 Resolución política de la VI Conferencia Nacional de! PC de Brasil (m l.). *Pekin Information*. 19-XII-1966. pp. 32 y 35.
- 31 Todos estos datos son señalados por el moderado sociólogo mexicano Pablo González Casanova, en "México: the dynamics of an agrarian and "semicapitalist" revolution", *Latín America, Reform or Revolution* (a Reader), Fawcett Publications Inc., 1968, Nueva York. pp. 468 y 469.
- 32 J.L. Schmidt, "L'imperialisme nord-américain en Amérique latine", en *Recherches Internationales*, N° 132, 1962, p. 100.
- 33 Declaración de Paz Estensoro de 1964, en: Liborio Justo. Bolivia, revolución derrotada. Rojas Araujo, ed. Cochabamba, 1967, pp. 189 y 198.
- 34 Liborio Justo, *ob. cit.*, p. 206.
- 35 Cf. M. Niedergang. Les Vingt Amériques latines. Seuil. 1969 pp. 80 y 81.
- 36 "Le peronismo", en *Partisans*. N° 26-27, p. 63.
- 37 I. Frías, "La revolución guatemalteca", en Cuarta Internacional, marzo-mayo de 1954, pp. 52-54.
- 38 Manuel Pinto Usaga, Guatemala, apuntes sobre el movimiento obrero, México, 1954, p. 156. 39 Che Guevara, Textos militares, p. 156.
- 40 L. Worth, Civil-Military Relations in Argentina, Chile and Perú, Berkeley (California), 1966. p. 53.
- 41 La redacción de este trabajo data de 1972. (N. del T.) 42 Revista Quatrième Pouvoir, 10-1-1969.
- 43 6 de febrero de 1969. El subrayado es nuestro.
- 44 En *Oiga*. Lima, 1° de agosto de 1969.
- 45 Le Monde, 23 de febrero de 1970.
- 46 Alain Joxe, "Portée et limites du modele péruvien", *Politice aujourd'hui*, N° 11, 1969, p. 64.

- 47 Le Monde diplomatique, abril de 1970.
- 48 Discurso ante la CE.PAL.
- 49 Discurso ante la ONU, septiembre de 1969.
- 50 Le Monde diplomatique, abril de 1970.
- 51 Trotsky, Results and Prospects, New Park. Londres, p. 198.
- 52 Citado por Ernest Mandel en "Révolution coloniale et bourgeoisie nationale, les staliniens d'Amérique latine sur la trace des menchéviks", Quatrième Internationale, octubre de 1959, pp. 47-48. El subrayado es nuestro.
- 53 J.C. Mariátegui, El proletariado y su organización, Grijalbo, México. 1970, pp. 119-120.
- 54 Cf, R París, "Introduction á Mariátegui", en Sept essais sur la réalité péruvienne, Ed. Maspero. 55 Mella, "¿Qué es el APRA?", en *Ensayos revolucionarios*, Ed. Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960, pp. 23-24.
- 56 Writings of León Trotsky, 1939-40, Merit, p. 40.
- 57 En Liborio Justo, *Bolivia, la revolución derrotada*, Rojas Araujo. Ed. Cochabamba, Bolivia, 1967, p. 134.
- 58 En Liborio Justo, p. 156.
- 59 *Informe sobre la situación interna* en Bolivia, 1957.
- 60 En Liborio Justo, p. 176.
- 61 R.W. Patch, "Bolivia: diez años de revolución nacional", en *Cuadernos*, París, set 1962.
- 62 Rosa Luxemburgo, *La Révolution Russe*, Spartacus, París 1945, pp.15-16.
- 63 Che Guevara, *Selected Works*, M.I.T. Press, 1969, p. 372.
- 64 Editorial: Oú va la révolution cubaine", en *Quatrième Internationale*, set-oct. 1959, pp. 29-32.
- 65 Che Guevara. *Textes militaires* Maspero p. 119.
- 66 Che Guevara, *Textes militaires*, p. 163.
- 67 Che Guevara, *Textes Politiques*, pp. 208, 303.
- 68 Marx, Introduction a la critique de l'économie politique. ed. Sociales París, 1957, p. 170.
- 69 A.G. Frank, Le développement du sous-développement Maspero París, 1970, pp. 205-206.
- 70 Cf. Cardoso. Politique el développement dans les sovietes dépendantes Ed. Anthropos, París, 1971. p. 182.
- 71 E. Mandel "Imperialismo y burguesía nacional en América latina", en Cuarta Internacional, N° 1, Buenos Aires, Julio de 1973.
- 72 "Government lays groundwork", en *Brazilian Bulletin*, published by Brazilian Government Trade Bureau, New York, vol. 26, N° 526, marzo 1971, p.7.
- 73 Newsweek, 18 octubre, 1971.
- 74 Jeanette Habel, "L'Amérique latine et la lutte de classes", *Partisans*, N° 37, juin 1967, p. 76.
- 75 Resolución sobre América latina, IX Congreso mundial de la IV Internacional, abril de 1969.
- 76 Este trabajo fue escrito en 1972 (*N. del T.*).
- 77 El posadismo que en 1961 se inició como una secta desprendida de la IV Internacional, ha degenerado rápidamente para transformarse en los últimos años en un fenómeno relacionado con la patología política. Por desgracia, durante mucho tiempo ha creado gran confusión al reivindicarse falsamente del trotkismo. Para medir el grado de descomposición política a que ha llegado ese grupúsculo. en vías de desaparición, basta con recordar que no sólo ha sostenido al régimen de Alvarado en Perú y de Ovando en Bolivia. sino que recientemente ha descubierto en el seno del régimen militar *brasileño* una "'corriente nacionalista que se eleva constantemente en su intervención e impone al gobierno medidas sociales (¿?), populares (¿?), de nacionalización (¿!)" Cf. communique desm posadisles brésiliens, du 15-11-1970, en *Lutte Commmiste*, N° 1852, 11-12-1970. p 3.

El socialismo y el hombre en Cuba

Ernesto Che Guevara

*Carta enviada al periodista uruguayo Carlos Quijano, director del semanario **Marcha**. Fue publicada el 12 de marzo de 1965.*

Estimado compañero:

Acabo estas notas en viaje por África, animado del deseo de cumplir, aunque tardíamente, mi promesa. Quisiera hacerlo tratando el tema del título. Creo que pudiera ser interesante para los lectores uruguayos.

Es común escuchar de boca de los voceros capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el período de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados, se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado. No pretenderé refutar esta afirmación sobre una base meramente teórica, sino establecer los hechos tal cual se viven en Cuba y agregar comentarios de índole general. Primero esbozaré a grandes rasgos la historia de nuestra lucha revolucionaria antes y después de la toma del poder.

Como es sabido, la fecha precisa en que se iniciaron las acciones revolucionarias que culminaron el primero de enero de 1959, fue el 26 de julio de 1953. Un grupo de hombres dirigidos por Fidel Castro atacó la madrugada de ese día el cuartel Moncada, en la provincia de Oriente. El ataque fue un fracaso, el fracaso se transformó en desastre y los sobrevivientes fueron a parar a la cárcel, para reiniciar, luego de ser amnistiados, la lucha revolucionaria.

Durante este proceso, en el cual solamente existían gérmenes de socialismo, el hombre era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.

Llegó la etapa de la lucha guerrillera. Esta se desarrolló en dos ambientes distintos: el pueblo, masa todavía dormida a quien había que movilizar y su vanguardia, la guerrilla, motor impulsor de la movilización, generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo. Fue esta vanguardia el agente catalizador, el que creó las condiciones subjetivas necesarias para la victoria. También en ella, en el marco del proceso de proletarianización de nuestro pensamiento, de la revolución que se operaba en nuestros hábitos, en nuestras mentes, el individuo fue el factor fundamental. Cada uno de los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzara algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber. En base a estos lograba sus grados.

Fue la primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria, volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. En la actitud de nuestros combatientes se vislumbra al hombre del futuro.

En otras oportunidades de nuestra historia se repitió el hecho de la entrega total a la causa revolucionaria. Durante la Crisis de Octubre o en los días del ciclón Flora, vimos actos de valor y sacrificio excepcionales realizados por todo un pueblo. Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica, es

una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico.

En enero de 1959 se estableció el gobierno revolucionario con la participación en él de varios miembros de la burguesía entreguista. La presencia del Ejército Rebelde constituía la garantía de poder, como factor fundamental de fuerza. Se produjeron enseguida contradicciones serias, resueltas, en primera instancia, en febrero del 59, cuando Fidel Castro asumió la jefatura de gobierno con el cargo de primer ministro. Culminaba el proceso en julio del mismo año, al renunciar el presidente Urrutia ante la presión de las masas.

Aparecía en la historia de la Revolución Cubana, ahora con caracteres nítidos, un personaje que se repetirá sistemáticamente: la masa.

Este ente multifacético no es, como se pretende, la suma de elementos de la misma categoría (reducidos a la misma categoría, además, por el sistema impuesto), que actúa como un manso rebaño. Es verdad que sigue sin vacilar a sus dirigentes, fundamentalmente a Fidel Castro, pero el grado en que él ha ganado esa confianza responde precisamente a la interpretación cabal de los deseos del pueblo, de sus aspiraciones, y a la lucha sincera por el cumplimiento de las promesas hechas.

La masa participó en la reforma agraria y en el difícil empeño de la administración de las empresas estatales; pasó por la experiencia heroica de Playa Girón; se forjó en las luchas contra las distintas bandas de bandidos armadas por la CIA; vivió una de las definiciones más importantes de los tiempos modernos en la Crisis de Octubre y sigue hoy trabajando en la construcción del socialismo.

Vistas las cosas desde un punto de vista superficial, pudiera parecer que tienen razón aquellos que hablan de supeditación del individuo al Estado, la masa realiza con entusiasmo y disciplina sin iguales las tareas que el gobierno fija, ya sean de índole económica, cultural, de defensa, deportiva, etcétera. La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la revolución y es explicada al pueblo que la toma como suya. Otras veces, experiencias locales se toman por el partido y el gobierno para hacerlas generales, siguiendo el mismo procedimiento.

Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efectos de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes; es el instante de rectificar. Así sucedió en marzo de 1962 ante una política sectaria impuesta al partido por Aníbal Escalante.

Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sucesión de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada con las masas. Debemos mejorarla durante el curso de los próximos años pero, en el caso de las iniciativas surgidas de estratos superiores del gobierno utilizamos por ahora el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados.

Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo solo puede apreciarse viéndolo actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de

intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y victoria.

Lo difícil de entender, para quien no viva la experiencia de la revolución, es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes.

En el capitalismo se pueden ver algunos fenómenos de este tipo cuando aparecen políticos capaces de lograr la movilización popular, pero si no se trata de un auténtico movimiento social, en cuyo caso no es plenamente lícito hablar de capitalismo, el movimiento vivirá lo que la vida de quien lo impulse o hasta el fin de las ilusiones populares, impuesto por el rigor de la sociedad capitalista. En esta, el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de la comprensión. El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de la vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que este se percate. Solo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito. Así lo presenta la propaganda capitalista que pretende extraer del caso Rockefeller -verídico o no-, una lección sobre las posibilidades de éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud, no aparecen en el cuadro y no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos. (Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta

complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que sale de la intención de estas notas.)

De todos modos, se muestra el camino con escollos que aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos: solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros.

Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad.

Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas.

El proceso es doble, por un lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación.

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no solo en la conciencia individual en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia.

En el esquema de Marx se concebía el período de transición como resultado de la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones; en la realidad posterior se ha visto cómo se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. En estos, el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus efectos, de un modo u otro, sobre el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema.

La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regímenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto.

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países «civilizados» por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se

arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Este instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.

Las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época. El capitalismo recurre a la fuerza, pero, además, educa a la gente en el sistema. La propaganda directa se realiza por los encargados de explicar la ineluctabilidad de un régimen de clase, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico. Esto aplaca a las masas que se ven oprimidas por un mal contra el cual no es posible la lucha.

A continuación viene la esperanza, y en esto se diferencia de los anteriores regímenes de casta que no daban salida posible.

Para algunos continuará vigente todavía la fórmula de casta: el premio a los obedientes consiste en el arribo, después de la muerte, a otros mundos maravillosos donde los buenos son los

premiados, con lo que se sigue la vieja tradición. Para otros, la innovación; la separación en clases es fatal, pero los individuos pueden salir de aquella a que pertenecen mediante el trabajo, la iniciativa, etcétera. Este proceso, y el de autoeducación para el triunfo, deben ser profundamente hipócritas: es la demostración interesada de que una mentira es verdad.

En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera; no precisa de subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado en función de la cultura general, técnica e ideológica, por medio de organismos tales como el Ministerio de Educación y el aparato de divulgación del partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra.

Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca.

En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas.

Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aun dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen

tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma.

Ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero esta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que ésta solo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo.

A pesar de la importancia dada a los estímulos morales, el hecho de que exista la división en dos grupos principales (excluyendo, claro está, a la fracción minoritaria de los que no participan, por una razón u otra en la construcción del socialismo), indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; esta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que le permite ir al sacrificio en su función de avanzada, los segundos sólo ven a medias

y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada, sino también individualmente, sobre la clase vencedora.

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias.

En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan contra la sociedad en construcción.

Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el Gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la sociedad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente la institucionalización de la Revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización,

es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas todas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía-hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es sólo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica, por un

lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aún cuando sea necesario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e incluso, de retroceso.

Debemos considerar, además como apuntáramos antes, que no estamos frente al período de transición puro, tal como lo viera Marx en la Crítica del Programa de Gotha, sino de una nueva fase no prevista por él; primer período de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características

primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo. Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y más aún, de su vanguardia.

En el campo de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre la necesidad material y espiritual. Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado.

Se trata sólo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aún cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su

propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitoria de la libertad, pero esta «investigación» tiene sus límites imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.

Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

Cuando la Revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó el summum de la aspiración cultural, una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear.

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia

intelectual necesarias para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó. (Otra vez se plantea el tema de la relación entre forma y contenido.) La desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria. Los hombres del Partido deben tomar esa tarea entre las manos y buscar el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce al problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX, también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente en arte, su decadencia de hoy. Pero, ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista «la libertad», porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primer mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

En nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado, pero sí otro signo de contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morbos. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente éste es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad.

La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha, el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las

posibilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni «becarios» que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo.

En nuestra sociedad, juegan un papel la juventud y el Partido. Particularmente importante es la primera, por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores.

Ella recibe un trato acorde con nuestras ambiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. Nuestros becarios hacen trabajo físico en sus vacaciones o simultáneamente con el estudio. El trabajo es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación, en otros, jamás un castigo. Una nueva generación nace.

El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educados para el comunismo. Y a esa educación va encaminado el trabajo. El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar, con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la

construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo...

Quisiera explicar ahora el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo de las masas que hacen la historia. Es nuestra experiencia. no una receta.

Fidel dio a la Revolución el impulso en los primeros años, la dirección, la tónica siempre, pero hay un buen grupo de revolucionarios que se desarrollan en el mismo sentido que el dirigente máximo y una gran masa que sigue a sus dirigentes porque les tiene fe; y les tiene fe, porque ellos han sabido interpretar sus anhelos.

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año se pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad.

El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio. Los primeros lo conocieron en la Sierra Maestra y dondequiera que se luchó; después lo hemos conocido en toda Cuba. Cuba es la vanguardia de América y debe hacer sacrificios porque ocupa el lugar de avanzada, porque indica a las masas de América Latina el camino de la libertad plena.

Dentro del país, los dirigentes tienen que cumplir su papel de vanguardia; y, hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada

por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo.

Claro que hay peligros presentes en las actuales circunstancias. No sólo el del dogmatismo, no sólo el de congelar las relaciones con las masas en medio de la gran tarea; también existe el peligro de las debilidades en que se puede caer. Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción.

En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario.

Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna - no nos avergüenza ni nos intimida decirlo- va Fidel, después, los mejores cuadros del Partido, e inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto; sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común; individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer; hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad.

Esa inmensa muchedumbre se ordena; su orden responde a la conciencia de la necesidad del mismo ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar por cualquier medio, en

lucha reñida con sus iguales, una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto.

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

Permítame intentar unas conclusiones:

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos. El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud, en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.

Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando.

Reciba nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un «Ave María Purísima.» Patria o muerte.

Sobre los estudios de filosofía

Ernesto Che Guevara

(Acerca de la carta del Che a Armando Hart Dávalos de 1965)

En sus años juveniles, Armando Hart Dávalos fue vicepresidente de la Asociación Estudiantil de Derecho y dirigente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) de La Habana, desde donde encabezó la resistencia al golpe de Estado de Fulgencio Batista en 1952. Fundador, junto a Fidel Castro, del Movimiento 26 de julio y dirigente del mismo en el Llano (en la lucha urbana), cayó preso y fue liberado con el triunfo de la revolución en 1959.

Desde entonces dirigió el Ministerio de Educación y la célebre campaña nacional de alfabetización. En 1965 pasa a desempeñarse como secretario de organización del recientemente fundado Partido Comunista de Cuba. A ese desplazamiento de tareas hace alusión la dedicatoria “Mi querido secretario” con que se inicia la carta del Che. En 1976 Hart se convierte en ministro de Cultura. Hoy dirige la Sociedad Cultural José Martí.

Cuando el Che le escribe a Armando Hart esta carta (recién publicada en Cuba en septiembre de 1997 en *Contracorriente*, año 3, N°9), Guevara había salido con el contingente cubano de la guerrilla del Congo y se encontraba “de vacaciones” -según ironiza la misiva- en Tanzania, antes de pasar por Praga, volver a Cuba y de allí marchar a Bolivia. Días después de escribirla, Guevara comienza a redactar su diario del Congo, publicado hace muy poco tiempo [Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999]. La carta está firmada

por “R”, inicial de “Ramón”, nombre de guerra del Che en Africa y luego en Bolivia.

En la carta pueden leerse las opiniones críticas del Che hacia las posiciones ideológicas oficiales del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) del período de Nikita Krushev [también traducido como Jruschov] -el de “coexistencia pacífica” (posterior a 1956)- lo cual explica que llame al líder soviético “revisionista” -término peyorativo- y mencione a Stalin, tal como por entonces planteaban los comunistas chinos, en polémica contra Krushev. Aunque luego el Che también reclama el estudio de León Trotsky entre los marxistas “heterodoxos”, diferenciándose de esta forma de los seguidores de Mao Tse Tung (completamente hostiles y reacios a la figura de Trotsky).

Además, en su escrito aparecen las críticas al “seguidismo” filosófico frente al marxismo oficial en Francia, difundido por entonces en Cuba (en esos momentos se publican en la isla dos tomos de *Lecturas de marxismo-leninismo* agrupando a una serie de autores franceses de factura prosoviética -stalinistas aggiornados-, encabezados por el filósofo Roger Garaudy).

En cuanto a su referencia a “un estudio hecho en la Argentina” sobre los filósofos griegos Demócrito, Heráclito y Leucipo no es seguro pero sí probable que se trate de *La doble faz de la dialéctica* del pensador argentino Carlos Astrada (Bs.As., editorial Devenir, 1962), pues allí se le dedican a los mismos varios capítulos. Aunque también es posible que se trate de la obra del filósofo italiano, exiliado en Argentina (profesor de la Universidad nacional de Tucumán), Rodolfo Mondolfo: *El pensamiento antiguo* [Buenos Aires, Losada, 1942. Cuarta edición de 1958. Tomo I y II], ya que allí figura un capítulo entero dedicado a “los atomistas: Leucipo y Demócrito”.

En su conjunto, a pesar de su brevedad, esta carta permite observar el grado de madurez alcanzado por el Che en cuanto a **la necesidad de búsqueda de una alternativa filosófica e ideológica autónoma** frente a la (autodenominada) “ortodoxia” marxista, incluyendo dentro de ella, tanto a la cultura oficial de la Unión Soviética como a la oficializada por entonces en China.

Esta carta, y el plan de estudios que bosqueja, constituyen uno de los principales antecedentes del cuaderno de notas de lectura, transcripciones y apuntes elaborado por el Che en Bolivia.

[Fin de la Nota Introductoria de Néstor Kohan]

**Carta del Che Guevara a Armando Hart
Dávalos,
Dar-Es-Salaam, Tanzania (4/XII/1965)**

Mi querido Secretario:

Te felicito por la oportunidad que te han dado de ser Dios; tienes 6 días para ello. Antes de que acabes y te sientes a descansar (...), quiero exponerte algunas ideíllas sobre la cultura de nuestra vanguardia y de nuestro pueblo en general.

En este largo período de vacaciones le metí la nariz a la filosofía, cosa que hace tiempo pensaba hacer. Me encontré con la primera dificultad: en Cuba no hay nada publicado, si excluimos los ladrillos soviéticos que tienen el inconveniente de no dejarte pensar; ya que el partido lo hizo por ti y tú debes digerir. Como método, es

lo más antimarxista, pero además suelen ser muy malos. La segunda, y no menos importante, fue mi desconocimiento del lenguaje filosófico (he luchado duramente con el maestro Hegel y en el primer round me dio dos caídas). Por eso hice un plan de estudio para mí que, creo, puede ser estudiado y mejorado mucho para constituir la base de una verdadera escuela de pensamiento; ya hemos hecho mucho, pero algún día tendremos también que pensar. El plan mío es de lecturas, naturalmente, pero puede adaptarse a publicaciones serias de la editora política.

Si le das un vistazo a sus publicaciones podrás ver la profusión de autores soviéticos y franceses que tiene.

Esto se debe a comodidad en la obtención de traducciones y a seguidismo ideológico. Así no se da cultura marxista al pueblo, a lo más, divulgación marxista, lo que es necesario, si la divulgación es buena (no es este el caso), pero insuficiente.

Mi plan es este:

I Clásicos filosóficos

II Grandes dialécticos y materialistas

III Filósofos modernos

IV Clásicos de la Economía y precursores

V Marx y el pensamiento marxista

VI Construcción socialista

VII Heterodoxos y Capitalistas

VIII Polémicas

Cada serie tiene independencia con respecto a la otra y se podría desarrollar así:

I).- Se toman los clásicos conocidos ya traducidos al español, agregándose un estudio preliminar serio de un filósofo, marxista si es posible, y un amplio vocabulario explicativo. Simultáneamente, se publica un diccionario de términos filosóficos y alguna historia de la filosofía. Tal vez pudiera ser Dennyk [Guevara se refiere a Dinnyk que dirigió una historia de la filosofía en cinco tomos. Nota de N.K.] y la de Hegel. La publicación podría seguir cierto orden cronológico selectivo, vale decir, comenzar por un libro o dos de los más grandes pensadores y desarrollar la serie hasta acabarla en la época moderna, retornando al pasado con otros filósofos menos importantes y aumentando volúmenes de los más representativos, etc.

II).- Aquí se puede seguir el mismo método general, haciendo recopilaciones de algunos antiguos (Hace tiempo leí un estudio en que estaban Demócrito, Heráclito y Leucipo, hecho en la Argentina).

III).- Aquí se publicarían los más representativos filósofos modernos, acompañados de estudios serios y minuciosos de gente entendida (no tiene que ser cubana) con la correspondiente crítica cuando representen los puntos de vista idealistas.

V).- [En el original aparece el N°IV tachado y rectificado como V. La propia carta luego lo explica. Nota de N.K.]. Se está realizando ya, pero sin orden ninguno y faltan obras fundamentales de Marx. Aquí sería necesario publicar las obras completas de Marx y Engels, Lenin, **Stalin** [subrayado por el Che en el original] y otros grandes marxistas. Nadie ha leído nada de Rosa Luxemburgo, por ejemplo, quien tiene errores en su crítica de Marx (tomo III) pero murió asesinada, y el instinto del imperialismo es superior al nuestro

en estos aspectos. Faltan también pensadores marxistas que luego se salieron del carril, como Kautsky y Hilfering (no se escribe así) [el Che hace referencia al marxista austriaco Rudolf Hilferding. Nota de N.K.] que hicieron aportes y muchos marxistas contemporáneos, no totalmente escolásticos.

VI).- Construcción socialista. Libros que traten de problemas concretos, no sólo de los actuales gobernantes, sino del pasado, haciendo averiguaciones serias sobre los aportes de filósofos y, sobre todo, economistas o estadistas.

VII).- Aquí vendrían los grandes revisionistas (si quieren pueden poner a Jruschov), bien analizados, más profundamente que ninguno, y debía estar tu amigo Trotsky, que existió y escribió, según parece.

Además, grandes teóricos del capitalismo como Marshal, Keynes, Schumpeter, etc. También analizados a fondo con la explicación de los porqué.

VIII).- Como su nombre lo indica, éste es el más polémico, pero el pensamiento marxista avanzó así. Proudhon escribió *Filosofía de la miseria* y se sabe que existe por la *Miseria de la filosofía*. Una edición crítica puede ayudar a comprender la época y el propio desarrollo de Marx, que no estaba completo aun. Están Robertus y Dürhing en esa época y luego los revisionistas y los grandes polémicos del año 20 en la URSS, quizás los más importantes para nosotros.

Ahora veo que me faltó uno, por lo que cambió el orden (estoy escribiendo a vuelapluma).

Sería el IV, Clásicos de la economía y precursores, donde estarían desde Adam Smith, los fisiócratas, etc.

Es un trabajo gigantesco, pero Cuba lo merece y creo que lo pudiera intentar. No te canso más con esta cháchara. Te escribí a ti porque mi conocimiento de los actuales responsables de la orientación ideológica es pobre y, tal vez, no fuera prudente hacerlo por otras consideraciones (no sólo la del seguidismo, que también cuenta).

Bueno, ilustre colega (por lo de filósofo), te deseo éxito.

Espero que nos veamos el séptimo día, Un abrazo a los abrazables, incluyéndome de pasada, a tu cara y belicosa amistad.

R.[Ramón]

La planificación socialista, su significado

Ernesto Che Guevara

Junio de 1964

En el número 32 de la revista *Cuba Socialista*, apareció un artículo del compañero Charles Bettelheim, titulado «Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.» Este artículo toca puntos de indudable interés, pero tiene además, para nosotros, la importancia de estar destinado a la defensa del llamado cálculo económico y de las categorías que este sistema supone dentro del sector socialista, tales como el dinero en función del medio de pago, el crédito, la mercancía, etc.

Consideramos que en este artículo se han cometido dos errores fundamentales, cuya precisión trataremos de hacer:

El primero se refiere a la interpretación de la necesaria correlación que debe existir entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En este punto el compañero Bettelheim toma ejemplos de los clásicos del marxismo.

Fuerzas productivas y relaciones de producción son dos mecanismos que marchan unidos indisolublemente en todos los procesos medios del desarrollo de la sociedad. ¿En qué momentos las relaciones de producción pudieran no ser fiel reflejo del desarrollo de las fuerzas productivas? En los momentos de ascenso de una sociedad que avanza sobre la anterior para romperla y en los momentos de ruptura de la vieja sociedad, cuando la nueva, cuyas

relaciones de producción serán implantadas, lucha por consolidarse y destrozar la antigua superestructura. De esta manera, no siempre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en un momento histórico dado, analizado concretamente, podrán corresponder en una forma totalmente congruente. Tal es, precisamente, la tesis que permitía a Lenin decir que sí era una revolución socialista la de Octubre, y en un momento dado plantear, sin embargo, que debía irse al capitalismo de estado y preconizar cautela en las relaciones con los campesinos. El porqué del planteamiento de Lenin está expresado precisamente en su gran descubrimiento del desarrollo del sistema mundial del capitalismo.

Dice Bettelheim:

...la palanca decisiva para modificar el comportamiento de los hombres está constituida por los cambios aportados a la producción y su organización. La educación tiene esencialmente por misión hacer desaparecer actitudes y comportamientos heredados del pasado y que sobreviven a éste, y asegurar el aprendizaje de nuevas normas de conducta impuestas por el propio desarrollo de las fuerzas productivas.

Dice Lenin:

Rusia no ha alcanzado tal nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo. Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, naturalmente, Sujánov, van y vienen con esta tesis, como chico con zapatos nuevos. Esta tesis indiscutible la repiten de mil maneras y les parece que es decisiva para valorar nuestra revolución.

Pero, ¿qué hacer, si una situación peculiar ha llevado a Rusia, primero, a la guerra imperialista mundial, en la que intervinieron

todos los países más o menos importantes de Europa Occidental, y ha colocado su desarrollo al borde de las revoluciones del Oriente, que comienzan y que en parte han comenzado ya, en unas condiciones en las cuales hemos podido llevar a la práctica precisamente esta alianza de la «guerra campesina» con el movimiento obrero, de la que, como una de las probables perspectivas, escribió un «marxista» como Marx en 1856, refiriéndose a Prusia?

Y ¿qué debíamos hacer, si una situación absolutamente sin salida, decuplicando las fuerzas de los obreros y campesinos, abría ante nosotros la posibilidad de pasar de una manera diferente que en todos los demás países del Occidente de Europa a la creación de las premisas fundamentales de la civilización? ¿Ha cambiado a causa de eso la línea general del desarrollo de la historia universal? ¿Ha cambiado por eso la correlación esencial de las clases fundamentales en cada país que entra, que ha entrado ya, en el curso general de la historia universal?

Si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado «nivel cultural», ya que es diferente en cada uno de los países de Europa Occidental), ¿por qué, entonces, no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y luego, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás países? (V. I. Lenin, *Problemas de la edificación del socialismo y del comunismo en la URSS*, páginas 51-52, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.)

Al expandirse el capitalismo como sistema mundial y desarrollarse las relaciones de explotación, no solamente entre los

individuos de un pueblo, sino también entre los pueblos, el sistema mundial del capitalismo que ha pasado a ser imperialismo, entra en choques y se puede romper por su eslabón más débil. Esta era la Rusia zarista después de la primera guerra mundial y comienzo de la Revolución, en la cual coexistían los cinco tipos económicos que apuntaba Lenin en aquellos momentos: la forma patriarcal más primitiva de la agricultura, la pequeña producción mercantil - incluida la mayoría de los campesinos que vendían su trigo-, el capitalismo privado, el capitalismo de estado y el socialismo.

Lenin apuntaba que todos estos tipos aparecían en la Rusia inmediatamente posterior a la Revolución; pero lo que da la calificación general es la característica socialista del sistema, aún cuando el desarrollo de las fuerzas productivas en determinados puntos no haya alcanzado su plenitud. Evidentemente, cuando el atraso es muy grande, la correcta acción marxista debe ser atemperar lo más posible el espíritu de la nueva época, tendiente a la supresión de la explotación del hombre por el hombre, con las situaciones concretas de ese país; y así lo hizo Lenin en la Rusia recién liberada del zarismo y se aplicó como norma en la Unión Soviética.

Nosotros sostenemos que toda esta argumentación, absolutamente válida y extraordinaria por su perspicacia en aquel momento, es aplicable a situaciones concretas en determinados momentos históricos. Después de aquellos hechos, han sucedido cosas de tal trascendencia como el establecimiento de todo el sistema mundial del socialismo, con cerca de mil millones de habitantes, un tercio de la población del mundo. El avance continuo de todo el sistema socialista influye en la conciencia de las gentes a todos los niveles y, por lo tanto, en Cuba, en un momento de su historia, se produce la definición de revolución socialista, definición

que no precedió ni mucho menos, al hecho real de que ya existieran las bases económicas establecidas para esta aseveración.

¿Cómo se puede producir en un país colonizado por el imperialismo, sin ningún desarrollo de sus industrias básicas, en una situación de monoprodutor, dependiente de un solo mercado, el tránsito al socialismo?

Pueden caber las siguientes afirmaciones: como los teóricos de la II Internacional, manifestar que Cuba ha roto todas las leyes de la dialéctica, del materialismo histórico, del marxismo y que, por tanto, no es un país socialista o debe volver a su situación anterior.

Se puede ser más realista y a fuer de ello buscar en las relaciones de producción de Cuba los motores internos que han provocado la revolución actual. Pero, naturalmente, eso llevaría a la demostración de que hay muchos países en América, y en otros lugares del mundo, donde la revolución es mucho más factible de lo que era en Cuba.

Queda la tercera explicación, a nuestro juicio exacta, de que en el gran marco del sistema mundial del capitalismo en lucha contra el socialismo, uno de los eslabones débiles, en este caso concreto Cuba, puede romperse. Aprovechando circunstancias históricas excepcionales y bajo la acertada dirección de su vanguardia, en un momento dado toman el poder las fuerzas revolucionarias y, basadas en que ya existen las suficientes condiciones objetivas en cuanto a la socialización del trabajo, queman etapas, decretan el carácter socialista de la revolución y emprenden la construcción del socialismo.

Esta es la forma dinámica, dialéctica, en que nosotros vemos y analizamos el problema de la necesaria correlación entre las

relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Después de producido el hecho de la Revolución cubana, que no puede escapar al análisis, ni obviarse cuando se haga la investigación sobre nuestra historia, llegamos a la conclusión de que en Cuba se hizo una revolución socialista y que, por tanto, había condiciones para ello. Porque realizar una revolución sin condiciones, llegar al poder y decretar el socialismo por arte de magia, es algo que no está previsto por ninguna teoría y no creo que el compañero Bettelheim vaya a apoyarla.

Si se produce el hecho concreto del nacimiento del socialismo en estas nuevas condiciones, es que el desarrollo de las fuerzas productivas ha chocado con las relaciones de producción antes de lo racionalmente esperado para un país capitalista aislado. ¿Qué sucede? Que la vanguardia de los movimientos revolucionarios, influidos cada vez más por la ideología marxista-leninista, es capaz de prever en su conciencia toda una serie de pasos a realizar y forzar la marcha de los acontecimientos, pero forzarlos dentro de lo que objetivamente es posible. Insistimos mucho sobre este punto, porque es una de las fallas fundamentales del argumento expresado por Bettelheim.

Si partimos del hecho concreto de que no puede realizarse una revolución sino cuando hay contradicciones fundamentales entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, tenemos que admitir que en Cuba se ha producido este hecho y tenemos que admitir, también que ese hecho da características socialistas a la Revolución cubana, aun cuando analizadas objetivamente, en su interior, haya toda una serie de fuerzas que todavía están en un estado embrionario y no se hayan desarrollado al máximo. Pero sí, en estas condiciones, se produce y

triumfa la revolución, ¿cómo utilizar después el argumento de la necesaria y obligatoria concordancia, que se hace mecánica y estrecha, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, para defender, por ejemplo, el cálculo económico y atacar el sistema de empresas consolidadas que nosotros practicamos?

Decir que la empresa consolidada es una aberración equivale, aproximadamente, a decir que la Revolución cubana es una aberración. Son conceptos del mismo tipo y podrían basarse en el mismo análisis. El compañero Bettelheim nunca ha dicho que la Revolución socialista cubana no sea auténtica, pero sí dice que nuestras relaciones de producción actuales no corresponden al desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, prevé grandes fracasos.

El desglose en la aplicación del pensamiento dialéctico en estas dos categorías de distinta magnitud, pero de la misma tendencia, provoca el error del compañero Bettelheim. Las empresas consolidadas han nacido, se han desarrollado y continúan desarrollándose porque pueden hacerlo; es la verdad de Perogrullo de la práctica. Si el método administrativo es o no el más adecuado, tiene poca importancia, en definitiva, porque las diferencias entre un método y otro son fundamentalmente cuantitativas. Las esperanzas en nuestro sistema van apuntadas hacia el futuro, hacia un desarrollo más acelerado de la conciencia y, a través de la conciencia, de las fuerzas productivas.

El compañero Bettelheim niega esta particular acción de la conciencia, basándose en los argumentos de Marx de que ésta es un producto del medio social y no al revés; y nosotros tomamos el análisis marxista para luchar con él contra Bettelheim, al decirle que

eso es absolutamente cierto pero que, en la época actual del imperialismo, también la conciencia adquiere características mundiales. Y que esta conciencia de hoy es el producto del desarrollo de la enseñanza y educación de la Unión Soviética y los demás países socialistas sobre las masas del todo el mundo.

En tal medida debe considerarse que la conciencia de los hombres de vanguardia de un país dado, basada en el desarrollo general de las fuerzas productivas, puede avizorar los caminos adecuados para llevar al triunfo una revolución socialista en un determinado país, aunque, a su nivel, no existan objetivamente las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que harían imprescindible ó posible una revolución (analizado el país como un todo único y aislado).

Hasta aquí llegaremos en este razonamiento. El segundo grave error cometido por Bettelheim, es la insistencia en darle a la estructura jurídica una posibilidad de existencia propia. En su análisis se refiere insistentemente a la necesidad de tener en cuenta las relaciones de producción para el establecimiento jurídico de la propiedad. Pensar que la propiedad jurídica o, por mejor decir, la superestructura de un estado dado, en un momento dado, ha sido impuesta contra las realidades de las relaciones de producción, es negar precisamente el determinismo en que él se basaba para expresar que la conciencia es un producto social. Naturalmente, en todos estos procesos, que son históricos, que no son fisicoquímicos, realizándose en milésimas de segundo, sino que se producen en el largo decursar de la humanidad, hay toda una serie de aspectos de las relaciones jurídicas que no corresponden a las relaciones de producción que en ese momento caracterizan al país; lo que no quiere decir sino que serán destruidas con el tiempo, cuando las

nuevas relaciones se impongan sobre las viejas, pero no al revés, que sea posible cambiar la superestructura sin cambiar previamente las relaciones de producción.

El compañero Bettelheim insiste con reiteración en que la naturaleza de las relaciones de producción es determinada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y que la propiedad de los medios de producción es la expresión jurídica y abstracta de algunas relaciones de producción, escapándose el hecho fundamental de que esto es perfectamente adaptado a una situación general (ya sea sistema mundial o país), pero que no se puede establecer la mecánica microscópica que él pretende, entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en cada región o en cada situación y las relaciones jurídicas de propiedad.

Ataca a los economistas que pretenden ver en la propiedad de los medios de producción por parte del pueblo una expresión del socialismo, diciendo que estas relaciones jurídicas no son base de nada. En cierta manera podría tener razón, con respecto a la palabra base, pero lo esencial es que las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas chocan en un momento dado, y ese choque no es mecánicamente determinado por una acumulación de fuerzas económicas, sino que es una suma cuantitativa y cualitativa, acumulación de fuerzas encontradas desde el punto de vista del desarrollo económico, desbordamiento de una clase social por otra, desde el punto de vista político e histórico. Es decir, nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases (hasta llegar a la sociedad perfecta). Por tal motivo, para el hombre, expresión viviente de la lucha de clases, la base jurídica que representa la superestructura de la sociedad en que vive tiene características concretas y expresa una verdad palpable. Las

relaciones de producción, el desarrollo de las fuerzas productivas, son fenómenos económico-tecnológicos que van acumulándose en el decursar de la historia. La propiedad social es expresión palpable de estas relaciones, así como la mercancía concreta es la expresión de las relaciones entre los hombres. La mercancía existe porque hay una sociedad mercantil donde se ha producido una división del trabajo sobre la base de la propiedad privada. El socialismo existe porque hay una sociedad de nuevo tipo, en la cual los expropiadores han sido expropiados y la propiedad social reemplaza a la antigua, individual, de los capitalistas.

Esta es la línea general que debe seguir el período de transición. Las relaciones pormenorizadas entre tal o cual capa de la sociedad solamente tienen interés para determinados análisis concretos; pero el análisis teórico debe abarcar el gran marco que encuadra las relaciones nuevas entre los hombres, la sociedad en tránsito hacia el socialismo.

Partiendo de estos dos errores fundamentales de concepto, el compañero Bettelheim defiende la identidad obligatoria, exactamente encajada, entre el desarrollo de las fuerzas productivas en cada momento dado y en cada región dada y las relaciones de producción, y, al mismo tiempo, trasplanta estas mismas relaciones al hecho de la expresión jurídica.

¿Cuál es el fin? Veamos lo que dice Bettelheim:

En estas condiciones, el razonamiento que parte exclusivamente de la noción general de «propiedad estatal» para designar las diferentes formas superiores de la propiedad socialista, pretendiendo reducir ésta a una realidad única, tropieza con insuperables dificultades, sobre todo cuando se trata de analizar la

circulación de las mercancías en el interior del sector socialista del Estado, el comercio socialista, el papel de la moneda, etc.

Y luego, analizando la división que hace Stalin en dos formas de propiedad, expresa:

Este punto de partida jurídico y los análisis que del mismo se derivan, conducen a negar el carácter necesariamente mercantil, a la hora actual, de los cambios entre empresas socialistas del Estado, y hacer incomprensible, en el plano teórico, la naturaleza de las compras y ventas efectuadas entre los precios, de la contabilidad económica, de la autonomía financiera, &c. Estas categorías se encuentran así privadas de todo contenido social real. Aparecen como formas abstractas o procedimientos técnicos más o menos arbitrarios y no como la expresión de estas leyes económicas objetivas, cuya necesidad destacaba, por otra parte, el propio Stalin.

Para nosotros, el artículo del compañero Bettelheim, a pesar de que manifiestamente toma partido contra las ideas que hemos expresado en algunas oportunidades, tiene indudable importancia, al porvenir de un economista de profundos conocimientos y un teórico del marxismo. Partiendo de una situación de hecho, para hacer una defensa, en nuestro concepto no bien meditada, del uso de las categorías inherentes al capitalismo en el período de transición y de la necesidad de la propiedad individualizada dentro del sector socialista, él revela que es incompatible el análisis pormenorizado de las relaciones de producción y de la propiedad social siguiendo la línea marxista -que pudiéramos llamar ortodoxa- con el mantenimiento de estas categorías, y señala que ahí hay algo incomprensible.

Nosotros sostenemos exactamente lo mismo, solamente que nuestra conclusión es distinta: creemos que la inconsecuencia de los

defensores del cálculo económico se basa en que, siguiendo la línea del análisis marxista, al llegar a un punto dado, tienen que dar un salto (dejando «el eslabón perdido» en el medio) para caer en una nueva posición desde la cual continúan su línea de pensamiento. Concretamente, los defensores del cálculo económico nunca han explicado correctamente cómo se sostiene en su esencia el concepto de mercancía en el sector estatal, o cómo se hace uso «inteligente» de la ley del valor en el sector socialista con mercados distorsionados.

Observando la inconsecuencia, el compañero Bettelheim retoma los términos, inicia el análisis por donde debía acabar -por las actuales relaciones jurídicas existentes en los países socialistas y las categorías que subsisten-, constata el hecho real y cierto de que existen estas categorías jurídicas y estas categorías mercantiles, y de allí concluye, pragmáticamente, que si existen es porque son necesarias y, partiendo de esa base, camina hacia atrás, en forma analítica, para llegar al punto donde chocan la teoría y la práctica. En este punto, da una nueva interpretación de la teoría, somete a análisis a Marx y a Lenin y saca su propia interpretación, con las bases erróneas que nosotros hemos apuntado, lo que le permite formular un proceso consecuente de un extremo a otro del artículo.

Olvida aquí, sin embargo, que el período de transición es históricamente joven. En el momento en que el hombre alcanza la plena comprensión del hecho económico y lo domina, mediante el plan, está sujeto a inevitables errores de apreciación. ¿Por qué pensar que lo que «es» en el período de transición, necesariamente «debe ser»? ¿Por qué justificar que los golpes dados por la realidad a ciertas audacias son producto exclusivo de la audacia y no también, en parte o en todo, de fallas técnicas de administración?

Nos parece que es restarle demasiada importancia a la planificación socialista con todos los defectos de técnica que pudiera tener, el pretender, como lo hace Bettelheim, que:

De esto dimana la imposibilidad de proceder de manera satisfactoria, es decir, eficaz, en un reparto integral, *a priori*, de los medios de producción y de los productos en general, y la necesidad del *comercio socialista* y de los organismos comerciales del Estado. De donde se origina también el papel de la moneda al interior mismo del sector socialista, el papel de la ley del valor y un sistema de precios que debe reflejar no *solamente* el costo social de los diferentes productos, sino *también* expresar las relaciones entre la oferta y la demanda de estos productos y asegurar, eventualmente, el equilibrio entre esta oferta y esta demanda cuando el plan no ha podido asegurarlo *a priori* y cuando el empleo de medidas administrativas para realizar este equilibrio comprometería el desarrollo de las fuerzas productivas.

Considerando nuestras debilidades (en Cuba), apuntábamos, sin embargo, nuestro intento de definición fundamental:

Negamos la posibilidad del uso consciente de la ley del valor, basados en la no existencia de un mercado libre que exprese automáticamente la contradicción entre productores y consumidores; negamos la existencia de la categoría mercancía en la relación entre empresas estatales, y consideramos todos los establecimientos como parte de la única gran empresa que es el Estado (aunque, en la práctica, no sucede todavía así en nuestro país). La ley del valor y el plan son dos términos ligados por una contradicción y su solución; podemos, pues, decir que la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la

economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista. (*Nuestra Industria, Revista Económica*, n° 5, pág. 16, febrero 1964.)

Relacionar la unidad de producción (sujeto económico para Bettelheim), con el grado físico de integración, es llevar al mecanismo a sus últimos extremos y negarnos la posibilidad de hacer lo que técnicamente los monopolios norteamericanos habían ya hecho en muchas ramas de la industria cubana. Es desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades.

Lo que puede, pues, llamarse «unidad de producción» (y que constituye un verdadero sujeto económico) varía evidentemente según el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En ciertas ramas de la producción, donde la integración de las actividades es suficientemente impulsada, la propia rama puede constituir una «unidad de producción». Puede ser así, por ejemplo, en la industria eléctrica sobre la base de la interconexión, porque esto permite una dirección centralizada única de toda la rama.

Al ir desarrollando pragmáticamente nuestro sistema llegamos a avizorar ciertos problemas ya examinados y tratamos de resolverlos, siendo lo más consecuente -en la medida en que nuestra preparación permitiera- con las grandes ideas expresadas por Marx y Lenin. Eso nos llevó a buscar la solución a la contradicción existente en la economía política marxista del período de transición. Al tratar de superar esas contradicciones, que solamente pueden ser frenos transitorios al desarrollo del socialismo, porque de hecho existe la sociedad socialista, investigamos los métodos organizativos más adecuados a la práctica y la teoría, que nos permitieran impulsar al máximo, mediante el desarrollo de la conciencia y de la producción,

la nueva sociedad; y ése es el capítulo en que estamos enfrascados hoy. Para concluir:

1) Opinamos que Bettelheim comete dos errores gruesos en el método de análisis:

a) Trasladar mecánicamente el concepto de la necesaria correspondencia entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas, de validez global, al «microcosmo» de las relaciones de producción en aspectos concretos de un país dado durante el período de transición, y extraer así conclusiones apologéticas, teñidas de pragmatismo, sobre el llamado cálculo económico.

b) Hacer el mismo análisis mecánico en cuanto al concepto de propiedad.

2) Por tanto, no estamos de acuerdo con su opinión de que la autogestión financiera o la autonomía contable «están ligadas en un estado dado de las fuerzas productivas», consecuencia de su método de análisis.

3) Negamos su concepto de dirección centralizada sobre la base de la centralización física de la producción (pone el ejemplo de una red eléctrica interconectada) y lo aplicamos a una centralización de las decisiones económicas principales.

4) No encontramos la explicación del porqué de la necesaria vigencia irrestricta de la ley del valor y otras categorías mercantiles durante el período de transición, aunque no negamos la posibilidad de usar elementos de esta ley para fines comparativos (costo, rentabilidad expresada en dinero aritmético).

5) Para nosotros, «la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista», etc., y, por tanto, le atribuimos mucho mayor poder de decisión consciente que Bettelheim.

6) Consideramos de mucha importancia teórica el examen de las inconsecuencias entre el método clásico de análisis marxista y la subsistencia de las categorías mercantiles en el sector socialista, aspecto que debe profundizarse más.

7) A los defensores del «cálculo económico» les cabe, a propósito de este artículo, aquello: «de nuestros amigos me guarde Dios, que de los enemigos me guardo yo».

[Cuba Socialista, junio de 1964.]

Para un diálogo inconcluso sobre «El socialismo y el hombre en Cuba»

Roberto Fernández Retamar

El compañero Roberto Fernández Retamar no necesita presentación. Colaborador habitual de la Cátedra de Formación Política Ernesto Che Guevara, ha tenido la amabilidad de enviarnos este valiosísimo material sobre el pensamiento del Che Guevara. Allí dialoga fraternalmente con el comandante Guevara, su compañero, mientras reflexiona sobre uno de los textos clásicos y centrales del marxismo a nivel mundial: “El socialismo y el hombre en Cuba”. Un texto que no sólo debería estudiarse entre los círculos militantes sino también en todas las Universidades. Lo hace como siempre deberían hacerlo los marxistas: sin formalismos rígidos, sin pedantería, sin falsas obediencias burocráticas, sin obsecuencia de ningún tipo. Simplemente, con lealtad y compañerismo. Exactamente como pedía el Che, quien no dudaba en publicarle en su propia revista (por ejemplo *Nuestra Industria*) a aquellos compañeros con los cuales él discrepaba en alguna discusión puntual.

Este texto ha sido publicado recientemente en Argentina en el volumen de Roberto Fernández Retamar que lleva por título *Cuba defendida* [Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2004. páginas 178-191]. En el mismo volumen podrán encontrarse otros textos de Fernández Retamar sobre el Che Guevara, incluyendo “Leer al Che”, la presentación de la antología *Che Guevara Obra revolucionaria* publicada en México. [Nota de la Cátedra Che Guevara]

Como he contado varias veces, por el honor que ello me significó, a mediados de marzo de 1965 tuve la excepcional ocasión de coincidir con el Che en un viaje en avión de Praga a La Habana, que resultó ser el último que él hiciera abiertamente a Cuba; y también la ocasión, menos excepcional, de que el avión, uno de aquellos Britannia de Cubana que ya eran viejísimos, se rompiera al llegar a Shannon, Irlanda. Tenía dañada una pieza por cuyo reemplazo había que esperar. Ello me dio la oportunidad de pasar unos días y noches conversando casi incesantemente con el autor de Pasajes de la guerra revolucionaria. No sólo conversamos: nos intercambiamos materiales de lectura. Él me dio, escrita a máquina, la carta a Carlos Quijano conocida como «El socialismo y el hombre en Cuba»; yo a él, mi ensayo «Martí en su (tercer) mundo», que no hacía mucho había publicado la revista Cuba Socialista. Tras leer su carta, le expresé mi acuerdo con lo esencial del texto, pero también algunas discrepancias, y el Che me instó a hacerlas públicas. Le respondí, con palabras más rudas pero equivalentes, que no creía que nadie en Cuba se atreviera a editar mis discrepancias con «el héroe de Santa Clara» (así se conocía entonces, por antonomasia, al Che). «Yo», me respondió. Recordé cómo le interesaba polemizar: incluso había creado una revista en su Ministerio de Industrias con ese solo fin. Muchos años más tarde, gracias al libro del compañero Orlando Borrego Che, el camino del fuego (La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2001), conocí más sobre esa actitud suya. Cuando Borrego nos autorizó a publicar en la revista Casa de las Américas (No. 223, abril-junio de 2001), tomada de ese libro, la carta a la amiga Sol Arguedas escrita por Borrego, pero con añadidos fundamentales del Che, por lo que en la revista aparecieron ambos como autores de una carta que titulamos «Respuesta a “¿Dónde está el Che Guevara?”», se pudo

leer de puño y letra del Che: «si se negara el derecho a disentir en los métodos de construcción (lucha ideológica) a los propios revolucionarios se crearían las condiciones para el dogmatismo más cerril. Debemos convenir en que los criterios opuestos sobre métodos de construcción son el reflejo de actitudes mentales que pueden ser muy divergentes en ese punto, pero planteándose honestamente el mismo fin.» A tales puntos de vista me acojo para leer en público por vez primera, hoy 4 de junio de 2003, al inicio del homenaje que se rinde al Che con motivo del 75° aniversario de su natalicio, la carta que sigue, y de la cual di a conocer copia a la compañera Aleida March. En su momento se la mandé, con destino al Che, a su secretario, el compañero Manresa, junto con un poema mío donde, de alguna forma, proseguía mi diálogo con el Che, esta vez centrándome en la tesis de que en las épocas de transición como la que atravesábamos y atravesamos y que tanto preocupaba al Che, vivimos hombres de transición. En el título original, el poema mencionaba al «comandante Guevara», pero al cabo, por razones que espero comprensibles, en vez del nombre del Che, puse el de un poeta cubano entonces todavía injustamente casi olvidado, José Zacarías Tallet, quien había escrito el notable poema «Proclama», que justificaba involucrarlo en mis versos.

El envío resultó en vano. El Che, a quien ya me había dirigido también en vano solicitándole colaboración para la revista Casa de las Américas, se había marchado de Cuba, lo que yo ignoraba, a pelear en «otras tierras del mundo». A su magnífica memoria dedico esta lectura de lo que, desgraciadamente, resultó un diálogo inconcluso.

* * *

La Habana, 14 de mayo de 1965

Año de la Agricultura

Comandante Ernesto Che Guevara,
Ciudad.

Compañero comandante:

Tal como le prometí cuando me dio usted la oportunidad de leer por vez primera su carta a Carlos Quijano, el director del semanario *Marcha*, le estoy expresando por escrito algunas opiniones sobre ese trabajo, de tanta importancia para nosotros.

En primer lugar, le ratifico mi acuerdo con la gran mayoría de las cosas que usted dice allí. En algunos casos, ese acuerdo es todavía mayor ahora, lo que quizá se deba a que esta nueva vez no leí el trabajo en un avión ni en un hotel de aeropuerto, sino en el campo, en el momento de reposo que teníamos al mediodía los compañeros de la Escuela de Letras y Arte que habíamos ido a cortar caña por dos semanas. Pero sobre esos acuerdos no es necesario insistirle: primero, porque sería redundante; y además, porque es poco lo que sé sobre muchas de esas cuestiones. Desde luego, no es fácil separar tajantemente unos temas de otros, y en algún punto es probable que roce zonas límites.

Le dije entonces que usted es de los primeros en abordar con criterio marxista militante ciertos problemas de lo que en la jerga de los filósofos se llama «antropología filosófica». Con gusto me extendería sobre ello. Pero, por las razones apuntadas, voy rápido a lo que, profesionalmente, me atañe más en su trabajo; a lo único sobre lo que tengo un conocimiento y sobre todo una experiencia un

poco por encima de lo normal; y además, a la única verdadera discrepancia: me refiero a algunas observaciones sobre el arte y los artistas en Cuba.

Usted ha dicho con respecto a los problemas artísticos, cosas que representan positivos pasos de avance. Pienso, por ejemplo, en su enjuiciamiento de lo que ha sido llamado «realismo socialista», resultado, afirma usted, de «un dogmatismo exagerado». Nosotros hemos eludido, añade, ese error, el del «mecanicismo realista», pero hemos cometido «otro de signo contrario»: y ello, por no haber comprendido «la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morboso». Y más adelante: «La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX.» Ahora bien: la rápida identificación del siglo XX con la decadencia no es enteramente correcta. Cuando en 1948 surgió la cibernética en los Estados Unidos, en la Unión Soviética se apresuraron a fulminarla, ya que proviniendo del capitalismo, que no era sino pura decadencia, ella no podía ser a su vez sino un producto decadente. Hoy, la cibernética está hasta en la sopa en la Unión Soviética, como en todos los países desarrollados del mundo. No podemos tomar nuestros deseos por realidades, ni dejar de reconocer el carácter complejo y contradictorio de un sistema que marcha hacia su ruina, pero en cuyo seno hay ya, como no puede menos de ser, gérmenes del futuro. ¿De dónde saldría el futuro, si no? El futuro no sale de sí mismo, sino del presente. Ocurre algo relativamente similar en cuanto al arte, que no hay que separar exageradamente de la ciencia, aunque a nadie escapan las diferencias evidentes, sino, por el contrario, ver en algunos aspectos en relación con ella, como en lo tocante a la amplitud de búsqueda y experimentación que ambos requieren. Hay decadencia, por

supuesto, pero no *todo* es decadencia. Concretamente, hay que separar lo que en el arte producido en el seno de las sociedades capitalistas es *decadencia*, de lo que es *vanguardia*. Esto es lo que nos ha señalado un pensador marxista italiano, Mario de Michelli, en su libro de 1959 *Las vanguardias artísticas del siglo XX* —que sería muy interesante dar a conocer a nuestro pueblo, como hicimos con el libro de Fischer *La necesidad de arte*—:

Esta es la situación que da origen a gran parte de la vanguardia artística europea: al abandonar el terreno de su propia clase, y al no encontrar otro en el cual trasplantar sus raíces, los artistas de la vanguardia se transforman en desarraigados. Sin embargo, mezclar en un juicio apresurado esos artistas con el decadentismo verdadero, sería un error. Desde luego, no son pocas las experiencias del vanguardismo que coinciden seriamente con las del decadentismo, o forman parte de él; pero existe en la vanguardia un espíritu revolucionario (que es su espíritu verdadero) que de ningún modo se puede liquidar tan apresuradamente. La existencia de este espíritu se hace evidente cada vez que un verdadero artista de la vanguardia encuentra con las raíces un terreno histórico nuevamente favorable; o sea, un terreno capaz de devolverle la seguridad de que la única salvación consiste en la presencia activa dentro de la realidad, y no en la evasión.

Si no comprendemos esta distinción entre lo que es decadencia, señal de cosa moribunda, y lo que es vanguardia, obra de rebeldía y acaso anuncio parcial del porvenir, no nos será dable explicarnos que muchos —la mayoría— de los artistas de vanguardia, estéticamente hablando, sean también de vanguardia en

el orden político: pienso, por ejemplo, en el mayor pintor del siglo, Pablo Picasso, cuya evolución artística, política, humana en general, es ejemplar: su actitud favorable al arte africano, cuando joven, implicaba ya una censura al colonialismo, que en sus salones oficiales mostraba un arte convencional, mientras a nombre del «fardo del hombre blanco» oprimía a pueblos capaces de crear belleza, y de influir sobre los propios países capitalistas en su plástica y en su música. Ese mismo Pablo Picasso pintaría después el impresionante *Guernica* con los instrumentos que la vanguardia puso en su mano; y adheriría finalmente al Partido comunista, no como una rectificación, sino como una culminación de su vida de rebeldía y creación. De rechazar los módulos estéticos de la burguesía decadente, a denunciar con energía en su obra el crimen nazifascista en España, y militar luego en el partido de vanguardia de la clase obrera, la línea es una. Otro tanto puede decirse de los poetas mayores que el continente latinoamericano haya dado en este siglo: César Vallejo y Pablo Neruda, para acercarnos a una órbita más nuestra. Y en los propios países socialistas, ¿no han estado artistas provenientes de la vanguardia entre los más altos creadores que haya ofrecido ese mundo? De la vanguardia provenían Mayacovski, Eisenstein, Meyerhold, los constructivistas, la pléyade magnífica que asombró al mundo a raíz de la gran Revolución de Octubre en Rusia. Sólo las amargas vicisitudes que viviría después su patria, única y heroica nación socialista durante largos y duros años, y ese «dogmatismo exagerado» que en su aislamiento segregó el país, y sobre el que ha hablado usted, pudieron dar al traste con ese movimiento —y por cierto que también con la vida de algunos de sus protagonistas—. Alguien tan poco sospechoso de desviaciones procapitalistas como Stalin, fue quien calificó a Mayacovski de primer poeta de la era soviética. Y Mayacovski es un

representante ejemplar de artista de vanguardia, en el orden estético, al servicio de la revolución. Por su parte, la República Democrática Alemana tuvo el privilegio de contar con el dramaturgo más creador de nuestros años: Bertolt Brecht. Jamás abjuró Brecht de la vanguardia artística que él encarnó admirablemente. Volvió a su patria en el momento de la construcción del socialismo, y su obra, su ejemplo, su tradición revolucionaria son celosamente mantenidos allí.

Todo *verdadero* artista de vanguardia, lejos de identificarse con la decadencia del mundo capitalista, rechaza ese mundo podrido, con sus crímenes, sus convenciones, su codicia, su hipocresía. Incluso el arte de aquellos artistas de vanguardia cuyo desarrollo político no está al mismo nivel que su desarrollo estético, ayuda a combatir al mundo de ayer —y desgraciadamente, en parte de hoy— y anuncia, en forma que no podemos prever, algo del mundo y del arte de mañana. Pero, desde luego, no hay que engañarse sobre este último: el arte de mañana lo harán los hombres de mañana. Si nosotros les hacemos su arte, ¿qué es lo que van a hacer ellos? El siglo XXI hará el arte del siglo XXI. Nosotros, el de nuestro siglo. Y si ese arte nuestro, necesariamente de tránsito, rechaza lo que hay que rechazar y anuncia lo que hay que anunciar, los hombres de mañana encontrarán en él alguna utilidad y alguna belleza. Pero harán otro arte, por supuesto.

Me he extendido sobre estas generalidades, porque nos atañen. Lo que usted llama nuestra «reincidencia en el decadentismo del siglo XX» no es tal: muchos de nosotros también rechazamos el decadentismo, pero no podemos dejar de admirar la vanguardia: sabemos que ella es el pasado, pero también sabemos que de ella está saliendo ya, al contacto con la gran realidad presente, el arte

nuevo. En la medida en que nuestro arte haya podido formar parte de eso que se llama vanguardia, no podemos sino asentir cuando leemos en De Michelli (y permítame que lo cite por segunda vez, subrayando algunas líneas):

Desde luego, no son pocas las experiencias del vanguardismo que coinciden necesariamente con las del decadentismo, o forman parte de él; pero *existe en la vanguardia un espíritu revolucionario (que es su espíritu verdadero)* que de ningún modo se puede liquidar tan apresuradamente. *La existencia de este espíritu se hace evidente cada vez que un verdadero artista de la vanguardia encuentra con las raíces un terreno histórico nuevamente favorable*; o sea, un terreno capaz de devolverle la seguridad de que la única salvación consiste en la presencia activa dentro de la realidad, y no en la evasión.

¿Cómo no reconocer esto —no hablo del aspecto cualitativo, sino de la dirección, del sesgo general—, en muchos (o al menos en algunos) de los nuevos narradores, los nuevos poetas, los nuevos dramaturgos, los nuevos cineastas, los nuevos dibujantes, los nuevos artistas de la Cuba nueva?

Cuando usted aborda la situación específica de Cuba en este aspecto, comienza por afirmar que «la desorientación es grande» (lo que no creo que sea aplicable sólo a Cuba, ni sólo al arte en Cuba, donde en todos los órdenes se busca, se experimenta, de acuerdo con ese método con que trabaja la naturaleza y a veces la misma historia, y que es llamado «ensayo y error»). Después añade que «no hay artistas de gran autoridad que a su vez tengan gran autoridad revolucionaria». Supongo que esos artistas de gran autoridad sean

aquellos que disfrutaban de reconocimiento mundial por la calidad de su obra, en verdad magnífica. En otras palabras: se trata de Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, René Portocarrero, para mencionar a unos cuantos, provenientes todos, desde luego, de la vanguardia. Por lo menos habría dos cosas que decir sobre ellos. En primer lugar, que cualquiera de ellos podría vivir cómodamente fuera del país: si no lo hacen, si incluso varios han venido a residir aquí, es porque se sienten plenamente identificados con nuestra revolución (en la teoría y en la práctica), cuyas alegrías y cuyos riesgos comparten. Por otra parte, la edad promedio de estos compañeros está entre cincuenta y sesenta años. ¿Es esa la edad promedio de los compañeros de gobierno? Evidentemente, no. Es menester ver a esos compatriotas que disfrutaban de gran autoridad artística como clásicos vivientes más bien que como hombres que vayan a actuar dinámicamente en este momento; a pesar de lo cual, lo hacen, contribuyendo en alguna medida a orientar nuestra vida cultural.

Pero al ir a considerar a «la generación actual» —la que es coetánea de los compañeros del gobierno—, la situación, según usted, es más grave. Lo único que puede hacerse con ella es «impedir que... dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas generaciones». Al principio del párrafo, usted había dicho que «la culpabilidad de *muchos* de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios». He subrayado la palabra *muchos*, la cual hacía esperar que junto a ellos había *otros* que sí eran auténticos revolucionarios. Pero más adelante, ya se ha pasado a una generalización que acaba por englobar a toda «la generación actual».

¿Es eso así, Comandante? Es decir, ¿es cierto que 1) La nueva generación de escritores y artistas tiene un *pecado original*. 2)

Ese pecado original consiste en que no es auténticamente revolucionaria. 3) La única tarea que los compañeros del gobierno pueden realizar con esa generación es de naturaleza negativa: *impedir* que esa generación, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las generaciones más jóvenes?

Vamos por parte: en primer lugar, hemos entrado en el difícil terreno de las metáforas, donde no siempre es posible saber lo que quieren decir rectamente las palabras, o lo que el autor quiere que ellas digan. El «pecado original», como concepto, proviene de la tradición judeocristiana, e implica una tara de la cual no es responsable aquel que la sufre, y que nunca podrá ya quitarse de encima. ¿No le parece a usted que para un revolucionario marxista no hay «pecado original» alguno, y que el hombre, en primer lugar, es responsable sólo de *sus* actos, y en segundo lugar, puede con esos actos modificar ciertas condiciones, revolucionar lo exterior y revolucionarse él mismo? No estamos condenados de antemano, como creían los calvinistas. Podemos transformarnos, hacernos otros, mejores. ¿No lo ha hecho el pueblo de Cuba? ¿No somos nosotros parte de ese pueblo? Una segunda metáfora viene a asestarnos nuevo golpe, y a quitarnos toda esperanza: pretender tales cambios en nuestra generación (es decir: en los intelectuales y artistas que vendrían así a ser quizá los únicos que no pueden aspirar a cambiar en este país) es «intentar injertar el olmo para que dé peras». La metáfora proviene esta vez del refranero castellano, y si la entiendo bien quiere decir proponerse un imposible, ya que nunca un olmo ha dado peras.

Aquí pasamos al segundo punto: ese «pecado original» consiste en que muchos escritores y artistas cubanos —entre los que

luego se encuentra, sorprendentemente, toda la generación actual, *sin excepción alguna*— no son auténticamente revolucionarios. Cuando leí la primera parte, asentí: en efecto, muchos escritores y artistas cubanos no son auténticamente revolucionarios, y esto ha dado lugar a no pocas confusiones. Por cierto que esto les es aplicable a todas las actividades y profesiones del país: muchos de los que las practican no son auténticamente revolucionarios. Sin embargo, he insistido en otras publicaciones, de aquí y del extranjero (precisamente en *Marcha*, por ejemplo), en que, en cuanto profesionales, el caso de los escritores y artistas dista mucho de ser el más grave en este sentido: comparativamente, se han ido de Cuba muchos más médicos, ingenieros, abogados, profesores, etc., que escritores y artistas. En cuanto a los que han quedado en el país, claro que puede decirse de unos y otros que muchos no son auténticamente revolucionarios; pero también que otros sí, o al menos que aspiran sinceramente a serlo.

Al principio, decía, asentí. Cuando vi la alusión ensancharse hasta abarcar a toda la generación actual, *sin distinción alguna*, ya no pude asentir. De compañeros que han fundido sus vidas personales con la de la revolución, y quieren correr su propio destino; de compañeros que estuvieron, como milicianos, donde se les ordenó estar cuando Playa Girón y cuando la Crisis de Octubre; de compañeros que sirven no sólo con su trabajo artístico, sino con otros trabajos, a la construcción del socialismo (cuando muchas veces podrían recluirse en sus casas sólo para escribir ficción o pintar); de compañeros que han ido con satisfacción al trabajo voluntario; de compañeros muchos de los cuales podrían también vivir cómodamente fuera, y han preferido y preferirán siempre vivir en su patria revolucionaria; de compañeros cuya obra intelectual y artística, por su inquebrantable voluntad de servir con ella a la

revolución, es presentada a veces por enemigos, y hasta por amigos tibios, como simple repetición de consignas que en realidad son experiencias que han vivido y viven entrañablemente; de compañeros que sienten orgullo en militar en las filas de la revolución cubana, que ellos creen tener el derecho de llamar también *nuestra* revolución: de esos compañeros, comandante Guevara, puede decirse algo más que ese «no son auténticamente revolucionarios». Por ejemplo: puede decirse que *aspiran* a ser auténticamente revolucionarios. Es decir, lo que se dice de nuestro pueblo todo, del que formamos parte con entusiasmo.

¿Que nos queda mucho, muchísimo por hacer? ¿Quién puede dudarlo? ¿Que entre aspirar a ser auténticamente revolucionario y serlo de veras media un espacio grande? Bien lo sabemos. ¿Que los escritores y artistas que vengan después, formados ya enteramente por la revolución, deben ser mejores? Si así no fuera, la vida no valdría la pena de ser vivida; la revolución no valdría la pena de ser hecha. Mis hijos deben ser mejores que yo; los suyos, mejores que usted. Y no sólo en cuestiones de arte. Pero eso, sólo si nosotros hacemos nuestra tarea. Y nuestra tarea, en todos los órdenes, sólo podemos hacerla nosotros, no pueden hacérsela otros. No podemos cruzarnos de brazos (o quedar históricamente engavetados o sobrellevados) porque los que vengan luego van a ser mejores, ya que entonces los que vengan luego serán peores.

¿Que hay muchos conflictos en nosotros? Por supuesto. Los hay en todo el pueblo de Cuba. No puede ser de otra manera. En psicología, usted lo sabe mejor que yo, se llama «conflicto» más o menos a lo que en otras disciplinas sociales se llama «contradicción». ¿Quién negará que hay contradicciones en Cuba? ¿Quién negará que hay conflictos en nosotros? La contradicción es

el motor de la vida histórica tanto como de la vida personal. Frantz Fanon, que además de gran teórico de nuestros pueblos era siquiatra, y que usted conoce quizá mejor que nadie en Cuba, escribió: «El conflicto no es sino el resultado de la evolución dinámica de la personalidad.» Aunque es indudable que en algunos casos esos conflictos llevan a resultados catastróficos, ¿no pueden ser vistos otros en sentido positivo, como testimonios de esa evolución dinámica, y de la inserción en la vasta problemática de *nuestra* revolución? Los que están de espaldas a ella, los que se niegan a esa experiencia dramática, hermosa, cancelan o *sustituyen* esos conflictos: sólo los que la viven entrañablemente los conocen. Intentar prescindir de ellos no puede sino llevar a esa falsa evaporación de conflictos que se dio en el realismo socialista, y cuyos resultados negativos usted ha censurado lúcidamente. ¿Por qué esperar en nuestros artistas una actitud cuyas consecuencias lamentable se han rechazado en otros artistas? Las contradicciones existen, los conflictos existen, y no pueden ni deben ser evadidos. Hasta ahora, lejos de pervertir a todos nuestros artistas jóvenes, lo que en realidad sería inconcebible, han ido llevando *al grupo más original, creador y valioso*, a una fusión de obra y vida con la revolución. Su enjuiciamiento severo, válido sin duda para una parte, no puede ser extendido a todos, como es natural. Vea usted lo que de algunos de ellos ha dicho Ángel Rama, el crítico de *Marcha*, publicación que ha de merecerle respeto, pues a ella envió usted su trabajo:

A ellos les ha correspondido una tarea de transformación poética de las más difíciles y considerables: descubrir, con un instrumento culto y afinadísimo, las nuevas zonas de la multitudinaria vida cubana, pasar de una lírica subjetiva a

una lírica que engrane hombre privado y vida revolucionaria en un solo trazo creador. Un poco la experiencia de los futuristas rusos, en particular de Mayakovski, y que, por hacerse por primera vez en español, tiene una enorme importancia, y es, por muchos conceptos, una experiencia que toca a la América inminente. [Se trata de poetas] cuya honestidad artística y cuya devoción a la causa revolucionaria son innegables, y que por lo mismo son excelentes testigos de los cambios de una lírica renovada.

Y Enrique Anderson Imbert, el mejor historiador viviente de la literatura hispanoamericana, y un amigo de nuestra revolución, escribió:

En Cuba, la revolución de Fidel Castro y la implantación de un régimen de tipo comunista creó, entre los poetas, un ánimo nuevo. Aun aquellos que antes de la revolución se habían distinguido por la finura de su lirismo personal, ahora aprendieron a cantar los temas de la colectividad, sintiéndose parte del radicalísimo experimento político.

Yo diría que los espíritus más alertas y revolucionarios del mundo entero han sabido reconocer esto, así como la importancia de la gran libertad concreta de creación que hay en Cuba, sin que vayamos ahora a pretender de golpe una densidad cultural comparable a la de un país desarrollado.

La viceburguesía cubana echó a un lado, como trastos, a nuestros escritores y artistas. Nuestra revolución ha hecho de sus escritores y artistas hombres integrados al proceso histórico, lo que

no puede sino llenarnos de alegría y responsabilidad. En vez de considerarnos olmos estériles para siempre, nos ha considerado trabajadores de la patria socialista. Como todos los trabajadores, tenemos todavía mucho que aprender, mucho que hacer, mucho que mejorar. Estamos dispuestos a ello —y claro que no hablo sólo por mí, aunque tampoco pueda hacerlo por todos—. Eso supone proponerse (y proponernos) metas positivas, no sólo negativas, en ese orden.

Usted dirá que he escrito muchas páginas para comentar unas cuantas frases. Es cierto: pero ello es un testimonio de la importancia que tienen para nosotros no sólo su vida sino también su pensamiento; si es que cabe separarlos, que no lo creo. No suelo prodigar elogios ni usted suele tolerarlos, pero todo cuanto usted hace nos merece la mayor atención. Su trabajo se ha propuesto una tarea esencial: contribuir a hacer más inteligibles los logros y las metas de nuestra revolución, los cuales, por remitir a una sociedad nueva, remiten sobre todo a un hombre nuevo. Creo que el mejor modo de demostrar el interés que tiene para nosotros su empeño es comentarlo, repensarlo, conversarlo, incluso cuando no estemos enteramente de acuerdo en algún punto, como ha sido aquí el caso. Además, le había prometido estas líneas. Ojalá no hayan sido demasiadas.

Reciba también nuestro saludo, si usted me lo permite, «como un apretón de manos o un “Ave María Purísima”».

Patria o Muerte.

Roberto

Fernández

Retamar